

Laura Gallego
Laia López

Sara y las G^oleadoras

El fútbol y el amor son
incompatibles



de

Lectulandia

Alguien ha robado el examen de ciencias, el profesor va a suspender a todos y las pistas apuntan a Sam. Pero Sara se resiste a creer que haya sido él e intentará descubrir la verdad ayudada por Las Goleadoras, que andan un poco nerviosas porque ¡se acerca San Valentín y un tremendo lío de tarjetas con forma de corazón!

Laura Gallego García

El fútbol y el amor son incompatibles

Sara y las Goleadoras - 4

ePub r1.0

Titivillus 18.11.2020

Título original: *El fútbol y el amor son incompatibles*
Laura Gallego García, 2019
Ilustraciones: Laia López

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







1

Un examen difícil

—... Y antes de que suene el timbre —terminó Pedro, el profesor de lengua —, os recuerdo que teníais que entregar hoy el comentario de texto que os mandé la semana pasada.

Se oyeron algunos gruñidos y protestas en la clase de 2.º C.

—Pero bueno, ¿qué os pasa esta mañana? —preguntó Pedro frunciendo el ceño—. Tenéis menos ganas de trabajar que de costumbre, que ya es decir, y además no habéis estado quietos ni un momento. ¿Habéis tomado café para desayunar, o qué?

—Es que después del recreo tenemos un examen de naturales, profe —respondió Lucas.

—Sí, uno superchungo —asintió Mateo, su hermano gemelo.

—Y por eso no hemos hecho el comentario de texto, porque teníamos que estudiar.

—Ya, claro —suspiró Pedro—. Bueno, pues todas las asignaturas son importantes, así que el que no me entregue el comentario ahora mismo tendrá una nota negativa, ¿está claro?

Entonces sonó el timbre, ahogando las protestas de los alumnos. Como de costumbre, la mayoría salió corriendo por la puerta, pero otros, los menos, tardaron un poco más, porque estaban buscando en sus carpetas el trabajo que debían entregar. Sara no lo tenía hecho; el día

anterior, a causa del entrenamiento con el equipo de fútbol, había tenido el tiempo justo de estudiar para el examen de ciencias naturales.

Aun así, tuvo que esperar a su amiga Vicky que, como no podía ser de otro modo, se las había arreglado para tener acabado el comentario de texto. Seguro que también se sabía los temas del examen al dedillo, pensó Sara mientras veía cómo Vicky dejaba su trabajo sobre la mesa del profesor.

Las dos amigas se reunieron en la puerta del aula.

—¿Y tú, qué? —dijo Vicky—. ¿No lo has hecho?

—Pues no, pero porque ayer me pasé toda la tarde estudiando para el examen —se defendió ella—. Y no me mires así, que tú también viniste al entrenamiento.

—Pero yo llevo dos semanas estudiando, no como tú, que lo has dejado para el último día. Y por eso me ha dado tiempo de hacer el comentario de texto, los ejercicios de matemáticas y la redacción de inglés.

—¡La redacción y los ejercicios! —exclamó Sara, dándose una palmada en la frente. Vicky abrió la boca para reñirla otra vez, pero entonces llegó Eva a toda velocidad y con cara de susto.

—¡Vicky, Vicky, por favor, dime qué diferencia hay entre trayectoria y movimiento, que se me ha olvidado!

—¡Pero si eso es del tema uno! —se escandalizó ella—. Lo repasamos el sábado pasado, ¿no te acuerdas?

—¡Se me ha olvidado! —Eva empezó a morderse las uñas, muy nerviosa—. ¡Ay, Vicky, voy a suspender el examen! ¡Y si lo hago, tendré que esperar a otra evaluación para volver al equipo!

Vicky la cogió por los hombros, tratando de tranquilizarla.

—A ver, mírame, respira hondo y repite conmigo: he estudiado mucho para este examen.

—He estudiado mucho para este examen —dijo Eva, obediente.

—Y voy a aprobarlo, porque me lo sé todo más o menos bien.

—Y voy a aprobarlo, porque... No, no, ¡no me lo sé!

—Sí te lo sabes —intervino Sara—. Vicky tiene razón, has estudiado un montón. Seguro que te sale bien y antes de que te des cuenta estarás jugando con nosotras otra vez.

Los ojos de Eva brillaron de ilusión. Era una fanática del fútbol y una de las mejores del equipo femenino del colegio, las Goleadoras, pero estaba sacando muy malas notas porque se pasaba todo el tiempo libre

jugando, y su padre le había prohibido tocar un balón hasta que su expediente mejorase. Vicky llevaba varias semanas dándole clases particulares, pero la verdadera prueba de fuego venía ahora, con los exámenes de final de trimestre.

—Sí, sí, tienes razón —dijo Eva sonriendo—. Voy a la biblioteca a repasar antes del examen. Lo tenemos a cuarta hora, ¿y vosotras?

—Justo después del recreo —suspiró Sara—, pero yo no puedo estudiar más o me estallará la cabeza. Me voy a las gradas a despejarme un poco.

Vicky las miró a las dos alternativamente.

—Vete con ella —dijo Eva generosamente—. Tú no necesitas estudiar más porque ya te lo sabes todo.

—Bueno, tanto como todo... —empezó Vicky.

Pero accedió a acompañar a Sara al patio, aunque pronto descubrieron que allí no había muy buen ambiente. Muchos de los alumnos de secundaria estaban sentados en las gradas o en los bancos con la nariz metida en un libro de texto.

—Jo, se ha lucido Emilio —suspiró Sara; Emilio era el profesor de ciencias naturales—. Casi todos tenemos examen hoy o mañana. Con razón había tan poca gente en el entrenamiento de ayer, y eso que dentro de poco tenemos un partido de los difíciles.

—De los muy difíciles —asintió Vicky solemne, consultando su libreta de notas—. El sábado que viene jugamos contra las Tornado Girls, que son un equipo nuevo, como nosotras, pero dentro de dos semanas nos toca el colegio Montesol, que ganó la liga el año pasado y quedó subcampeón el anterior.

—Qué mala pata, justamente ahora que estamos de exámenes y no podemos prepararlo bien.

—¿Queréis cerrar el pico ya, cotorras? —Les llegó una voz airada desde algún punto por encima de ellas—. ¡Algunos queremos repasar!

Las dos se dieron la vuelta y descubrieron a un par de chicos sentados en una de las gradas superiores. Uno era alto y desgarbado, y el otro, bajito y algo rechoncho; los dos tenían el libro de ciencias naturales abierto sobre las rodillas.

Sara y Vicky los conocían. Se llamaban Jorge y Óscar y, tiempo atrás, habían sido sus amigos, pero Sara estaba enfadada con ellos desde el partido contra el colegio San Pablo, y apenas se hablaban, excepto para lanzarse pullas.

—¡Si queréis estudiar, id a la biblioteca! —replicó.

Pero Vicky, que en realidad no tenía nada contra ellos, preguntó a su vez:

—¿Dónde os habéis dejado a Sam?

Sara frunció el ceño al escuchar el nombre del que era el tercer miembro del Trío y blanco directo de su ira.

Jorge se mosqueó.

—¿Qué pasa, que crees que no podemos vivir sin él? ¡Para que lo sepas, nosotros somos seres autónomos e independientes!

—Oye, tranquilo, que solo era una pregunta amable para iniciar una conversación civilizada —protestó Vicky—. Y no era tan descabellada, ¿eh? Porque, de hecho, casi siempre vais los tres juntos.

—Dijo que tenía algo que hacer y que nos adelantáramos nosotros —respondió Óscar, poniendo fin a aquella absurda discusión.

—¿Por qué os interesa tanto lo que Sam haga o deje de hacer? —preguntó Jorge, receloso.

—¡A mí no me interesa en absoluto! —saltó Sara inmediatamente.

—Aaaah, se acabó, me rindo —dijo Vicky exasperada—. No se puede razonar con vosotros, así que voy a hacer algo más productivo.

Y abrió su libreta en busca de su LISTA DE PREGUNTAS QUE TIENEN MÁS PROBABILIDAD DE CAER EN EL EXAMEN. Sara no se había traído el libro, así que miró a su alrededor en busca de alguien conocido; pero todos estaban repasando para el examen. La única persona que parecía pasar del tema era una chica de pelo corto, chupa de cuero y aspecto de dura que se entretenía lanzando penaltis en el campo de fútbol. Lo tenía para ella sola, porque hasta los Halcones, los chicos del equipo masculino, habían preferido dedicar el recreo a estudiar en lugar de a pelotear.

—¡Alex! —La llamó Sara, y la chica de la chupa de cuero se volvió hacia ella. En menos de dos minutos, las dos estaban practicando regates en el campo.

—Algunas cosas nunca cambian. —Vicky sonrió al mirarlas.

Poco después sonó el timbre, y todos los alumnos regresaron a sus aulas con la cabeza baja y arrastrando los pies, como si fueran directos al matadero. Sara volvió a toparse con Óscar y Jorge en el pasillo. Estaban manteniendo una tensa conversación con Lucas y Mateo, los terribles gemelos de los Halcones.

—¡Vaya, si resulta que sí hay dos sin tres! —se burlaba Lucas.

—¿Qué le habéis hecho a vuestro Gran Jefe *Friki*? —añadió Mateo.

—¿Por qué todo el mundo supone que no podemos ir a ninguna parte sin Sam? —Se enfadó Jorge.

Sara dejó de prestarles atención. Una chispa de curiosidad se había encendido en su interior, pero ella la apagó rápidamente: lo que hiciera Sam no era asunto suyo en absoluto.

Los alumnos de 2.º C fueron ocupando sus sitios con nerviosismo, y la mayoría aprovechó para pasar las páginas del libro de texto una vez más, mientras miraban la puerta de reojo por si aparecía el profesor. Pero transcurrían los minutos y Emilio no llegaba.

—Qué raro —comentó Sara—. ¿Por qué se iba a retrasar justo cuando tenemos el examen?

—Ah, no, esto es un desastre —murmuró Vicky consultando su reloj otra vez—. ¡Cuanto más tarde en llegar, menos tiempo tendremos para hacer el examen!

—¡A lo mejor se ha tenido que ir por algún motivo y no nos lo va a hacer hoy! —añadió Sara esperanzada.

Pero no hubo suerte. Cinco minutos después, Emilio apareció por la puerta con el montón de exámenes y una cara más seria de lo habitual.

—Silencio —dijo, y todos se callaron inmediatamente. No fue por su tono de voz, bastante tranquilo, sino por su expresión: parecía que fuera a estallar en cualquier momento, y ninguno de los alumnos de 2.º C tenía la menor intención de provocar la explosión.

Emilio repartió los ejercicios y esperó un momento a que todos leyeran el cuestionario. Después dijo:

—¿Alguna pregunta?

Nadie se habría atrevido a replicar. Nadie excepto Vicky, que levantó la mano imprudentemente.

—Perdón... Es que creo que hay un error en el esquema de la pregunta cinco. Se nos pide que describamos el funcionamiento de la pila, pero los nombres están mal puestos. Quiero decir que la barra de cobre debería estar en el polo positivo, y no al revés, ¿no?

Hubo un silencio sepulcral mientras todos asimilaban lo que Vicky acababa de decir (aunque la mitad no lo había entendido) y el profesor se ponía un poco más rojo.

Sin embargo, no estalló, como todos temían, sino que respiró hondo y dijo con voz gélida:

—Cierto, es un error. Corregidlo: donde pone «barra de cobre» debería poner «barra de cinc», y al revés.

Todos se apresuraron a anotarlos siguiendo sus indicaciones.

La siguiente media hora estuvieron inclinados ante las hojas, muy concentrados, hasta que sonó el timbre. En todo aquel tiempo, el profesor no dijo una palabra ni cambió de expresión. Cuando se fue del aula, llevándose los exámenes consigo, los alumnos de 2.º C se relajaron de inmediato.

—¡Bueno, pues ya está hecho! —exclamó Sara, estirándose sobre su silla—. Pase lo que pase, el examen está acabado, así que lo voy a celebrar jugando al fútbol toda la tarde.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Vicky sonrió.

Sin embargo, las cosas no fueron tan sencillas.

Hacia el final de la tarde empezó a correr el rumor de que algo pasaba con Emilio, el profesor de ciencias naturales. Había quien decía que los iba a suspender a todos, que alguien le había oído decírselo a otro profesor.

—Eso es absurdo —dijo Vicky, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo va a suspender a todos? Los que hemos... han hecho bien el examen —se corrigió— no pueden suspender.

—Será un bulo —dijo Carla, la portera del equipo, encogiéndose de hombros—. Venga, vamos al solar a jugar.

Y las Goleadoras, o al menos la mayoría de ellas, pasaron el resto de la tarde peloteando.

Pero al día siguiente estalló la bomba. Los rumores de que algo muy malo había pasado con los exámenes de segundo y tercero crecieron, y justo antes del recreo, cuando los chicos y chicas de 2.º C ya guardaban sus libros de matemáticas, entró Emilio. La cara de Clara, la profesora, se ensombreció inmediatamente.

—Atended un momento —pidió—. Emilio tiene algo que deciros.

Todos se callaron de golpe. No solían hacerlo con tanta rapidez, pero los rumores no habían dejado de extenderse desde el día anterior, y a todo el mundo le picaba la curiosidad.

—Los de segundo y tercero hicisteis ayer la prueba de fin de trimestre —empezó el profesor de ciencias naturales—. Bien..., pues que sepáis que estáis todos suspendidos. Todos los alumnos de todas las clases.

—¿¿¿!!!Quéeeee!!!??? —Se oyó un grito unánime, y los alumnos de 2.º C empezaron a protestar todos a la vez. Solo Vicky se molestó en levantar la mano y agitarla tanto como pudo.

—¿Sí, Vicky? —La invitó Emilio.

Ella trató de hacerse oír entre las quejas de sus compañeros.

—Sí, vale, pero yo no puedo estar suspendida —dijo con voz aguda.

—Tú también. Cuando digo todos, es todos.

Los chicos y chicas de 2.º C volvieron a hablar a la vez, mientras Vicky se quedaba blanca como una pared. De pronto, alguien hizo la pregunta mágica.

—Pero ¿por qué?

Y entonces, un coro de voces repitió:

—Eso, ¿por qué?

—¿Es un castigo?

—¡Eso no es justo, profe!

—Si me escucháis un momento —respondió Emilio—, os lo explicaré.

Poco a poco, los alumnos fueron guardando silencio hasta que el profesor pudo continuar.

—Ayer, poco después del recreo —empezó—, alguien entró en la sala de profesores, revolvió entre mis cosas y se llevó una de las fotocopias del examen. De forma que alguien ha copiado, y no solo eso... Además, trazó un elaborado plan para hacerlo. Hizo una falsa llamada a recepción preguntando por mí, y aprovechó que fui a coger el teléfono para forzar la cerradura de la sala de profesores, que estaba cerrada, y llevarse un examen.

Hubo un silencio sepulcral mientras los alumnos digerían la noticia y se preguntaban quién habría sido tan audaz y retorcido como para poner en práctica algo así. De pronto, Sara dio un respingo. Sabía exactamente quién podía haberlo hecho. Se volvió hacia Vicky y, a juzgar por la mirada significativa que ella le devolvió, comprendió enseguida que su amiga estaba pensando exactamente lo mismo.

—Como comprenderéis —prosiguió Emilio—, esta conducta no se puede tolerar. Así que, a menos que el culpable confiese, todos los alumnos de segundo y tercero tenéis ese examen suspendido con un cero redondo. En el momento en que dé la cara la persona que copió, me molestaré en corregir los ejercicios y ponerlos a cada uno la nota que os corresponde. Pero mientras tanto, podéis dar ese examen por cateado.

Los chicos y chicas de 2.º C tardaron un instante en reaccionar. Pero cuando lo hicieron, un aluvión de protestas se abatió sobre el profesor de ciencias naturales.

—¡Profe, eso no es justo!

—¡Yo no copié!

—¿Por qué tenemos que pagar todos por ese tío?

—¡No puede suspendernos a todos! ¡Seguro que es ilegal!

Emilio, sin embargo, no respondió ni una sola palabra. Se despidió con un gesto y salió del aula sin hablar. Las quejas de los alumnos se dirigieron entonces a la profesora de matemáticas, que había contemplado la escena sin intervenir; pero, por suerte para ella, en aquel momento sonó el timbre del recreo, y se apresuró a echarlos a todos del aula.

Por supuesto, el castigo del profesor de naturales fue el tema más comentado en aquel recreo. Sara y Vicky se aposentaron en las gradas, como de costumbre, y el resto de sus amigas se reunió con ellas.

—¿Os habéis enterado de lo del examen de *natu*? —dijo Carla nada más llegar.

—Sí, tías, qué fuerte —asintió Alex—. Se nos ha cargado a todos los de segundo y tercero.

—Pero ¿por qué a todos los cursos? —dijo Mónica—. Teníamos exámenes diferentes, ¿no? ¿Es que Emilio no sabe cuál le han robado?

—Por lo visto no, porque siempre hace fotocopias de sobra —explicó Ángela—. Pero sabe que alguien ha cogido un examen porque estaban todos revueltos.

—Sí. Además, el ladrón lo engañó para que fuera a recepción y después forzó la cerradura de la sala de profesores —añadió Alicia, su amiga del alma, emocionada; se notaba que tanto ella como Ángela estaban disfrutando con el cotilleo.

—En resumen, que no se sabe a qué clase pertenece la persona que se llevó el examen —comprendió Mónica—, así que nos ha suspendido a todos. Pues no me parece justo.

—A mí tampoco, iesto es un desastre! —dijo Vicky mordiéndose las uñas—. ¡Jamás en mi vida me han puesto un cero! ¿Qué le voy a decir a mi padre ahora?

—Bueno, pero tú seguro que apruebas la evaluación —dijo Eva—, porque has sacado buenas notas todo el curso y además te portas superbién en clase, participas y todo eso. Pero a mí, si me ponen un cero en este examen, me catearán toda la asignatura y no podré volver al equipo.

—Pero la persona que copió lo confesará, ¿no? —intervino Dasha, la defensa rusa, pensativa—. ¿Quién sería capaz de dejar que todo el mundo suspendiera por su culpa?

Carla se rio mordazmente.

—Ay, Dasha, aún tienes mucho que aprender de la filosofía de los españoles: «Todo vale mientras no me pillen».

—No todos somos así —protestó Vicky—. Yo confesaría de inmediato.

—Tú no confesarías, Vicky —rebatió Sara—, porque, en primer lugar, ni se te pasaría por la cabeza copiar.

Todas se rieron.

—Buf, pues yo no podría, qué corte —dijo Julia—. Por eso jamás he copiado en un examen, porque me moriría de vergüenza si me pillaran.

—Pues yo creo que el ladrón confesará —opinó Fani, que hasta el momento había estado muy ocupada devorando su bocadillo—, porque si no lo hace va a suspender igual, así que, ¿qué ganaría dejando que nos cateen a todos?

—Mal de muchos, consuelo de tontos —murmuró Carla.

—Pues a mí no me parece tonto —dijo Alicia—. Se las arregló para alejar al de *natu* de la sala de profesores, forzar la cerradura y entrar cuando no había nadie.

—Sí —asintió Ángela con admiración—. A mí no se me habría ocurrido nada de eso.

—Cierto, parece una treta digna de las de Sam —dijo entonces Carla; y todas se callaron de pronto, porque había dado en el clavo: era exactamente lo que todo el mundo estaba pensando y nadie se había atrevido a decir.

Sara no pudo evitar que su imaginación fuera un poco más allá...



Es noche cerrada, y el colegio está a oscuras. Una sombra furtiva se desliza por los pasillos sin hacer el menor ruido. Va vestida de negro y lleva un pasamontañas que impide reconocer sus rasgos. Se detiene un momento frente a la puerta de la sala de profesores, escucha atentamente y, al no percibir un solo ruido, decide entrar en acción. Extrae una compleja ganzúa de su mochila y procede a abrir la puerta. Una vez en la habitación, explora el interior a la luz de una pequeña linterna. Y allí está: al fondo de la sala, sobre un pedestal y protegido por una vitrina, se encuentra el montón de exámenes. La sombra examina la vitrina con atención y no tarda en descubrir el mecanismo de seguridad conectado a ella. Con

manos expertas lo desactiva sin muchos problemas. Por fin, levanta el cristal y se hace con los exámenes...

... Pero algo ha ido mal. Una potente sirena resuena de pronto por todo el colegio y delata al ladrón, que guarda los folios en su mochila y sale corriendo...

Perseguido por una jauría de perros enfurecidos y un grupo de profesores-vigilantes no menos enfurecidos, el ladrón sube la escalera a toda velocidad hasta llegar a la azotea del edificio. Una vez allí, se detiene al borde del abismo... Parece que está atrapado... pero entonces salta al vacío y de repente se abren a su espalda dos alas similares a las de un murciélago. El ladrón remonta el vuelo gracias a esta peculiar ala delta que llevaba incorporada en el traje. Aterriza impecablemente sobre la azotea del edificio de enfrente, mientras los profesores lo alumbran con los focos de sus linternas y gritan de frustración al comprender que se les ha escapado. El ladrón se quita el pasamontañas: es Sam, que exhibe su trofeo en alto y grita:

—¡Los exámenes son míos! ¡No descansaré hasta extender el caos y el terror por todo el colegio, y nadie será capaz de detenerme! ¡Muaajajaja! — concluye con una risotada de supervillano, mientras un relámpago ilumina su rostro, contorsionado en una mueca malvada.



Sara sacudió la cabeza, tratando de eliminar aquella imagen de su mente.

—No, eso no es digno de Sam —saltó—. Bueno, el *modus operandi* sí parece muy suyo, pero él jamás robaría un examen.

—Se dice *modus operandi* —corrigió Vicky automáticamente.

—¿Por qué estás tan segura? —dijo Alicia—. Todas sabemos que ya tiene antecedentes como ladrón.

—Sí, sí, acordaos de cuando se llevó los balones del almacén —añadió Ángela—. Dicen que también forzó la cerradura entonces.

—Pero lo hizo porque pensaba que no era justo que los Halcones pudieran entrenar con los balones del cole y nosotras no —dijo Sara—. Y admitámoslo, todas nosotras pensábamos lo mismo.

—Bueno, yo pienso que no es justo que tengamos que hacer exámenes cada dos por tres —dijo Carla—. A lo mejor eso justifica que los robe.

—¿Es que no puedes dejar de pensar cosas malas de todo el mundo?

—«Piensa mal y acertarás» es mi lema. Y, de todas formas, ¿por qué defiendes tanto a Sam? ¿No estabas enfadada con él por haberse despistado cuando cuidaba de tu hermanito y todo eso?

—Basta ya —intervino Vicky—. Yo estoy con Sara, no parece algo del estilo de Sam.

—No —corroboró Alex—. El canijo será retorcido, pero tiene sus principios.

—Yo lo veo así —intervino Mónica—: podría haber sido Sam o no, pero si ha sido él, dará la cara seguro.

Y, por una vez, todas estuvieron de acuerdo.



2

Sam el Tramposo

Sin embargo, pasaron dos días más y nadie confesó haber sido el autor de la fechoría. Todos los delegados de segundo y tercero fueron a hablar con Emilio para suplicarle que les levantara el castigo, pero el profesor no dio su brazo a torcer. Y, naturalmente, empezaron a encenderse las alarmas, especialmente entre la gente que había estudiado mucho para aquel examen y que esperaba aprobarlo.

Al mismo tiempo comenzó a circular el rumor de que el ladrón había sido un tal Samuel, de 2.º B. El viernes, las chicas volvieron a reunirse en las gradas. La tarde anterior habían tenido entrenamiento, pero, por una vez, no tenían ganas de hablar de fútbol.

—Qué jeta tiene Sam, mira que no confesar... —Fue lo primero que dijo Ángela, indignada.

—Sí, y por su culpa nos van a suspender a todos —añadió Alicia.

Al principio habían imaginado al audaz ladrón como una especie de héroe novelesco, pero después, al pasar los días y comprobar que no confesaba, y encima asociarlo con la imagen de Sam, a quien consideraban poco atractivo, lo habían bajado del pedestal sin remordimientos.

—¿Cómo podéis decir tan tranquilamente que ha sido él? —protestó Vicky—. ¡Si no tenéis ni una sola prueba!

—Pero lo sabe todo el mundo —se defendió Alicia.

—Sí, sí, todos dicen que ha sido él —asintió Ángela—. Por algo será.

—Eso es porque alguien se ha ido de la lengua —gruñó Alex—. Y como me entere de quién es el que va por ahí hablando mal del canijo a mis espaldas...

—¡Nosotras no hemos sido! —se apresuró a decir Alicia—. Bueno, íbamos a comentarlo con unas chicas de nuestra clase, pero ellas ya lo sabían.

—Tal vez se deba a que Sam ha confesado ya —opinó Sara.

—No, porque seguimos todos suspendidos —suspiró Vicky—. Vamos a ver, yo tampoco creo que haya sido él, pero ¿por qué está la gente tan convencida de su culpabilidad?

—¡Ay, la rumorología! —dijo Carla—. Basta con que alguien haya dicho «pues yo tengo motivos para creer que ha sido Sam» para que al día siguiente lo crea todo el colegio.

—¿Y si no ha sido él? —intervino Ménica—. Nunca le ha caído bien a nadie, pero ahora lo van a odiar, y quizá sin motivo.

—Bueno, pues habrá que preguntarle si ha sido él y ya está —opinó Isa, la más joven del grupo.

—Sí, claro, como si fuera tan sencillo —se burló Alicia.

—Es que lo es —insistió Isa—. Si yo estuviera en su lugar, preferiría que me preguntaran directamente a que murmuraran a mis espaldas.

—Nadie murmura a sus espaldas —se oyó de pronto una voz cerca de ellas. Las Goleadoras vieron entonces que Virginia y su corte estaban al pie de la grada, mirándolas con desdén. No solían acercarse tanto al campo de fútbol (su reino era uno de los bancos que había bajo los árboles, el más cercano a la puerta del edificio) salvo cuando jugaban los Halcones. Que se hubieran molestado en aproximarse a la grada para hablar con las chicas del equipo de fútbol femenino, a quienes consideraban poco menos que unas marginadas sociales, era todo un acontecimiento, y a Sara le dio mala espina.

—Y vosotras ¿qué queréis? —replicó por todo saludo.

—Eso, eso, ¿quién os ha dado permiso para meter las narices en nuestra conversación? —les soltó Carla.

Virginia se tenía por la chica más popular y fashion del colegio y no le gustaba que una pequeñaja como Carla le plantara cara; sin embargo, después de meditarlo un instante pareció decidir que no valía la pena «rebajarse» a discutir con ella, así que levantó la barbilla y la ignoró. Elisa y Amanda, sus dos satélites, la imitaron.

—Nosotras no murmuramos, decimos la verdad bien alta y clara —insistió—. Y si esa rata de 2.º C se atreve a salir de su escondite, le diré bien claro que sé que fue él...

—¿Y cómo lo sabes? ¿Es que lo has leído en el horóscopo de una de esas revistas para pavas que lees? —se burló Carla.

Virginia crispó los dedos en un movimiento involuntario. Cada vez le costaba más ignorar a la descarada portera de las Goleadoras. Sacudió su media melena negra, impecablemente peinada, y prosiguió como si no la hubiese oído:

—... Y le exigiré que dé la cara ante Emilio por el bien de todos sus compañeros. Faltaría más —concluyó ofendida.

Después esperó a que las Goleadoras admiraran su astucia e ingenio, pero se llevó una decepción. Todas la miraron como si fuera una extraterrestre, salvo Ángela y Alicia, que asentían solemnemente. Por fin, Vicky se aclaró la garganta y dijo:

—Pero bueno, Carla tiene razón: ¿cómo sabes que fue él?

—¿Y por qué nos lo cuentas a nosotras? —quiso saber Sara.

—Porque se lo estará contando a todo el colegio —murmuró Carla.

—Ah, ¿así que has sido tú? —Gruñó Alex, y se levantó de un salto, dispuesta a darle su merecido. Varias de sus compañeras la retuvieron, alarmadas, y Virginia y sus amigas dieron un paso atrás con precaución. Todo el mundo sabía que Alex y su pandilla de hermanos, tan brutos como una manada de pitbulls asesinos, amenazaban de muerte a cualquiera que les cayera mal. Después de todo, no hacía mucho que los gemelos Lucas y Mateo habían tenido que pedirles disculpas por escrito para no ser descuartizados.

—Solo he dicho lo que sé —dijo Virginia deprisa—. Y lo sé porque yo misma vi a ese *friki* saliendo de la sala de profesores después del recreo el día que robaron el examen.

—«Ese *friki*» tiene nombre: se llama Sam —replicó Sara—. Y haz el favor de no ir contando mentiras por ahí.

—¡No es una mentira! —se defendió la interesada—. ¡Yo siempre digo la verdad!

—Claro, como cuando pretendiste hacernos creer que habías pasado el verano con el batería de los Mystic Boys —dijo Mónica.

Virginia enrojeció.

—¡Eso lo dije cuando era pequeña!

—Cuando estábamos en primero —rectificó Mónica—. Y ahora estamos en tercero, no veo que haya tanta diferencia.

Las demás las miraban como si estuviesen viendo un partido de tenis. Muchas de ellas sabían que Mónica y Virginia habían sido amigas en primaria. Luego, las dos crecieron, y los intereses de Virginia se redujeron a las fiestas, los trapos y los chicos, mientras que Mónica se obsesionó con el feminismo y con la idea de que las chicas debían usar el cerebro y no limitarse a ser mujeres florero. Naturalmente, eso las colocó a ambas en dos bandos irreconciliables.

—No tengo por qué seguir discutiendo contigo —dijo Virginia con disgusto—. Haced lo que queráis, pero ya veréis que tengo razón.

Y giró sobre sus talones con garbo para alejarse de ellas, seguida de su corte.

—¡Vaya cara que tiene! —exclamó Isa, enfadada—. ¡Mira que hablar así de Sam!

—No le hagáis caso —resopló Mónica—. Solo miente para llamar la atención.

—En realidad... no está mintiendo —dijo alguien a media voz.

Era Jessi quien había hablado. Jessi ya no pertenecía a las Goleadoras porque había tenido que elegir entre el fútbol y su amado equipo de baloncesto, con el que jugaba desde hacía varios años. Se había distanciado de ellas porque ya no compartían entrenamientos ni partidos, pero seguía llevándose bien con las Goleadoras. Aquel recreo se había sentado con ellas en las gradas pero no había dicho ni una palabra; de hecho, algunas ni siquiera se habían dado cuenta de que estaba ahí y se sobresaltaron al oír su voz.

—¿Que no está mintiendo? —repitió Sara, sintiendo que se le encogía el corazón. No se hablaba con Sam, pero no lo creía capaz de hacer algo así. El hecho de que Virginia lo fuera diciendo a los cuatro vientos no le merecía la más mínima credibilidad, pero que lo afirmase la sensata y juiciosa Jessi...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alex, frunciendo el ceño. Sin embargo, esta vez no gruñó ni hizo crujir los nudillos. También ella respetaba a Jessi.

—Sí, venga, habla, que nos tienes en ascuas —añadió Carla.

Jessi levantó la cabeza y las observó pensativa.

—Es que yo también lo vi —explicó—. A Sam, quiero decir. Solo que no lo vi salir de la sala de profesores, sino entrar. No sé si forzó o no la

cerradura, porque ya tenía abierta la puerta. En aquel momento no le di importancia, aunque pensé que era raro que entrara en la sala de profesores justo cuando no había nadie, porque estaban todos en clase. Hacía un rato que había sonado el timbre y yo iba corriendo porque llegaba tarde a tecnología, así que no me paré a ver qué hacía Sam. Hasta que no supe lo del examen robado no lo entendí.

Reinó un silencio sepulcral.

—Pero ¿se lo has dicho a alguien? —preguntó Sara.

—No, ni una palabra —aseguró Jessi—. Yo pensaba, como vosotras, que si había sido Sam, tendría que reconocer que lo habían pillado y daría la cara para que Emilio no nos suspendiera a todos, pero pasan los días... y nada. Así que no sé qué hacer.

—Y por eso nos lo cuentas a nosotras —dedujo Vicky.

Jessi asintió.

—Todas conocemos a Sam y sabemos que es... peculiar, pero de verdad, me parece muy raro que actúe así.

Sonó el timbre que daba por finalizado el recreo, y con eso se acabó la conversación.

Mientras volvían a clase, Sara y Vicky se toparon con Sam y sus amigos en el pasillo. No se saludaron; oficialmente, Sam y Sara seguían enfadados. Sin embargo, Sara no pudo evitar mirar a su examigo con curiosidad, preguntándose qué le pasaría por la cabeza. ¿Por qué habría entrado en la sala de profesores si no era para robar ese examen? Y, si era así, ¿cómo es que no lo había confesado? ¿Hasta cuándo pensaba esperar?

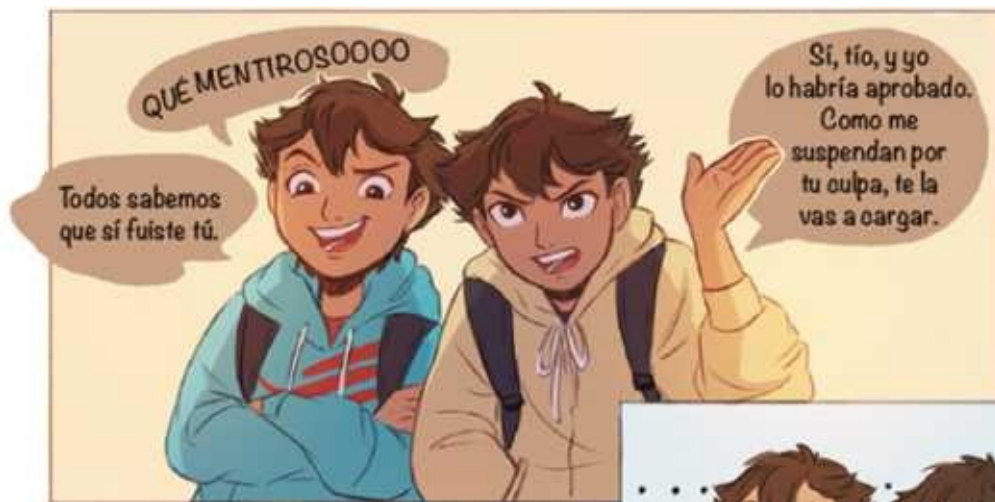
Sam captó su mirada y se quedó observándola un instante, con una expresión indescifrable. Por suerte para ambos, alguien rompió el contacto visual y aquella incómoda situación, evitándoles tener que hablar. Se trataba de los gemelos Lucas y Mateo, que se habían plantado delante de Sam, flanqueados por otros dos jugadores de los Halcones.

—Oye, *friki*, ¿cuándo tienes pensado hacerle una visita al de *natu*? —le espetó Mateo.

—Sí, eso, ¿por qué te lo piensas tanto? —añadió Lucas.

—No tengo por qué visitar a nadie —replicó Sam con calma—. Yo no robé ese examen.

—Qué mentirosoooo —canturreó Mateo—. Todos sabemos que sí fuiste tú.



—Sí, tío, y yo lo habría aprobado —gruñó su hermano—. Como me suspendan por tu culpa, te la vas a cargar.

—Estoy seguro de que no necesitáis mi ayuda para suspender un examen. Ninguno de los dos. —Sam sonrió.

Los gemelos se quedaron parados en el pasillo un momento, desconcertados. Para cuando se dieron cuenta de que Sam les había dicho, básicamente, que tenían muy pocas luces, ya casi no quedaba nadie en el pasillo.

Aquella misma tarde las Goleadoras tenían entrenamiento. Solo faltaban dos días para el partido contra las Tornado Girls, pero David, el entrenador, no quiso presionarlas mucho. Dedicaron la mayor parte de la sesión a practicar algunas tácticas nuevas, cosa que encantó a Vicky. Sin embargo, Sara observó que algunas de las chicas se reunían en un corrito y murmuraban, mirándola de reojo, y eso no le dio buena espina.

Por fin, poco antes de terminar el entrenamiento, el grupito se acercó a ella. Estaba formado por Ángela, Alicia, Mónica, Julia, Dasha y Carla, que era la portavoz.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara, un poco inquieta—. ¿A qué vienen esas caras?

—Vienen a que estamos suspendidas en naturales —respondió Carla.

—Como todo el mundo —replicó Sara—. ¿Y? ¿Qué tiene eso que ver con el fútbol o con los entrenamientos?

Mónica apartó a Carla a un lado y se hizo cargo de la situación.

—Verás, todas sabemos que corre un rumor por el colegio...

—Es más que un rumor —interrumpió Ángela.

—Sí, sí, todo el mundo lo sabe —asintió Alicia.

—De momento es un rumor —cortó Mónica con autoridad—. Dicen por ahí que fue Sam quien robó el examen. Y Jessi afirma que lo vio entrar en la sala de profesores, así que el rumor tiene algo de fundamento.

—Yo no creo que Sam lo hiciera —opinó Sara—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Bueno, eres bastante amiga de Sam...

—Era bastante amiga de Sam —puntualizó Sara—. Estamos peleados. Por su culpa, Alex por poco le pega una patada a mi hermano pequeño, ¿recordáis?

—Bueno, pero no hay que ser rencorosa —insistió Carla—. Lo pasado, pasado está.

—Lo que Carla..., lo que todas queremos decir —prosiguió Mónica—, es que, como tienes... o tenías... cierta confianza con Sam, podrías hablar con él y preguntarle sobre el tema, ¿no?

Sara se las quedó mirando.

—Estáis de broma, ¿no?

—Para nada —aseguró Carla.

—Mira, la gente habla mucho —añadió Mónica—, pero seguro que nadie se ha molestado en comentarlo seriamente con Sam. Es mucho más fácil y rastrero hablar mal de él a sus espaldas.

—Eso lo entiendo, y estoy de acuerdo. Pero ¿por qué yo?

—Porque, de todo el equipo, eres la que lo conoce mejor.

—Sí, sí, que no hace mucho estabais secreteando por las esquinas y, además, te invitó a ir a su casa —dijo Carla.

—Pero eso fue porque había que hacer el calendario —les recordó Sara—. Y Eva también vino.

—Vale, pero lo de los secretitos no tuvo nada que ver con el calendario, ¿eh?

Sara se ruborizó un poco. No hacía mucho que había sospechado que a Eva, una de sus mejores amigas, le gustaba Héctor, el capitán de los Halcones. Los celos la habían llevado a pedirle a Sam que investigara un poco, prácticamente que espiara a Eva, y por eso los dos habían estado «secreteando», como decía Carla. No era algo de lo que se sintiera particularmente orgullosa, así que prefería no hablar del tema. Sin embargo, eso le recordó que, antes de meter la pata estrepitosamente, Sam había estado allí para ayudarla.

Se volvió hacia Vicky, que se encogió de hombros.

—No puedo ser objetiva en esto —dijo—, porque me salió muy bien el examen y me revienta que me lo hayan suspendido por un tramposo. Pero no creo que una conversación de buen rollo le haga daño a nadie.

Sara volvió a mirar a sus amigas, suspiró y finalmente dijo:

—Está bien, hablaré con él.

Cuando terminaron, David las reunió para pedirles que se presentaran también al día siguiente, que era viernes. Oficialmente, los viernes no tocaba entrenamiento, pero a veces se quedaban en el colegio para pelotear un poco.

—¿Quieres que hagamos un entrenamiento extra mañana? —dijo Vicky—. ¿Tan mal nos ves?

—No, mañana no vamos a entrenar. —David sonrió—. Será solo un momento. Es que tengo una sorpresa para vosotras.

—¡Las equipaciones nuevas! —saltó Isa, emocionada—. ¡Que ya están, que ya están! ¡Wiiii!

—Vale, sí, son las equipaciones nuevas —confesó David, un poco contrariado porque le habían chafado la sorpresa.

—No era tan difícil de adivinar. —Sara sonrió—. Pero no te preocupes, porque nos hace una ilusión loca igual, con sorpresa y sin ella.

Les había costado mucho conseguir aquellas equipaciones, y se morían de ganas de estrenarlas, así que las Goleadoras salieron del colegio comentando las novedades y, por suerte para Sara, se olvidaron por un rato del asunto de Sam y del examen.

Pero al día siguiente, al salir al recreo, Sara y Sam volvieron a encontrarse en el pasillo, y ella recordó que había prometido a sus amigas que hablaría con él. De modo que inspiró hondo y siguió al Trío hasta el patio. Cuando ya se habían alejado un poco de la marea de alumnos que salían al recreo, Sara se adelantó un poco y tocó a Sam en un hombro. Él se volvió y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Hola —saludó ella—. ¿Puedo hablar contigo un momento, por favor?

—Vaya, eso de que quieras hablar conmigo es toda una novedad —replicó él—. ¿Y a qué debo el honor?

—Te lo explicaré enseguida, si tienes un rato.

Sam miró a sus amigos, Óscar y Jorge, y se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —respondió.

Se fueron juntos a los columpios de los pequeños, que estaban libres porque era la hora del recreo de los de secundaria. Sam se apoyó en la barandilla que delimitaba la zona.

—Supongo que querrás disculparte por haberme tratado como a un felpudo, ¿no? —Fue lo primero que dijo.

Sara respiró hondo.

—No vengo a hablarte de eso.

—¿No? Vaya, qué pena —Sam se levantó—, porque no tengo intención de hablar contigo de ninguna otra cosa hasta que te disculpes.

—¡Pero si eres tú el que debería disculparse por cuidar tan mal de mi hermano! —protestó Sara.

—Te recuerdo que ya lo hice, y además inmediatamente. Y por poco me escupes a la cara.

Sara abrió la boca para decirle que exageraba, pero entonces recordó la escena vivida durante el partido contra el colegio San Pablo y tuvo que reconocer que Sam tenía parte de razón.

—De acuerdo, me pasé un poco, lo siento —admitió—. Y acepto tus disculpas; ya imagino que no lo hiciste con mala intención.

—Pues claro que no.

Sam se quedó dudando un momento; después pareció decidir que aquello le bastaba para hacer las paces, más o menos, porque asintió y volvió a sentarse sobre la barandilla.

—Vale, ¿qué quieres?

Sara suspiró.

—Hablarle de un tema que supongo que no te va a gustar.

Sam se la quedó mirando.

—Tú también crees que robé ese examen, ¿verdad?

—No importa lo que yo crea...

—A mí sí me importa —cortó Sam.

Sara tragó saliva.

—Veamos... —pudo decir—, no me parece una idea tan extraña. Lo que sí que no te pega nada es callarte como un muerto. Te gusta presumir de tus hazañas, así que creo que, si hubieses sido tú, ya lo habrías confesado hace tiempo.

—Vaya... gracias —respondió Sam, sin saber si se trataba de un halago o de una crítica—. Y entonces, ¿qué quieres?

—En realidad me envían varias personas —prosiguió Sara—. Gente que quiere saber si fuiste tú o no. Porque, si no lo hiciste, que sepas que Virginia y sus amigas van por ahí contando el bulo de que tú eres el culpable.

—Ya lo sabía.

—¿Y te vas a quedar igual? —se sorprendió Sara.

Sam se encogió de hombros con cierta indiferencia.

—Mira, Virginia dice que te vio salir de la sala de profesores —continuó Sara—. Sería tu palabra contra la suya, y yo te creería antes a ti que a ella. Pero el caso es que Jessi también te vio. Y estoy segura de que ella no miente.

—No, no miente —confirmó Sam a media voz.

Sara se quedó de piedra.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que es verdad, que tú robaste el examen? En ese caso...

—No, Sara, yo no robé ese examen —replicó el chico muy serio—. Sí que entré ese día en la sala de profesores, y si quieres saberlo, sí,forcé la cerradura. Pero no robé nada de lo que había allí.

Sara lo miró estupefacta.

—Entonces ¿para qué entraste?

De pronto, Sam se puso tieso.

—Eso es asunto mío —dijo misteriosamente.

—Ah, vamos, Sam, si tiene que ver con el examen trimestral de naturales, es asunto de medio colegio.

—No tiene absolutamente nada que ver. De verdad.

—A ver que me aclare. ¿Me estás diciendo que forzaste la cerradura de la sala de profesores y que entraste justo cuando robaron el examen, pero que tú no tienes nada que ver?

—Exacto. Y, si necesitas más detalles, sí, fui yo quien llamó por teléfono a Emilio para que fuera a recepción y tener el camino despejado, pero te juro que no toqué los exámenes.

Sara lo miró con cierto escepticismo.

—Es una historia difícil de creer.

—Lo sé. Y por eso no se lo he contado a Emilio. No tengo ningún problema en decir que lo engañé para que saliera de la sala de profesores antes de hora, que forcé la cerradura, y que entré y después salí. Pero no lo hice para copiar, y paso de que me hagan responsable de un robo que no he cometido. —Sam colocó las manos sobre los hombros de Sara y la miró intensamente—. Tú me crees, ¿verdad?

Sara le devolvió la mirada. Su historia sonaba un poco absurda, pero...

—Sí, te creo —suspiró por fin—. Más o menos. Pero si tú no robaste ese examen, ¿quién fue?

—Buena pregunta. —Sam sonrió.



3

Estrenando equipación

Las Goleadoras olvidaron por un tiempo el problema de Sam y del examen robado. Sara comentó el asunto con Vicky en el recreo del viernes, pero no lo trataron en profundidad. En realidad, Sara estaba más pendiente del partido del día siguiente contra las Tornado Girls y de la nueva equipación que les entregarían por la tarde. Sin embargo, a Vicky le brillaron los ojos tras las gafas cuando se enteró de los detalles. Así que Sam afirmaba haber elaborado un plan para entrar en la sala de profesores, pero no había robado el examen. Aquello sonaba muy misterioso, de modo que, mientras Sara parloteaba sobre las Tornado Girls y sobre lo emocionada que estaba por poder jugar por fin con una equipación decente, Vicky, escuchándola a medias, se dedicaba a tomar notas en una de sus libretas.

Había decidido que llegaría al fondo de aquel asunto. No solo porque se negaba a permitir que le suspendieran un examen que era de sobresaliente, sino también porque a Vicky le encantaban los misterios... siempre que hubiese una solución final a la que ella pudiese llegar siguiendo una serie de pistas.

Aquella tarde, al terminar las clases, algunas de las chicas se quedaron jugando en el campo de fútbol mientras otras decidían esperar a David y a las nuevas equipaciones charlando en la grada. A pesar de

formar parte del equipo femenino del colegio, no todas eran tan fanáticas del fútbol como Sara, Eva o Alex, por ejemplo.

Pero no pudieron quedarse mucho rato en la grada, porque un viento frío les heló los huesos y las hizo estremecerse.

—¡Brrr, cómo se nota que llega ya el invierno! —dijo Ángela, arrebujándose en su chaqueta.

—Sí, y mañana tenemos que salir de casa a las ocho para jugar —lloriqueó Alicia—. ¡Vaya lata!

—Exageradas —respondió Dasha, la chica rusa del equipo, que seguía tan campante en manga corta.

Su desprecio por las bajas temperaturas que hacían tiritar a las otras Goleadoras le valió una serie de abucheos amistosos. Finalmente, las chicas decidieron buscar un lugar a cubierto donde esperar a David, y optaron por el gimnasio. Cuando Sara las vio pasar junto a la banda, bien envueltas en sus abrigo, les gritó:

—¿Adónde vais? ¡Entrad a jugar y ya veréis qué pronto se os pasa el frío!

—Sí, claro, como si no entrenáramos ya bastante los días oficiales —replicó Alicia.

—¡Encima pretenderás que sudemos también los viernes! —añadió su amiga, muy digna.

—No sé para qué se han apuntado al equipo si no quieren jugar —gruñó Alex.

—Mejor no preguntes —murmuró Sara; aún recordaba perfectamente el día en que Ángela y Alicia habían acudido a la primera reunión oficial de las Goleadoras porque, según afirmaban, esperaban que formando parte del equipo ligarían enseguida con los Halcones.

Pero no habían dado ni tres pasos cuando llegó David frotándose las manos.

—¡Hola, hola! —saludó—. ¡Tengo en la furgoneta equipaciones para todas!

Seguido por las Goleadoras, algunas entusiasmadas, otras algo más reticentes, David salió del colegio. En la acera de enfrente había aparcado una furgoneta gris que había conocido tiempos mejores. Sin embargo, para Sara en aquel momento era el mejor vehículo del mundo. Se le iluminó la cara cuando David abrió la parte posterior y empezó a repartir bolsas de deporte. Las chicas lanzaron exclamaciones de alegría y empezaron a abrirlas en plena calle.

—¡Un momento, un momento! —Las detuvo Vicky—. No saquéis las cosas aquí. Además, hay que repartir las bolsas en función del número de la camiseta, así que no os quedéis con la primera que cojáis.

Algunas protestaron un poco, pero en el fondo sabían que Vicky tenía razón, y además seguía soplando un viento muy frío, que se notaba más en la calle, lejos de los muros protectores del colegio. Así que, dando brinco y arrastrando sus bolsas de deporte, las chicas se recogieron en el gimnasio. Una vez allí, no tardaron en examinar su nueva equipación. Sacaron, por supuesto, la camiseta, que era blanca con adornos rojos, y el pantalón, completamente rojo. También encontraron medias a juego, un chándal y una camiseta de manga larga para los partidos de invierno.

—¡Fenomenal! —exclamó Mónica, encantada—. ¡La pienso estrenar mañana mismo! Con el frío que hace...

—Eh, ¿por qué mi ropa es de otro color? —protestó Alicia.

—Hala, es verdad, la tuya es diferente —comentó Ángela con envidia—. Así los chicos se fijarán más en ti.

—Sí, por ser la única que da la nota, ¿no? —lloriqueó Alicia—. ¡David, mira, se han equivocado con esta equipación!

—No se han equivocado, boba —la riñó Sara, quitándole la bolsa de las manos—. Mira, la camiseta tiene el número uno. Es la de la portera, que va vestida de forma distinta a las demás.

—¡La mía! —saltó Carla, y empezó a hurgar en la bolsa en cuanto Sara se la pasó—. ¡Eh, cómo mola, si tiene hasta guantes y todo!

Todas admiraron la equipación de Carla mientras David contemplaba a sus pupilas, sonriendo. Vicky se aclaró la garganta, tratando de llamar la atención de las chicas, pero como nadie le hacía caso, dijo en voz alta:

—¡Recordad que antes de revolverlo todo tenéis que aseguraros de que se trata de la vuestra!

—Anda, es verdad —comentó Dasha—. Pero yo no sé qué número es el mío. No voy a volver a jugar con el dos, ¿verdad?

La jugadora número dos del equipo era Eva, que como estaba castigada por sacar malas notas no había podido jugar el partido anterior contra el colegio San Pablo. Dasha había ocupado su lugar, jugando con su camiseta y haciéndose pasar por ella; una pequeña trampa para que no las descalificaran por ser solamente diez.

—No, ya eres oficialmente una Goleadora y tienes tu propio carnet —dijo David—. Te he inscrito con el número diecisiete.

En realidad, las Goleadoras no eran diecisiete, sino doce, cuando podían contar con Eva, pero habían incluido a más gente para poder apuntarse a la liga.

Julia levantó en alto la camiseta que le había tocado. Era, precisamente, la número dos.

—Entonces, ¿le guardamos a Eva su equipación? —preguntó.

—¡Por supuesto que sí! —replicó Sara con energía—. Es una Goleadora con todas las de la ley, y en cuanto pueda, volverá al equipo.

—Pues como él *friki* no confiese, lo veo crudo —se le escapó a Alicia.

—Sí, porque estamos todos suspendidos en naturales.

—Por última vez: Sam no robó ese examen —replicó Sara, molesta.

—Bueno, bueno, dejemos eso ahora —cortó Vicky al ver que iba a iniciarse otra discusión interminable—. Repartid las equipaciones para que todo el mundo tenga su número, ¿vale?

Hubo un momento de confusión mientras todas buscaban la bolsa que les correspondía. Una vez que cada una tuvo su equipación, estuvieron un buen rato examinándola, probándose algunas prendas y comentando, entusiasmadas, lo bonitas que eran y lo bien que les quedaban.

Sara se quitó su inseparable sudadera amarilla para probarse la chaqueta del chándal. Le sentaba como un guante, era cómoda y caliente. Sin embargo, se sentía un poco rara con ella, de modo que volvió a ponerse la sudadera.

—Bueno, chicas, atended un momento —las llamó David—. Os acordáis de que mañana tenemos un partido, ¿no? Jugamos fuera de casa, pero el colegio de las Tornado Girls no está muy lejos de aquí. Quien quiera puede ir andando; son algo más de veinte minutos desde el colegio, y así vais calentando.

—Quita, quita, ¿cómo nos vamos a calentar con el frío que hace? —Se estremeció Ángela.

—Sí, y encima a las ocho de la mañana —se quejó Alicia.

—A mí no me importa ir andando —aseguró Isa—, pero no creo que mis padres me dejen ir sola, y no sé si me acompañarán. Odian madrugar los fines de semana. Como se levantan tan temprano todos los días...

—Vale, vale, vamos a organizar esto —suspiró Vicky, sacando su libreta con cara de mártir (aunque en el fondo le encantaba que hubiese cosas que organizar)—. Veamos, ¿quién va a ir andando y quién en coche?

—preguntó, mientras inauguraba una LISTA DE GENTE QUE VA EN COCHE y una LISTA DE GENTE QUE PREFIERE CAMINAR.

—Yo voy en bus —replicó Alex.

El boli de Vicky fue de una lista a otra sin poder apuntarla en ninguna. Vicky gruñó al verse obligada a emborronar una tercera hoja con la LISTA DE GENTE QUE VA EN BUS.

David se levantó para marcharse.

—Que sepáis que en mi coche, como siempre, caben cuatro —dijo antes de despedirse—. Estaré mañana a las ocho en punto en la puerta del colegio.

—¡Yo voy contigo, yo voy contigo! —exclamó Alicia.

—¡Y yo, y yo! —coreó Ángela, pero David negó con la cabeza.

—Las que queráis venir conmigo, hablad con Vicky —declaró—; dejo en sus manos el tema de la organización del transporte, que seguro que lo hace muy bien.

Vicky le dedicó una mirada de agradecimiento.

Cuando por fin quedó claro cuántos coches había, quiénes irían en ellos y quiénes por su cuenta, las chicas se marcharon a casa, llevando consigo sus respectivas equipaciones. Vicky y Sara se quedaron también con la de Eva.

—Qué pena que no haya podido estar aquí —suspiró Sara—. Le habría hecho muchísima ilusión disfrutar del momento con las demás.

—Ya —respondió Vicky—. Ojalá pueda volver pronto al equipo para estrenar la equipación.

—Oye, ¿y por qué no se la llevamos a casa ahora? —propuso Sara de pronto.

—No creo que sea buena idea —respondió su amiga un poco alarmada—. Recuerda que el padre de Eva no quiere ni oírnos hablar de fútbol, y como le llevemos esta equipación tan chula a su hija, igual nos echa de su casa.

—Podemos planteárselo como una incitación para estudiar más.

—Querrás decir un incentivo —corrigió Vicky—. Aun así...

Pero tanto le insistió Sara que finalmente aceptó su idea de ir a visitar a Eva, que seguramente estaría muy aburrida delante de sus libros de texto.

El poder tener por fin su equipación nueva iba a suponer una gran alegría para ella, sin duda, pero Vicky temía que eso la distrajera en sus estudios.

En menos de quince minutos se plantaron en casa de su amiga. Por suerte para ellas, su padre no estaba; les abrió la puerta su madre.

Tal y como Sara había imaginado, encontraron a Eva estudiando con aire desdichado.

—¡Alegra esa cara! —La saludó la capitana de las Goleadoras—. ¡Hemos traído algo para ti!

—Pero no deberíamos dártelo ahora —añadió Vicky rápidamente—, o ya no serás capaz de concentrarte el resto de la tarde.

—¿Para qué quiere concentrarse, si es viernes y mañana no hay colegio? —replicó Sara—. ¡Toma, Eva, esa es para ti! —añadió, tendiéndole a su amiga la bolsa con su equipación.

Los ojos de Eva se iluminaron de ilusión. Agarró la bolsa con fuerza y se sentó sobre la cama para abrirla. Se detuvo un momento antes de hacerlo, saboreando el instante. Entonces respiró hondo, abrió la cremallera de la bolsa y empezó a sacar las prendas que contenía.

—¡Hala, es preciosa, preciosa! —exclamó emocionada—. ¡Con esta ropa pareceremos un equipo de verdad!

—Ya somos un equipo de verdad —protestó Vicky, pero Sara, contagiada por el entusiasmo de Eva, dijo, en otro arranque de inspiración:

—¿Por qué no te la pruebas para ver cómo te queda?

—¡No creo que sea buena idea! —respondió Vicky con rapidez.

Pero Eva ya se estaba quitando la ropa para probarse la equipación nueva. Sara no pudo esperar más y, ya que iba cargada con su propia bolsa, hizo lo mismo. En menos de dos minutos estaban las dos vestidas y admirándose en el espejo.

—¡Qué chulo, qué chulo! —decía Eva dando saltitos—. ¡Me muero de ganas de estrenarla!

Esto les recordó a ambas que todo el equipo estrenaría la nueva equipación al día siguiente, en el partido contra las Tornado Girls... todas, salvo Eva, que seguía castigada, pero Vicky prefirió no mencionárselo. Se ablandó un poco al ver a sus amigas tan emocionadas y murmuró:



—Bueno, después de todo, de momento los exámenes te han ido bien, ¿no? Quizá si lo apruebas todo este primer trimestre...

—Nos darán las notas dentro de dos semanas —suspiró Eva—. Y ya sé al menos una asignatura que tengo suspendida: naturales.

Vicky frunció el ceño.

—No si podemos evitarlo. Anda, cámbiate ya y esconde la bolsa, que como la vea tu padre te la vas a cargar.



Al día siguiente, muy temprano, Sara salió de su casa para ir a jugar el partido contra las Tornado Girls. Llevaba puesta la nueva equipación, con su número doce a la espalda, y estaba muy orgullosa de ella. Había presumido en casa, por supuesto, y despertado la envidia de su hermano Bruno, que jugaba en los Halcones y que había tenido una ropa decente desde el primer día, pero no tan completa como la que exhibían ahora las Goleadoras. Les había costado muchas horas de vender calendarios, pero había valido la pena.

Como la madre de Sara y Bruno tenía una pierna escayolada a causa de un accidente casero, en esta ocasión sus padres no podrían llevarla hasta el colegio de las Tornado Girls. De modo que Sara se había apuntado en la LISTA DE GENTE QUE PREFIERE CAMINAR elaborada por Vicky.

Embutida en su nuevo chándal, Sara trotó hasta la esquina del parque donde había quedado con algunas de las chicas para ir al partido. Se encontró allí con Vicky, que siempre era puntual como un reloj, y temblaba de frío junto a la verja.

—Brrr... lo bien que estaría yo ahora en la cama —suspiró su amiga por todo saludo—. Y esto no es más que el principio. ¿Sabes que viene una ola de frío? Han dicho en las noticias que puede que nieve y todo.

Sin embargo, Sara estaba demasiado nerviosa para hablar del tiempo. Le apasionaba jugar al fútbol en todas sus variantes, pero los partidos de la liga interescolar eran especialmente emocionantes.

—Bueno, ¿qué has podido averiguar de las Tornado Girls? —le preguntó a su amiga.

Ella sacó su libreta al punto.

—Pues no mucho, la verdad. Como son nuevas, igual que nosotras, no tengo referencias. Sus resultados en la liga hasta el momento no han sido muy brillantes, pero no hay que confiarse.

En aquel momento llegaba Isa, dando saltitos para entrar en calor; poco después apareció también Dasha.

—Ya estamos todas —dijo Vicky consultando su lista. Sacó entonces un plano de su bolsa de deporte nueva y se dispuso a guiar a sus compañeras hasta el colegio donde tenían que jugar.

—¡Eh, esperadmeeee! —Se oyó una voz tras ellas cuando ya se iban.

Al volverse, descubrieron que se trataba de Fani, que trotaba tras ellas con la lengua fuera. Vicky volvió a mirar la lista, desconcertada.

—Pero ¿tú no te ibas en el coche con David?

Fani enrojeció un poquito.

—Mi madre dice que me viene bien andar —dijo—, así que he decidido ir con vosotras.

—Yo no sé para qué hacemos las listas, si luego la gente cambia de idea en el último momento —se enfurruñó Vicky.

Sara le dio un empujón cariñoso.

—Venga, no seas así —dijo—. Al final llegaremos todas a tiempo al partido, y eso es lo importante, ¿no?

—Visto así... —Vicky se interrumpió al ver que Isa las miraba con los ojos brillantes—. ¿Qué es lo que pasa? —le preguntó.

—¡Que tenemos una pinta estupenda con esta ropa! —respondió ella dando saltitos—. ¡Parecemos un equipo profesional y todo! ¡Wiiii!

Sara, Vicky, Fani, Isa y Dasha se miraron. Era verdad; iban las cinco vestidas con la equipación nueva y mostraban un aspecto muy distinto al que habían exhibido en aquel primer partido contra los Halcones. Sara sintió una cálida emoción por dentro. No se trataba simplemente de que llevaran una ropa diferente; aquella equipación simbolizaba un largo camino, era el fruto de un esfuerzo conjunto, de algo que había surgido casi de la nada cuando, una mañana a principios de curso, apenas dos meses y medio atrás, habían decidido poner en marcha un equipo de fútbol femenino en el colegio.

—Bueno, pero no basta con parecer un equipo —dijo Sara—. También hay que demostrarlo en el campo, así que vamos allá. Vicky, ¿dónde está ese mapa?

—¡A la orden, capitana! —exclamó ella y, tras consultar el plano un momento, señaló en una dirección—. ¡Por allí!

Empujadas por un viento helado que, esta vez sí, hizo estremecer incluso a Dasha, las cinco chicas se pusieron en marcha.



4

Improvisando

Vicky las guio por el camino más corto hasta el colegio de las Tornado Girls. El portón del patio estaba abierto, así que entraron. Descubrieron que David y algunas de sus compañeras ya habían llegado y estaban calentando en el campo. También se encontraban allí Clara, la profesora de matemáticas, y las chicas del club de fans, con Verónica y su inseparable cámara de fotos a la cabeza. Todas iban bien abrigadas para protegerse del frío, pero ahí estaban, como valientes, dispuestas a apoyar al equipo.

—¡Wiiii, han venido! —saltó Isa emocionada, y corrió hacia ellas para saludarlas.

Sara miró alrededor. Faltaba gente, pero aún era pronto. Descubrió a Ángela y a Alicia charlando en una esquina, a resguardo del viento, sin preocuparse por el calentamiento. Su entrenador no les estaba prestando atención porque se encontraba muy entretenido hablando con Clara.

No había muchos padres y madres en la banda, y a los que había, Sara no los conocía; debían de ser las familias de las jugadoras rivales.

Sara las vio en la banda contraria, formando un grupito que observaba a las Goleadoras con respeto y cierta hostilidad. Se preguntó por qué.

Las Tornado Girls vestían una sencilla camiseta numerada de color azul, similar a la que habían llevado las Goleadoras como equipación

provisional hasta la semana anterior. «¡Son como nosotras!», comprendió de pronto. Un equipo que estaba empezando y que probablemente también habría encontrado dificultades para formarse y para inscribirse en la liga. En cambio, el aspecto y la actitud de las Goleadoras parecía indicar que eran las reinas del campo. Las habían intimidado, y eso que las Tornado Girls jugaban en casa. «Si nos hubieran visto con las camisetas del cerdito...», Sara sonrió, recordando su primer partido contra las Pink Pirañas.

Se dio cuenta entonces de que las chicas que habían optado por acudir en autobús habían llegado hacía un rato. Sara contó a su gente: Vicky, Alex, Carla, Fani, Ángela, Alicia, Mónica, Julia, Isa, Dasha y ella misma. Estaban todas, salvo Eva, claro. Sara deseó que pudiera volver al equipo pronto.

Vicky estaba tratando de llamar la atención de David, que seguía charlando con la profesora de matemáticas.

—Oye, ¿no tendríamos que estar calentando, o repasando la táctica, o algo así? —le decía.

—¿Eh? —respondió David como si cayese de las nubes—. Claro, claro, empezad a correr alrededor del campo.

—¡Llevamos veinte minutos corriendo alrededor del campo! —se quejó Ángela.

—¡Sí, y ya estamos cansadas! —añadió Alicia.

—¡Vosotras no habéis movido el culo desde que he llegado, que os he visto! —bramó Alex.

En vista del descontrol, David se apresuró a organizar a sus chicas.

A las nueve menos diez estaba ya todo el mundo. Las Tornado Girls parecían nerviosas.

—Les falta una —le susurró Vicky a Sara—. Con un poco de suerte, no podrán jugar y el árbitro nos dará el partido a nosotras.

—No me gustaría ganar así —murmuró ella—. Yo prefiero jugar y, además, lo siento por ellas. Sé lo chungo que es ir a un partido sabiendo que quizá nos falte gente.

—Ya, pero es que hoy hace un día de perros, Sara —suspiró Vicky.

Tenía razón. Seguía haciendo frío, y una capa de nubes grises había tapado el sol. Ni el viento helado que se les colaba hasta los huesos parecía ser capaz de despejarla.

Por fortuna para las Tornado Girls, a menos de cinco minutos de comenzar el partido llegó su undécima jugadora, corriendo y con la

lengua fuera.

Sara volvió a sentir un impulso de simpatía hacia aquel equipo al que no conocía, pero que le recordaba tanto al suyo propio. Quizá también estaría compuesto por chicas que sabían jugar y otras que no tenían ni idea; tal vez entre ellas hubiera otra Sara apasionada por el fútbol que soñaba con ser profesional.

Descubrió entonces que no le importaba ganar o perder. A otros equipos, como las Pink Pirañas o el del colegio Libertad, sí había tenido ganas de darles una paliza en el campo. Pero las Tornado Girls le caían bien, pese a no haber cruzado una sola palabra con ellas. Fuera cual fuese el resultado final, Sara quería, ante todo, jugar, disfrutar del partido como lo habría hecho en una tarde de peloteo con sus amigas en el solar.

Sin embargo, las Tornado Girls no las miraban con la misma simpatía. Sara recordó la envidia con la que ellas mismas habían contemplado el equipo y las magníficas instalaciones del colegio Libertad, y lo entendió.

—¡Vamos, vamos, venid todas! —llamó David—. ¡Vamos a empezar!

Desde la banda, el club de fans de las Goleadoras comenzó a cantar:

—¡Goleadoras campeonas, Goleadoras a ganar! ¡Goleadoras las mejores, Goleadoras vencerán!

Sara y sus amigas se reunieron en torno a David.

—No os voy a contar nada nuevo —dijo él—. Solo quiero recordaros lo que siempre os digo: disfrutad del partido y hacedlo lo mejor que sepáis. Pero, sobre todo, pasadlo bien, ¿de acuerdo?

Ellas asintieron y, dándose ánimos, entraron en el campo.

Las Tornado Girls ocuparon posiciones también. Algunas parecían desafiantes; otras no las tenían todas consigo.

Por fin, el partido comenzó. Sara se aprovechó de la indecisión de una de las delanteras de las Tornado Girls para arrebatarse el balón y pasárselo casi inmediatamente a Vicky. Ella lo retuvo un momento, mirando a su alrededor para ver dónde estaban sus compañeras. Alex y Mónica ya avanzaban hacia la portería contraria, una por cada banda, y Ángela y Alicia se habían puesto casi a la altura de Sara. Vicky comprendió que su mejor baza en aquellos primeros momentos en que las Tornado Girls parecían tan nerviosas era la sorpresa. De modo que volvió a pasar el balón a Sara y le dijo:

—¡Haz jugada con Alex!

Sara asintió y avanzó un poco más. Las Tornado Girls retrocedieron rápidamente para proteger su portería, pero Alex se les había colado casi hasta la cocina. Sara estuvo a punto de perder el balón entre los pies de una chica morena y menuda que le salió al paso con rabia y decisión. Pudo mantenerlo por los pelos e hizo el pase en cuanto se le presentó la oportunidad.

Alex no se lo pensó dos veces. Aunque estaba lejos, lanzó un potente disparo a puerta...

... que se fue fuera por muy poco.

—¡Huyyyyy! —exclamó el club de fans desde la grada.

—¡No os asustéis, que no ha sido gol! —Oyó Sara que alguien decía tras ella—. ¡Tania, marca a la número nueve!

La nueve era, naturalmente, Alex. Sara se volvió y se dio cuenta de que era la chica morena la que estaba dando instrucciones.

—¡Terminaaatrix! ¡Terminaaatrix! —cantaba el club de fans de las Goleadoras, coreando el nombre de guerra de Alex.

Las Tornado Girls sacaron de puerta, y se las arreglaron para pasarle el balón a la morenita, que llevaba a la espalda el número siete. Junto con la jugadora número once, una chica ágil y rápida que lucía una larga trenza castaña, inició una jugada de ataque.

—¡Vicky! —avisó Sara; pero ella ya lo había visto y daba instrucciones a las Goleadoras que cubrían el centro del campo. Pronto, las dos delanteras de las Tornado Girls se vieron detenidas por Ángela y Alicia, que les salieron al paso.

Ninguna de las dos era una gran jugadora, pero las Tornado Girls no lo sabían, de modo que la número siete se detuvo un momento para evaluar el peligro potencial. Por si acaso, pasó el balón a su compañera, antes de darse cuenta de que ella también estaba marcada. Ángela no tuvo casi ningún problema para hacerse con el balón.

Y de nuevo, las Goleadoras montaron una jugada de ataque. Ángela y Alicia entraron hasta la mitad del área de las Tornado Girls y luego optaron por pasar el balón a Sara. Ella buscó a Alex con la mirada, pero descubrió que sus contrarias habían aprendido la lección y la tenían muy vigilada. Intentando que no se le notara la decepción, vio que Mónica estaba muy adelantada, de modo que avanzó un poco más y, cuando le salieron al paso, abrió a la banda derecha, donde estaba su compañera.

Mónica recibió el balón y lo retuvo un poco entre los pies, esperando que el resto de las delanteras avanzaran un poco más. Sara lo hizo. Dejó

atrás a una de las defensas rivales y corrió imparable hacia la portería.

Mónica esperó el momento preciso. Entonces centró el balón, bajo y raso, buscando los pies de Sara.

Habían ensayado aquello muchas veces en los entrenamientos, porque Mónica, pese a ser novata, era alta y tenía las piernas largas, por lo que corría muy rápido y resultaba una ayuda inestimable en la banda. Pero para ser útil en la delantera tenía que aprender a centrar. Cuando lo intentaba por lo alto se le desviaba mucho el balón, por lo que David le había sugerido que hiciera pases rasantes, que, aunque eran más fáciles de interceptar, también podían ser mejor controlados por sus compañeras.

Mónica no llevaba mucho tiempo practicando, pero, por suerte, el balón llegó sin problemas a los pies de Sara.

—¡Vamos, Sara, chuta! —gritaron sus compañeras.

Sara levantó la cabeza y vio la posición de la portera, que estaba cubriendo el centro de la portería. No tenía mucho tiempo, porque dos de las defensas rivales se le echaban encima. Lanzó el balón, intentando desviarlo un poco a la izquierda, lejos del alcance de la guardameta.

Y lo consiguió, pero no lo suficiente. La portera de las Tornado Girls saltó hacia la izquierda y consiguió rechazar el balón por los pelos.

—¡Huuuyyyyy! —gritaron de nuevo las chicas del club de fans.

Las defensas se apresuraron a hacerse con el balón y lanzarlo bien lejos de su portería.

—¡Vamos bien, vamos bien! —exclamó Vicky cuando las delanteras del equipo regresaron a sus posiciones.

Pero Sara descubrió que la jugadora número siete de las Tornado Girls la miraba fijamente y no estuvo tan segura. «Quizá hemos descubierto nuestras cartas demasiado pronto», pensó.

Y no se equivocaba, porque no tardó en tener a la número siete del equipo contrario pegada a sus talones.

Las Goleadoras habían empezado muy bien, pero no habían logrado marcar, y en los minutos siguientes se encontraron con que la tarea se les había vuelto mucho más complicada. Sus rivales no tardaron en tomar nota de quiénes eran las jugadoras especialmente peligrosas y en qué consistían sus jugadas más frecuentes, por lo que empezaron a anticiparse a ellas.

El resto del primer tiempo pasó entre los ataques frustrados de las Goleadoras y algún tímido contragolpe por parte de las Tornado Girls.

—Hemos empezado muy bien —les dijo David en el descanso—, pero lo tendremos mucho más difícil en el segundo tiempo.

—¿Por qué? Si no son tan buenas —se burló Alex—. La que va por la banda derecha no tiene ni idea, y hay un hueco en la línea de atrás que nadie cubre, porque una de las defensas es un auténtico desastre.

—Pero se trata de un equipo adaptable, que aprende y mejora con los errores —señaló David—. Son muy sagaces, además. Se han dado cuenta enseguida de cuáles son nuestros puntos fuertes, y están intentando contrarrestarlos.

—Entiendo —asintió Vicky—. Es cuestión de tiempo que descubran también nuestros puntos débiles y se aprovechen de ellos, ¿no?

—Exacto —asintió David.

—Es esa chica, la número siete —intervino Sara—. Se fija en todo. Y no ha dejado de marcarme desde que he lanzado a puerta al principio del partido.

—Es buena —dijo David—, quizá una de las mejores de un equipo que, por si no os habéis dado cuenta, es muy irregular.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Fani.

—Que no deberíais juzgar al equipo entero por sus jugadoras más flojas, porque tienen otras que juegan realmente bien.

—Como nos pasa a nosotras —dijo Mónica.

—Exacto.

—Pues —dijo Sara—, si tan rápido nos han calado, seguro que ya saben por dónde han de atacar para tener más posibilidades de llegar a la portería.

Nadie dijo nada, ni siquiera la miraron, pero todos sabían que se refería a la zona defendida por Fani.

—También conocen nuestras combinaciones de ataque más frecuentes —prosiguió Sara—, porque las hemos probado todas. Así que lo que propongo es, en primer lugar, que nos aprovechemos de esos puntos débiles que ya ha descubierto Alex. Y, en segundo lugar —añadió, mirando fijamente a sus compañeras—, que cambiemos de táctica y hagamos cosas diferentes.

—¿Cosas diferentes? —Se asustó Vicky.

—Sí: improvisar, ser un poco más creativas.

—¿Improvisar? —volvió a repetir Vicky, cada vez más alarmada. Miró a David, en busca de apoyo, pero ese asentía con aprobación.

—Es exactamente lo que iba a sugeriros —dijo sonriendo.

—¡Pero yo no sé improvisar! —se quejó Vicky. Nadie le hizo caso.

—Podríamos repetir la jugada que nos salió tan bien contra el Libertad —propuso Isa—. Como Julia no ha tenido mucho trabajo por ahora, las Tornado no saben que es nuestra arma secreta. Podríamos empezar la segunda parte con la misma alineación que hasta ahora, y dentro de un rato, ¡zas!, cambiamos a Alex por Julia y las despistamos.

—Esa es una gran idea —aprobó David.

—Eh, yo no quiero volver a la delantera —protestó Julia, muerta de miedo.

—¡Ni yo a la defensa! —Gruñó Alex.

—Vale, pues marcad un gol antes de media hora y no os cambiaré —dijo David, medio en broma medio en serio.

El árbitro indicó el final del descanso y los dos equipos volvieron al campo.

—¡Ánimo, Andrea! —exclamó alguien desde la banda, y la número siete de las Tornado Girls se volvió para saludar.

Andrea..., de modo que así se llamaba. Sara se quedó mirando a su rival, pensativa, pero ella le devolvió una mirada gélida, hasta huraña.

Empezó el segundo tiempo, y, esta vez sí, las Tornado Girls comenzaron atacando. Andrea y su compañera, la número once, echaron a correr con el balón controlado, seguidas por dos jugadoras más. Fueron derechas hacia el lugar defendido por Fani, esquivando a Dasha, porque ya habían aprendido que era como una especie de muro muy difícil de superar. Como era previsible, sortearon a Fani con insultante facilidad, aunque ella, llena de buena voluntad, dio media vuelta y echó a correr tras ellas.



Andrea levantó la cabeza y vio a una única jugadora cerrándole el paso. Era rubia y no muy alta, y parecía asustada. Sonrió para sí, porque no le parecía que fuera peligrosa. Miró a su izquierda y vio que una de sus compañeras la seguía muy de cerca, así que le pasó el balón para superar a la última defensa de las Goleadoras.

Sin embargo, cuando volvió a alzar la vista, esa ya no estaba allí. Una sombra veloz pasó junto a Andrea, cortó el pase y robó limpiamente el balón.

Cuando las dos delanteras se volvieron para ver qué había pasado, descubrieron una coleta rubia alejándose de ellas a toda velocidad.

Por supuesto, era Julia quien había cortado brillantemente el ataque de las Tornado Girls. Sara la vio correr hacia ella con cara de susto y comprendió que sus rivales no tardarían en darse cuenta de la calidad de su juego, si no lo habían hecho ya. Había que reaccionar, y rápido. Recordó entonces lo que había dicho David acerca de improvisar y tomó una decisión.

—¡Vamos todas con Julia! —gritó—. ¡Al ataque, Goleadoras!

Unas cuantas lo pillaron al vuelo y echaron a correr hacia el área contraria, pero otras se quedaron en el sitio sin entender muy bien lo que estaba pasando. La más desconcertada de todas era Vicky.

—¿Qué hacéis? —chillaba, dando saltos muy nerviosa—. ¿Por qué os salís todas de vuestras posiciones?

Pero nadie le hizo caso. Desde la banda, David las animaba:

—¡Muy bien, muy bien, así, arriba!

Y el club de fans parecía haber despertado en la grada.

—¡Goleadoras las mejores, Goleadoras ganarán! —cantaban, levantando bien alto su pancarta.

Julia se vio de pronto arropada por sus compañeras. Pasó el balón a Ángela, que echó a correr por el centro del campo acompañada por Alicia. Las dos iniciaron la jugada combinada que se les daba tan bien.

Sara se detuvo un momento para echar un vistazo al campo. Vio que todas las Tornado Girls se replegaban rápidamente; pero Andrea y las otras dos delanteras iban todavía muy por detrás de las Goleadoras. No llegarían a tiempo para detenerlas.

Oyó la voz de Vicky desde atrás:

—¡Os van a cortar la jugada, os van a cortar la jugada!

Sara pensó que su amiga estaba paranoica porque le habían roto todos los esquemas con aquel ataque alocado, pero entonces vio que una de las centrocampistas del equipo rival iba derecha hacia Ángela y Alicia, decidida a detener uno de sus pases. De modo que dio media vuelta y corrió hacia ellas.

—Sara, ¿qué haces ahora? —preguntó Mónica desconcertada—. ¿Adónde vas?

—¡Tú sigue corriendo! —respondió ella.

Y, adelantando a la jugadora de las Tornado, fue ella la que cortó el pase de Ángela y de Alicia y se hizo con el balón.

—¡A por ella, a por ella! —Oyó la voz de Andrea desde atrás.

Sara miró a su alrededor en busca de Alex, pero descubrió que estaba muy marcada. Comprendió que esa era la jugada previsible: buscar a Alex. De modo que avanzó un poco con el balón y cambió el juego hacia la izquierda, por donde corría Mónica.

Esa controló el balón a duras penas y evitó en el último momento que se saliera por la banda. Después se detuvo, un poco perdida.

—¡No te pares! —dijo Sara—. ¡Sigue adelante y busca a Dasha!

—¿A Dasha? —se extrañó Mónica. De pronto la vio corriendo junto a ella y se quedó muy sorprendida, porque la rusa era defensa, no delantera. Pero había sido una de las primeras en comprender la táctica de Sara y había echado a correr desde el principio.

Mónica se alegró de poder pasarle el balón. Dasha lo controló y siguió avanzando por la banda izquierda. Sara vio cómo esa y Alex cruzaban una mirada de entendimiento.

—¡No centres! —le gritó—. ¡Vamos las tres!

Por suerte para las Goleadoras, tanto Dasha como Alex comprendieron el críptico mensaje y supieron reaccionar a tiempo. Abandonaron las bandas y corrieron hacia el centro del área defendida por las Tornado Girls. Dasha pasó el balón a Sara cuando varias defensas se lanzaron desesperadamente hacia ella. Sara tuvo que retroceder un poco, pero logró controlar la pelota y se la pasó a Alex casi inmediatamente. Las jugadoras rivales estaban centradas en detener a la máquina rusa y a la desconcertante capitana de las Goleadoras y, esta vez sí, se habían olvidado por completo de Alex.

Terminatrix no se inmutó cuando se vio delante de la portería y con el balón entre los pies. Solo sonrió un poquito.

Y chutó con todas sus fuerzas.

La guardameta estaba en el lado izquierdo de su portería, intentando cubrir el hueco por el que podrían haber lanzado Dasha o Sara, y no tuvo tiempo de reaccionar.

—¡¡Goooooooool!!! —gritaron las Goleadoras y su club de fans, todas a coro.

Sara se lanzó sobre Alex para celebrarlo. Momentos más tarde, todas las chicas del equipo estaban hechas una piña frente a la portería de las Tornado Girls.

—¡Hemos marcado, hemos marcado! —repetía Isa, saltando como una rana—. ¡Wiiiiiii!

—Y todavía no entiendo cómo ha podido salir bien —dijo Vicky desconcertada.

Sara vio con el rabillo del ojo cómo Andrea daba una patada al suelo, con rabia.

Dando saltos de alegría aún, las Goleadoras volvieron a sus puestos para que las Tornado Girls sacaran de centro. Alex pasó por delante de David y le espetó:

—¿Lo ves? ¡Hemos marcado, así que no tengo que volver a la defensa! David asintió sonriente.

Sara oyó la voz de Vicky que decía:

—Bueno, y ahora que vamos por delante, ¿sería mucho pedir que os limitarais a las jugadas ensayadas en lugar de hacer tanto el loco?

Quedaba todavía media hora para que terminara el partido, pero las Goleadoras decidieron cerrar la defensa y jugar al contragolpe. Dasha y Julia hicieron un esfuerzo extra para cubrir también las zonas de Fani y de Isa, y las delanteras jugaron más atrasadas para impedir que las Tornado Girls llevaran a término sus ataques. Aun así, Andrea y sus compañeras llegaron en dos ocasiones más a la portería de sus contrincantes. Una de las veces, la pelota salió desviada, mientras que el segundo lanzamiento fue detenido por Carla.

Sara y sus compañeras, por su parte, también hicieron algún tímido intento de volver a acercarse al área de sus rivales, pero la cosa no llegó a más. Y, pese a que las Tornado Girls lo intentaron con fuerza y con rabia, finalmente el partido acabó con victoria para las Goleadoras.

Ellas lo celebraron ruidosamente. Comentaron los pormenores del partido mientras recogían sus cosas, que habían dejado abandonadas en el banquillo, y Sara miró de reojo al equipo perdedor. Su mirada se cruzó con la de Andrea, que tenía un aspecto hosco y malhumorado. Respirando hondo, Sara se acercó a las Tornado Girls. Ellas la observaron con recelo.

—¿Qué quieres? —Ladró una de ellas.

Sara la ignoró.

—Calendarios —le dijo a Andrea.

Ella parpadeó confundida.

—¿Cómo dices?

—Calendarios —repitió Sara—. De esa forma conseguimos nuestra equipación, porque el colegio no nos la podía pagar. Así que hicimos fotos del equipo y con ellas creamos unos calendarios caseros que vendimos por todo el colegio. Con eso conseguimos dinero suficiente para la equipación.

Andrea no dijo nada. Seguía mirándola sin saber muy bien a qué atenerse.

—Fue una buena idea y a nosotras nos vino muy bien. Lo digo porque igual a vosotras os sirve de algo.

—¿Quieres decir que nuestra equipación te parece cutre? —Se enfadó una de las Tornado Girls.

—No, para nada —respondió Sara—. Hasta el sábado pasado, nosotras jugamos con una muy parecida. Pero estamos muy contentas con la nueva, y he pensado que a lo mejor a vosotras os interesaba saber cómo la habíamos conseguido, por si os apetece tener una parecida. Sobre todo ahora que estamos en invierno —añadió, echando un vistazo a las mangas

cortas de las otras chicas; algunas, acabado ya el partido, temblaban de frío arrebuajadas en sus cazadoras.

—Entiendo —asintió Andrea.

—Bueno, pues eso era todo —concluyó Sara—. Ha sido un buen partido; nos vemos en la segunda vuelta.

Les dio la espalda para regresar con sus compañeras y oyó tras ella la voz de Andrea.

—Lo mismo digo. Y gracias por la información.

Sara sonrió.



5

Detectives en acción

El lunes siguiente, en el recreo, Vicky y Sara se reunieron en la grada para comentar el partido. Eva también estaba allí, y las escuchaba con atención y cierta envidia.

—Jo, ojalá hubiera podido jugar con vosotras —suspiró.

Entonces Sara cayó en la cuenta de una cosa.

—¡El sábado que viene no puedes faltar, Eva! —exclamó—. Jugamos contra el Montesol, el mejor equipo de la liga, o al menos lo era el año pasado. ¡Y necesitamos contar con todas nuestras fuerzas!

—¿Y qué quieres que haga? —suspiró Eva—. El viernes nos dan las notas de la evaluación y estaré suspendida en ciencias naturales, a no ser que dé la cara la persona que robó el examen.

—Y si a estas alturas no lo ha hecho —comentó Vicky—, no creo que lo haga ya.

—¿Tú estás segura de que no fue Sam, Sara?

Sara asintió.

—Completamente. Estoy convencida de que es inocente.

—Bueno, engañar a un profesor para que se quite de en medio y forzar la cerradura de la sala de profesores para entrar sin que nadie se entere no me parece muy «inocente», la verdad —opinó Vicky ajustándose las gafas.

—Él admite que hizo todo eso, pero que no robó el examen. Y yo le creo.

—Vale, supongo que habrá que darle un margen de confianza, aunque me parece muy sospechoso que no quiera decir para qué entró en la sala de profesores.

—Ya —suspiró Sara—, pero es que él no quiere contarnos más detalles, y además no tenemos manera de saber quién fue.

—¡Error! —Discrepó Vicky—. ¡Todo criminal deja huellas en la escena del crimen! Solo hay que investigar un poco, usar la lógica, ¡y descubriremos al ladrón!

Eva y Sara la miraron sorprendidas.

—¿Lo dices en serio?

—¿Quieres que intentemos descubrir quién se llevó el examen? ¿Nosotras solas?

—A ver, que no parece tan difícil —replicó Vicky—. Todas las pistas están ahí; es cuestión de saber interpretarlas. Y no tenemos mucho tiempo, porque el viernes nos dan las notas y hay que solucionar el tema como muy tarde el jueves. Y por si todavía no lo tenéis claro, mirad esto.

Les mostró una página de su libreta. Eva y Sara la leyeron con curiosidad.

LISTA DE RAZONES PARA ATRAPAR AL CULPABLE

1. PARA QUE NO SUSPENDAMOS TODOS.
2. PORQUE EL LADRÓN MERECE SU CASTIGO.
3. PARA QUE NO LE ECHEN LAS CULPAS A SAM (SI ES INOCENTE).
4. PARA QUE EVA PUEDA VOLVER AL EQUIPO.
5. PORQUE ES UN MISTERIO INTRIGANTE QUE QUIERO RESOLVER.
6. PORQUE ES LO QUE HAY QUE HACER.

—Vale, estoy de acuerdo contigo —dijo Sara—. No solo por lo de Eva, sino también por Sam, pobre. Si es verdad lo que dice, como suspendamos todos por culpa de un cobarde que no da la cara se va a llevar todas las culpas él.

—Pero ¿cómo vamos a descubrir quién fue? —inquirió Eva.

Vicky se ruborizó un poquito.

—Bueno..., yo ya he estado haciendo los deberes —dijo, y les mostró otras dos listas. La primera era una LISTA DE TESTIGOS que incluía a Jessi, a Virginia y al profesor de ciencias naturales. La otra era una LISTA DE SOSPECHOSOS decepcionantemente corta: solo Sam figuraba en ella.

—Oye, ¿no se supone que tenemos que demostrar la inocencia de Sam? —protestó Sara.

—Sí, pero reconoce que de momento es el único sospechoso que tenemos.

—Para mí son sospechosos todos los alumnos de segundo y tercero, porque todos teníamos que hacer el examen.

—¿Todos? —repitió Vicky palideciendo; sin duda estaba imaginando que le tocaría hacer una lista interminable con más de un centenar de alumnos.

—Pues yo creo que Sam es más bien un testigo —dijo Eva—, porque estuvo en la sala de profesores antes o después de que se produjera el robo, así que quizá vio algo interesante.

—Buena apreciación —aprobó Vicky, e incluyó a Sam también en la LISTA DE TESTIGOS.

—Bueno, ¿y ahora, qué? —dijo Sara.

—Ahora —respondió Vicky guardando su libreta—, tenemos que interrogar a los testigos uno por uno.

—¿También a Virginia? ¡Puaj!

—También a Virginia. No se nos puede escapar ni una sola pista.



De todas formas, empezaron hablando con Jessi, que después de todo era amiga suya.

—¿Así que queréis averiguar qué pasó ese día? —dijo ella un poco sorprendida—. Bueno, ya os lo conté... volvía del recreo y llegaba tarde a clase...

—¿A qué hora fue eso exactamente? —preguntó Vicky.

—No me acuerdo, pero sé que el timbre ya había sonado unos cinco o diez minutos antes.

—Entonces serían entre las once y treinta y cinco y las once y cuarenta —asintió Vicky anotándolo todo.

—Sí, más o menos. Pues, como os iba diciendo, llegaba tarde a clase porque me había entretenido en el baño y pasé por delante de la sala de profesores. Entonces vi que Sam forzaba la cerradura y entraba.

—Espera, espera, ¿lo viste forzando la cerradura? Tenía entendido que solo lo viste entrar.

—Bueno..., sí, puede ser. La verdad es que en ese momento no se me ocurrió que pudiera haber entrado a la fuerza, así que imagino que solo lo

vi abrir la puerta y entrar.

—¿Qué importancia tiene eso? —Se impacientó Sara—. Ya sabemos que Sam forzó la cerradura, él mismo me lo dijo.

—Pero ahora sabemos que fue en torno a las once y treinta y cinco —replicó Vicky—. Y eso es importante para establecer una cronología de los hechos.

—Mola —dijo Isa admirada.

Las otras tres chicas se volvieron hacia ella.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

Ella dio un saltito.

—Es que me he enterado de que estáis investigando lo del robo del examen y yo también quiero participar.

Vicky abrió la boca para protestar, pero la vio tan ilusionada que no se atrevió a despedirla.

—Está bien, quédate.

—¡Wiiiiii! —Se emocionó ella.

—Pero no armes mucho escándalo.

Poco más pudieron sacar de Jessi, porque esa apenas se había fijado en Sam. Vicky quería saber si parecía culpable o nervioso, pero ella les dijo que no, que más bien mostraba un aire decidido, como si pensara que tenía todo el derecho del mundo a estar ahí.

—Hum —dijo Vicky anotándolo en su libreta—. Curioso, muy curioso.

No pudieron seguir con las pesquisas porque enseguida sonó el timbre del recreo. A última hora tenían clase con Emilio, y Vicky necesitó un buen rato para reunir el suficiente valor para hablar con él. Cuando tocó el timbre, recogió sus cosas a toda prisa y se acercó al profesor.

Sara los vio charlar un momento y marcharse juntos. Nerviosa, aguardó a Vicky en el pasillo hasta que esa regresó. Para entonces ya se le habían unido Eva e Isa y, para su sorpresa, también Carla y Fani.

—Venimos a ver qué tal va la investigación —dijo Carla—, que tengo mucha curiosidad.

—Sí, ojalá demostréis que Sam es inocente —asintió Fani.

—No lo conseguiremos si vamos todas en procesión —gruñó Vicky—. Los testigos se sienten amenazados y se cierran en banda si no se encuentran en un ambiente sereno y relajado, ¿no lo sabíais?



—Bueno, ¿qué has averiguado? —quiso saber Sara.

—Veamos... —dijo Vicky consultando sus notas—, por lo visto hubo gente en la sala de profesores prácticamente durante todo el recreo. Emilio se quedó un rato más haciendo las fotocopias de los exámenes, y justo después de sonar el timbre le avisaron de que tenía una llamada urgente en recepción. Así que salió de la habitación, dejando los exámenes ordenados y cerrando la puerta con llave. Eso fue a las once y treinta y dos.

—Todo cuadra —dijo Eva—, porque menos de cinco minutos después estaba Sam forzando la cerradura.

—Eso es —asintió Vicky—. Bien; Emilio tardó diez minutos largos en ir a recepción y volver. Llegó, se dio cuenta de que lo de la llamada era una tomadura de pelo y regresó a la sala de profesores. Encontró la puerta abierta, y los exámenes, desordenados.

—Entonces el ladrón entró entre las once y treinta y dos y las once y cuarenta y dos más o menos —dedujo Sara, siguiendo la lógica de Vicky—. Eso no es mucho margen. Si Sam tardó dos o tres minutos en forzar la cerradura, y luego dos o tres más en entrar, hacer lo que tuviera que hacer y volver a salir...

—Yo lo veo de la siguiente manera —prosiguió Vicky—: si suponemos que no fue Sam, entonces alguien entró en la sala antes o después que él. No creo que lo hiciera antes; apenas hubo tiempo entre la salida de Emilio y la llegada de Sam, y además la puerta estaba cerrada con llave. Así que debió de ser después. Necesitamos saber exactamente a

qué hora salió Sam de la sala de profesores, y así sabremos a qué hora se produjo el robo.

Sus compañeras la contemplaron con admiración, pero Carla no se dejó impresionar.

—Bueno, ¿y para qué nos serviría eso?

—Para establecer una *cromatología* de los hechos, que no te enteras —le replicó Isa.

—Se dice cronología —la corrigió Vicky.

—Bueno, pues preguntaremos a Sam a qué hora salió y ya está —dijo Sara.

—Hay un problema —añadió su amiga—; teniendo en cuenta que Sam es uno de los sospechosos, no hay que aceptar todo lo que dice sin contrastarlo con otras opiniones.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Fani.

—Que habrá que preguntar a la única persona que lo vio salir —suspiró Sara—; es decir, Virginia.

Todas pusieron cara de asco.

—De acuerdo, ya me ocuparé yo de interrogarla —suspiró Vicky—. Pero no voy a hacer yo todo el trabajo, así que, ya que estáis aquí, arrimad un poco el hombro vosotras también.

Sara echó un vistazo a su LISTA DE TESTIGOS y descubrió que, aparte de Virginia, el único que quedaba por interrogar era Sam.

—Volveré a hablar con él —dijo.

—Y nosotras, ¿qué hacemos? —preguntó Eva.

Vicky las observó con aire crítico.

—Necesitamos recabar más datos —afirmó—. Afinar un poco el móvil del crimen, es decir, el motivo por el cual querría alguien llevarse el examen de la sala de profesores.

—Eso es fácil —respondió Carla—: para copiar.

—¿Por qué?

—Pues para aprobar —dijo Fani, pero esa no era la respuesta que estaba esperando Vicky.

—¿Por qué? —repitió.

—Porque no estaba seguro de poder aprobar por sus propios medios —dijo Sara.

—¡Eso es! —exclamó Vicky—. ¡Lo cual significa que el culpable es un mal estudiante! ¿Veis cómo no es tan difícil?

—Eh, eh, para el carro —cortó Carla—. También puede ser un empollón que tenía miedo de sacar un notable en lugar de un sobresaliente, ¿eh?

—¿Qué insinúas? —Se picó Vicky.

—Vale ya, parad las dos —intervino Sara—. Puede ser cualquiera, pero reconoce, Carla, que lo que tú sugieres es menos probable. Pudo ser, simplemente, alguien que por lo que sea no pudo estudiar, o se le da mal la asignatura, o está seguro de que el profe le tiene manía... alguien, en fin, que pensara que no iba a poder aprobar el examen sin copiar.

—Y esas cosas normalmente se comentan —dijo Eva pensativa—. Quiero decir que lo primero que yo os dije la mañana del examen fue que tenía miedo de suspender porque había muchas cosas que no entendía.

—Pero Eva no fue, porque después del recreo estaba en clase y no salió, que yo la vi —dijo Carla.

—Eso es —asintió Vicky—. Tú serías sospechosa porque tienes un móvil poderoso, Eva, aunque no tuvieras la oportunidad. Y así es como vamos a delimitar nuestra lista de los sospechosos: buscando a aquellos que tuvieran tanto el motivo como la oportunidad. Así que tenemos que ir clase por clase hablando con la gente, preguntando... Hay que hacer dos cosas: una lista de personas que estuvieran seriamente preocupadas por el examen y una lista de los que no estaban en sus aulas después de sonar el timbre o llegaron un poco más tarde. Si establecemos que el ladrón entró después de Sam, es decir, cuando todo el mundo debía estar en clase, tendremos un círculo de sospechosos mucho más reducido. Si entre esas personas encontramos a alguien que tuviera mucho miedo de suspender o que no hubiera podido estudiar para el examen... —... ¡habrá muchas posibilidades de que tengamos al culpable! —Comprendió Sara.

—Eso es —asintió Vicky—. Así que, mientras Sara y yo hablamos con los dos testigos que nos quedan, vosotras tendréis que investigar un poco entre las clases de segundo y tercero, a ver si alguien recuerda algo importante. Mañana nos encontraremos en el recreo y cotejaremos datos.

—Mola —dijo Isa.



Sara no protestó, porque ahora que había hecho las paces con Sam, no le parecía tan terrible la idea de hablar con él. De hecho, estaba

convencida de que la peor parte se la había llevado Vicky, que tendría que interrogar a la insoportable Virginia.

Aquella tarde, al finalizar las clases, encontró al Trío en las gradas jugando a las cartas, como de costumbre. Se acercó a ellos.

—Buenas —saludó, pero no le hicieron caso. Sam estaba jugando contra Óscar, y Jorge contemplaba la partida sin pestañear—. Me gustaría hablar contigo, Sam —añadió.

—¿Otra vez? —protestó Jorge poniendo los ojos en blanco.

—Ni que fueras su niñera —protestó Sara—. ¿A ti qué te importa si hablo o no con él?

—A mí sí me importa —cortó Sam—. Si te esperas a que termine la partida, estoy contigo en un momento, Sara.

—Genial —asintió ella, y se sentó para verlos jugar.

La cosa tardó un poco porque, aunque Sam iba ganando, Óscar se defendía con uñas y dientes. Finalmente, sus últimas criaturas fueron barridas por un ejército de gnolls y Sam venció la partida.

—Si ganas tú, te toca jugar contra mí —dijo Jorge, pero Sam negó con la cabeza.

—Le cedo mi turno a Óscar —dijo, y se levantó ágilmente de la grada para sentarse junto a Sara.

Ella le sonrió. La verdad era que resultaba agradable que volvieran a llevarse bien. Jorge dejó escapar un sonido indefinido y refunfuñó algo que sonó como «¡Tías!», pero se sentó frente a Óscar y empezó a organizar sus cartas.

—Bueno, ¿qué se te ofrece? —preguntó Sam amablemente.

«Nadie diría que medio colegio lo odia —pensó Sara con admiración—. Da la sensación de que le da exactamente igual lo que piense la gente de él».

Carraspeó y, tratando de ser tan seria y profesional como Vicky, sacó su propia libreta de notas.

—Estamos investigando lo del robo del examen.

Sam suspiró.

—Ya te he dicho que yo no fui.

—Vale, pero eres un testigo, y tu declaración es importante —respondió Sara, sin atreverse a decirle que Vicky aún no se decidía a eliminarlo de su LISTA DE SOSPECHOSOS.

—Entiendo —asintió Sam—. Bien, ¿y qué quieres saber?

—Empecemos por el principio. Si no recuerdo mal, dijiste que engañaste a Emilio para que saliera de la sala de profesores. ¿Cómo y cuándo lo hiciste?

Sam suspiró otra vez.

—Mira, si quieres saberlo, tenía que entrar allí, y no te puedo explicar por qué. Estuve vigilando la sala de profesores durante todo el recreo, pero siempre había alguien, y al final, cuando sonó el timbre y todos se fueron a clase, solo quedó Emilio, que estaba haciendo fotocopias.

Sara asintió. Hasta allí, todo coincidía con lo que el profesor de ciencias naturales le había contado a Vicky.

—Entonces, como parecía que aún le faltaba un rato —prosiguió Sam— y no podía arriesgarme a que llegara otro profesor que no tuviera clase a esa hora, llamé a recepción y dije que quería hablar con él urgentemente.

—¿A qué hora fue eso?

—Serían las once y media pasadas, porque ya estaba la gente entrando en sus clases. Como yo estaba vigilando la sala de profesores, en cuanto vi que Emilio se marchaba y que ya no quedaba nadie en el pasillo, intenté entrar, pero la puerta estaba cerrada.

—Así que la forzaste. ¿Y cuánto tiempo te costó hacer eso?

—Unos dos o tres minutos, creo.

Sara asintió de nuevo. La cronología cuadraba con la escena descrita por Jessi.

—¿Y no viste a nadie en el pasillo?

—Sí, vi que Jessi pasaba corriendo, pero no me dijo nada.

—Por lo visto llegaba tarde a clase —explicó Sara—, y además en ese momento no podía saber que no había nadie en la sala de profesores y que estabas colándote por el morro. Y bueno, ¿qué hiciste cuando entraste?

—Eso no te lo puedo contar —replicó Sam—, pero sí puedo decirte que estuve unos cinco minutos más o menos.

—¿Y viste los exámenes?

—Ya te he dicho que yo no...

—Lo sé; no te he preguntado si los cogiste, solo si los viste. Según Emilio, los dejó en varios montones perfectamente ordenados, y cuando él volvió estaban revueltos. ¿Te fijaste en cómo estaban los montones?

—Ni siquiera los vi. Yo iba a lo que iba y no me entretuve en otras cosas. De todas formas estuve vigilando la puerta de la sala de profesores y te puedo asegurar que no entró nadie antes que yo.

—Así que saliste antes de las doce menos veinte —concluyó Sara.

—Eran las once y treinta y ocho en mi reloj —dijo Sam—. Lo sé porque lo miré para ver si llegaba muy tarde a clase.

—¿Y dejaste la puerta abierta?

—Abierta abierta, no —respondió Sam—. La cerré de golpe, y no tenía la llave, así que no podía volver a dejarla como estaba.

—De modo que cualquiera podría haber entrado cuando te marchaste —dijo Sara pensativa—. Pero Emilio volvió dos minutos después de que te fueras, tres, como mucho. A nadie podría haberle dado tiempo de entrar, coger el examen y marcharse. ¿Tú viste a alguien al salir?

—No —respondió Sam—, aunque no me fijé mucho porque iba con prisa.

—Virginia, la de tercero, te vio —informó Sara.

—Sí, estaba al tanto —suspiró Sam—. Esa tía no hace más que meter las narices donde no la llaman.

Sara se mostró de acuerdo.

Charlaron un rato más, pero Sam no le contó ninguna otra cosa que pudiera servirle en su investigación. Aunque Sara trató de sonsacarle otra vez lo que había ido a hacer a la sala de profesores, no obtuvo ninguna respuesta.

—Tranquila, que la semana que viene te lo contaré si todavía estás interesada —dijo Sam.

—Pero la semana que viene será demasiado tarde —protestó Sara—. Las notas las dan el viernes.

Sam se encogió de hombros, como si aquello no fuera con él, y volvió a reunirse con sus amigos, que lo reclamaban para la siguiente partida.



6

Lo que realmente pasó el día del examen

Aquella tarde, las chicas tenían entrenamiento. Sara esperó pacientemente a que llegara Vicky para contarle sus pesquisas.

—¿Has podido hablar con Virginia? —le preguntó a su amiga nada más verla.

—Todavía no —respondió Vicky sentándose junto a ella en la grada—, pero mañana sin falta lo hago.

Rodeadas por algunas de las chicas del equipo, que escuchaban con interés, Sara y Vicky compartieron la información nueva. Vicky frunció el ceño al ver las descuidadas notas de Sara, pero lo apuntó todo en su propia libreta.

—Estupendo —asintió—. Eso significa que quien entró en la sala de profesores lo hizo entre las once y treinta y ocho y las doce y cuarenta y uno, más o menos. Ahora solo hay que ver quiénes estaban fuera de sus aulas a esas horas.

—Eso suponiendo que Sam diga la verdad —intervino Alicia.

—Sí, y eso es mucho suponer —añadió Ángela.

Vicky suspiró. Iba a decir algo, pero no encontró las palabras, de modo que suspiró otra vez.

—Sé que dice la verdad —insistió Sara, tozuda—. Bueno, ¿y vosotras habéis averiguado algo? —les preguntó a Fani, a Carla y a Isa.

—Estamos en ello —dijo Carla—. Hemos hablado con otras chicas del equipo para que nos ayuden, porque tenemos a gente en todas las clases de segundo y tercero, salvo en 3.º C. Así que podemos investigar en todos los grupos menos en ese.

El corazón de Sara dio un vuelco. Era la clase de Héctor.

—Yo puedo encargarme, conozco a gente en 3.º C —dijo, tratando de sonar despreocupada—. Ahora que ya he hablado con Sam, no tengo mucho que hacer.

Vicky lo anotó en su libreta.

—Yo creo que no hace falta investigar en 2.º C —dijo entonces Fani con cierta timidez.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Carla—. ¿Solo porque es la clase de Sara y de Vicky? ¡Todo el mundo es sospechoso!

—Sí, y además Lucas y Mateo también van a 2.º C —hizo notar Mónica—, y esos dos son «sospechosos habituales».

—No, no es por eso —respondió Fani—. Es que los de 2.º C tuvieron el examen justo después del recreo, así que nadie de esa clase lo habría robado, porque no habría tenido tiempo ni de mirarlo. ¿De qué iba a servirle entonces?

Hubo un breve silencio.

—Pues también es verdad —comentó Vicky aliviada—. Mejor: menos trabajo para mañana. Buena deducción, Fani.

No tuvieron tiempo de seguir hablando, porque enseguida llegó David y las puso a calentar, cosa que hasta las más perezosas agradecieron, porque llevaban un buen rato en la grada y estaban muertas de frío. Hicieron los ejercicios básicos, y después David las reunió a todas y les dijo:

—Ya sabéis que el sábado que viene jugamos contra las campeonas de la liga del año pasado.

La mayoría asintieron con la cabeza, pero a alguna se le escapó un «¿Ah, sí?».

—Mi pregunta es: ¿preferís que hagamos un entrenamiento normal, como si fuera un partido más, o que apretemos un poco el ritmo porque es un equipo complicado?

—¿Esas cosas no las debería decidir el entrenador? —dijo Vicky con cierto disgusto.

—Me gusta que seamos una democracia. —David sonrió—. ¿Votamos? ¿Sí? Bien, ¿quién está a favor de hacer una semana de entrenamientos

especiales?

Finalmente se decidió que entrenarían más en serio, aunque algunas chicas no estaban muy convencidas.

Y David cumplió lo prometido. No fue una sesión tan intensa como las que les solía preparar el padre de Sara cuando las entrenaba, pero sí un poco más seria y dura de lo habitual. De hecho, el entrenamiento se prolongó, pero nadie se quejó, porque todas salieron del colegio con la sensación de que habían mejorado un poco más.

Al día siguiente, cuando Sara y Vicky salían juntas al recreo, se encontraron con Virginia y sus amigas sentadas en su banco de siempre. Vicky carraspeó y sacó su libreta.

—¿Podría haceros unas preguntas? —inquirió, muy digna. Sara advirtió que trataba de parecer seria y profesional, pero que en el fondo estaba un poco nerviosa.

Ellas dejaron su conversación, repleta de risitas y cotilleos, y miraron a las dos de segundo con caras de mala uva.

—¿Qué queréis? —Ladró Elisa.

—Sí, ¿no veis que estamos ocupadas? —coreó Amanda.

Vicky carraspeó de nuevo.

—En realidad no tengo que hablar con vosotras, sino con Virginia. Queremos esclarecer los hechos acontecidos la semana pasada para acercarnos a la verdad.

Las tres se quedaron contemplándola como si fuera un extraterrestre.

—Se refiere a lo del robo del examen —tradujo Sara.

—Ah, bien, ¿así que ahora sí queréis escucharme? —dijo Virginia.

—Eres un testigo, tenemos que hacerlo —respondió Vicky con resignación.

Virginia no pareció caer en la cuenta de que a las dos chicas de segundo no les hacía mucha gracia tener que interrogarla. Se esponjó como un pavo real, encantada de ser de nuevo el centro de atención, y dijo:



—Os contaré otra vez lo que vi.

Ni Elisa ni Amanda dieron muestras de querer dejarlas a solas, y Sara y Vicky no se atrevieron a pedírselo, de modo que el interrogatorio se desarrolló en presencia de los dos satélites de Virginia.

No averiguaron muchos más detalles. Virginia había salido de clase para ir al servicio, les dijo, y había pasado frente a la sala de profesores, que estaba en el pasillo de tercero. No les supo decir la hora exacta, pero calculaba que fue poco antes de las doce menos cuarto.

—Y entonces vi salir a ese *friki* de la sala con los exámenes en la mano —concluyó.

El boli de Vicky se detuvo de golpe sobre el papel. La miró por encima de las gafas.

—¿Estás segura de eso?

—¡Pues claro! —Se ofendió Virginia—. ¡Llevo diciendo desde el principio que fue él!

—Quiero decir que si estás segura de que lo que llevaba en la mano era un examen.

—¿Y qué otra cosa podía ser?

—Cualquier otra cosa —intervino Sara, que había dado muchas vueltas al asunto desde su conversación con Sam y había llegado a la conclusión de que quizá él hubiese entrado en la sala de profesores para

coger «algo distinto»—. ¿O es que acaso te acercaste lo suficiente como para ver que lo que llevaba era un examen de ciencias naturales de 2.º de ESO?

Virginia se ruborizó un poco.

—Claro que no me acerqué tanto —replicó con dignidad—. ¿O es que te piensas que yo me junto con *frikis* como él?

Sara sintió que le hervía la sangre. Sabía que mucha gente se metía con Sam y sus amigos por ser como eran, y que Virginia era una cabeza hueca cuya opinión no merecía atención, pero de todas formas le sentó mal que hablara así de su amigo.

—Ese *friki*, como tú lo llamas, vale diez veces más que vosotras tres juntas —le espetó.

Virginia entornó los ojos y le lanzó una mirada gélida.

—¿Cómo has dicho? —siseó.

—En resumen —cortó Vicky, reconduciendo la conversación—, que viste que llevaba algo en la mano, pero no podrías afirmar con seguridad que fuera un examen.

—¿Y qué otra cosa podía ser? —insistió Virginia.

—¿Qué aspecto tenía el papel?

—Pues... parecían un par de folios doblados por la mitad.

Vicky asintió y lo anotó todo.

—No hay más preguntas —dijo.

—Menos mal, porque me estoy congelando —se quejó Amanda.

—Un momento —intervino Sara—. Virginia, ¿no viste a nadie más en el pasillo?

—¿Aparte del *friki*? No. Pero luego vi a Emilio subiendo la escalera, bastante mosqueado.

Vicky seguía escribiendo. Se notaba que las tres de tercero ya se habían cansado de ellas, porque Elisa bostezó exageradamente y Virginia, levantando bien la barbilla, dijo:

—La audiencia ha terminado, plebeyas; podéis retiraros.

Y las espantó con la mano como si fueran moscas mientras sus amigas le reían la ocurrencia. Apretando los dientes, Sara y Vicky dieron media vuelta para marcharse, pero entonces a Vicky se le ocurrió una cosa más.

—Supongo que te saldría muy bien el examen, Virginia —comentó como de pasada mientras se alejaba.

—¡Claro que sí! —respondió ella ofendida—. ¡Me salió para notable por lo menos! ¡Y por culpa de ese *friki* voy a suspender!

Vicky asintió para sí, pero no dijo nada.

—Seguro que está mintiendo —gruñó Sara cuando se alejaron lo bastante—. Qué casualidad que, según ella, Sam llevara unos papeles que se parecen a los folios del examen.

—Bueno, el caso es que no sabemos qué se llevó Sam de la sala de profesores, si es que se llevó algo, porque no nos lo quiere contar —dijo Vicky con delicadeza.

—¡El examen, no! —insistió Sara. Pero su amiga respondió que no tenía aún suficientes pruebas exculpatorias que le permitieran sacar a Sam de la LISTA DE SOSPECHOSOS.

Mientras tanto, el resto de las chicas del equipo iban haciendo sus pesquisas. Vicky pasó los dos días siguientes anotando los comentarios que le hacían ellas acerca de los que peor iban en ciencias naturales o los que habían salido del aula por algún motivo aquel día entre las once y media y las once y cuarenta y cinco. Poco a poco iba elaborando una LISTA DE SUJETOS A INVESTIGAR que, sin embargo, no quiso enseñar a nadie.

El miércoles las Goleadoras tenían entrenamiento a partir de las seis y media, pero Sara llegó un poco antes para poder pillar a los Halcones al final de su sesión. Los encontró jugando un partidillo de entrenamiento y se sentó en las gradas a esperar. Eloy, el profesor de gimnasia del colegio y entrenador de los Halcones, la vio y le dirigió una mirada envenenada. Sara se la devolvió sin reparos. Nunca se habían llevado demasiado bien, y menos desde que Eloy había proclamado a los cuatro vientos que el fútbol no era un deporte para chicas. Ahora se veía obligado a soportar la existencia de un equipo femenino en el colegio, y cada vez que las veía jugando le sentaba como una patada en el estómago. Desde que las Goleadoras se habían federado, Eloy las había hecho sufrir todavía más en sus clases, amenazando con suspenderlas «si no movían más el culo», pero a ellas no les importaba, en primer lugar porque ya habían demostrado su valía como equipo, y en segundo lugar porque todo el mundo sabía que los alumnos que se apuntaban a algún deporte como actividad extraescolar tenían puntos extra en la nota final de gimnasia, por mucho que le molestara a Eloy.

—¿Qué haces aquí? —Le ladró a Sara—. ¡No os toca entrenamiento aún!

—He venido antes —respondió ella—, y además, la grada es de todos.

—¡Impertinente! —Gruñó Eloy, pero no dijo nada más.

Sara se quedó hasta el final del entrenamiento de los Halcones y se hizo la encontradiza. Héctor, el capitán del equipo, se detuvo junto a ella y le sonrió.

—Hola, ¿qué tal? —saludó.

Sara tuvo la misma sensación de mariposas en el estómago que experimentaba cada vez que veía a Héctor, y le devolvió la sonrisa. Hacía mucho tiempo que no hablaban, en concreto desde que le había vendido el calendario de las Goleadoras (lo cual le recordó que Héctor todavía le debía dinero por él, aunque no se atrevió a pedírselo).

—Bien, ¿y tú?

—Tirando. ¿Cómo vais en la liga?

—Ganamos el último partido —respondió ella con orgullo—, pero el sábado que viene jugamos contra las campeonas del año pasado.

—Qué chungo. Bueno, pues que os vaya bien. Me voy, que tengo que cambiarme.

—¡Espera! —Lo detuvo Sara, con el corazón latiéndole a toda máquina; se estrujó los sesos preguntándose cómo podía alargar la conversación y de pronto se acordó del motivo por el cual tenía que hablar con él—. Estamos investigando lo que pasó con el examen de ciencias naturales —le dijo, tratando de adoptar la pose seria y científica de Vicky— y preguntando en todas las clases para ver si alguien sabe algo.

—¿Ah, sí? —preguntó Héctor, genuinamente sorprendido—. Pero ¿no fue tu amigo el *friki* el que robó el examen?

—¡No, no fue él! —saltó Sara; trató de dominarse y añadió—: Estamos investigando todas las posibilidades. No te importará que te haga algunas preguntas, ¿no?

Héctor miró su reloj.

—Si no son muchas...

—Solo dos —se apresuró a responder Sara—. La primera: ¿salió alguien de tu clase el martes pasado entre las once y media y las once cuarenta y cinco?

—¿Y cómo quieres que me acuerde de eso?

—¿Qué teníais a esa hora?

—Déjame pensar... el martes después del recreo nos toca inglés.

—¿Y bien?

—Teníamos un control, así que no creo que saliera nadie.

Sara sonrió satisfecha.

—Y la segunda pregunta: ¿sabes de alguien de tu clase que llevara fatal el examen? Que supiera seguro que iba a suspender, porque se le da mal la asignatura o porque no pudo estudiar...

—Pues... en todas las clases hay varios que tienen problemas con alguna asignatura, pero tampoco sabría decirte.

Sara se dio cuenta de que Héctor empezaba a impacientarse y no quiso entretenerlo más.

—Bueno, pues gracias. Si te acuerdas de algo que sea importante...

Pero Héctor ya se iba. Se despidió con la mano sin volverse y se alejó en dirección al gimnasio.

—¿Qué te traes tú con el enemigo? —Sonó una voz junto a Sara. Ella dio un respingo sobresaltada y vio a Carla junto a ella.

—Le estaba preguntando por lo del examen de la semana pasada. —Carraspeó y trató de adoptar la «pose Vicky» consultando su libreta, a pesar de que no había tomado notas de nada de lo que Héctor había dicho—. Podemos descartar a todos los alumnos de 3.º C porque estaban haciendo un control de inglés y está claro que no les dejarían salir del aula ni para ir al baño.

—Ah, el examen —dijo Carla con aire aburrido—. Nosotras también hemos investigado un poco. En nuestra clase el único que faltaba a esa hora era Sam.

No pudieron seguir hablando porque enseguida llegaron las demás, bien arrebujaadas en sus chándales nuevos. Para cuando apareció David, Sara ya se había dado cuenta de que faltaban cuatro. Vicky se apresuró a pasar lista.

—¿Dónde están Fani, Mónica, Isa y Julia?

—Mónica no ha venido hoy a clase —dijo Dasha—. Creo que está enferma.

—¿Qué le pasa? —preguntó David.

—Pues lo mismo que a Fani, supongo —dijo Ángela.

—Sí, que tiene gripe —añadió Alicia—. Y no te creas, que nosotras también estamos mal... ¡atchís!

—Hemos sido muy valientes al venir al entrenamiento con el frío que hace. ¡Atchís! —Estornudó Ángela.

—Pues sí que estamos bien —murmuró Sara.

Pronto quedó claro que las que faltaban estaban resfriadas o griposas. El mal tiempo que habían sufrido en la última semana había hecho caer en cama a un buen número de alumnos del colegio.

—Esperemos que se recuperen para el partido —comentó Vicky, y a Sara le dio un vuelco el corazón.

—¡Es verdad, el partido contra el Montesol! Si tenemos varias bajas no seremos bastantes y no podremos jugar.

—Bueno, pues no jugamos y nos quedamos en casa calentitas —dijo Ángela.

—¡Eso! Que hace demasiado frío para jugar —apoyó Alicia.

—A mí me da igual que haga frío, llueva o nieve —anunció Alex—. Yo estaré aquí el sábado como un clavo.

—Ya nos preocuparemos por el partido cuando llegue el momento —dijo David—. Lo importante es que las enfermas se recuperen pronto. Ahora vamos a entrenar, así que empezad a correr, que si no, os quedaréis congeladas.

Al final del entrenamiento, Sara se acercó a Vicky.

—Oye, ¿sabes ya quién robó el examen? —le preguntó—. Es que mañana ya es jueves, y el viernes nos dan las notas, y como nos falte gente, vamos a necesitar a Eva más que nunca.

—Bueno, todos los indicios siguen apuntando a Sam, Sara —respondió Vicky con cierto aire de disculpa—. Pero de todas formas estoy siguiendo otra línea de investigación —añadió, sacando su libreta.

—¿Eso quiere decir que tienes otro sospechoso? —se alegró Sara, y trató de espiar la LISTA DE SOSPECHOSOS de su amiga por encima del hombro.

—¡Eh, quieta ahí! —La detuvo Vicky apartando la libreta—. Todavía es pronto para sacar conclusiones, pero mañana efectuaré una última pesquisa y estaré en disposición de contarte lo que realmente pasó el día del examen.

—¡Bien! —saltó Sara, y le dio un abrazo. Vicky se separó un poco de ella.

—Sabes que es posible que no te guste el resultado de la investigación, ¿verdad?

—No fue Sam —repitió Sara por enésima vez.

—De acuerdo —suspiró Vicky—. Eso espero yo también.



A Sara le costó dormir aquella noche. Se acercaba peligrosamente el gran partido contra el Montesol y tenía a un tercio del equipo de baja. Además, el día siguiente sería el último que les quedaba para demostrar la inocencia de Sam. «Tampoco es que él ponga demasiado de su parte —pensó Sara, hundiendo la cabeza en la almohada—. Si nos contara qué diablos hacía en la sala de profesores, a lo mejor no resultaría tan sospechoso».

A la mañana siguiente, con unas ojeras considerables, Sara se levantó más temprano de lo habitual y se fue al colegio casi corriendo. Tuvo que aguardar a que llegara Vicky, y como hacía mucho frío, no la esperó en el patio, sino en el pasillo de su clase. Cuando apareció su amiga, con la cara casi oculta por una enorme bufanda, se abalanzó sobre ella.

—¿Y bien? ¿Tienes algo? ¿Tienes algo?

Los ojos de Vicky parpadearon soñolientos tras sus gafas.

—¿Algo? Ah, sobre la investigación... —Sonó un bostezo ahogado por la bufanda—. No, todavía no... Seguiré en el recreo... Es que aún no estoy muy lúcida.

Pero Sara le insistió tanto que Vicky terminó por capitular.

—Vale, muy bien, de acuerdo. Voy al baño a lavarme la cara, a ver si me despejo, y luego hablamos, ¿eh?

Sara la esperó con impaciencia, pero Vicky se tomó su tiempo. Cuando faltaban apenas dos minutos para que sonara el timbre que daría comienzo a las clases, no aguantó más y fue a buscarla.

La encontró en la escalera, hablando con Amanda, una de las amigas de Virginia. Al principio, Sara no la reconoció, porque estaba acostumbrada a ver a las tres chicas juntas y no por separado. Iba a acercarse a Vicky cuando se dio cuenta de que el sueño había desaparecido del rostro de su amiga, que ahora tenía su «cara de investigadora», así que decidió esperar a que terminara y no molestarla en su «última pesquisa».

Cuando Amanda se alejó por fin, Vicky se quedó contemplándola con el ceño fruncido y dijo solamente:

—Hum.

—¿Qué, qué? —Se impacientó Sara, pero Vicky negó con la cabeza, porque en aquel momento sonó el timbre.

—En el recreo te contaré más —dijo.

De modo que a Sara no le quedó más remedio que esperar.

Por fin, cuando sonó el timbre del recreo, las dos amigas salieron al patio. Vicky mostraba un gesto decidido e invitó a sus compañeras del equipo a acompañarla si querían saber quién había robado el examen. Pronto se reunió tras ellas una comitiva de curiosos que las siguieron hasta el patio.

Vicky se plantó ante el banco donde estaban reunidas Virginia y sus dos amigas.

—¿Y ahora qué queréis? —soltó Virginia de mal humor.

—Ya sabemos quién robó el examen de ciencias naturales —dijo Vicky.

—¡Menuda novedad! Eso lo sé yo desde el principio.

—Naturalmente. Porque fuiste tú, Virginia —replicó Vicky, señalándola con un dedo acusador.

Ella se quedó de piedra mientras los curiosos murmuraban a su alrededor.

—¿De qué estás hablando, cuatro ojos? —protestó por fin—. ¡Yo no robé el examen, vi cómo el *friki* lo robaba!

—Corrección —respondió Vicky sin inmutarse—: viste cómo Sam salía de la sala de profesores con algo bajo el brazo, que tú interpretaste que podía ser el examen. Y pensaste: «¿Por qué va a poder copiar él y yo no?». No sabías que Sam había engañado a Emilio y forzado la cerradura, de modo que pensaste que había tenido la suerte de encontrarse la puerta abierta y que nadie se daría cuenta si te llevabas una copia del examen. Así que, ya que te habían dejado la puerta abierta y no había nadie cerca, te colaste dentro en cuanto Sam se perdió de vista. Eres la única que pudo haberlo hecho; si no viste a nadie más, no hubo tiempo material de que llegara otra persona cuando tú te marchaste y antes de que regresara Emilio. Tuviste la oportunidad y la aprovechaste.

—¿Y qué hay del *friki* de segundo? —se quejó Virginia—. ¿Cómo puedes decir que yo robé el examen, cuando sabes perfectamente que fue él quien forzó la puerta y entró?

—Él era aún más sospechoso que tú al principio —prosiguió Vicky—, pero hubo un par de cosas en tu declaración que no me cuadraron. Primero, que desde el principio te has esforzado mucho en cargarle el muerto a otro. Aseguraste que eran los folios del examen lo que Sam llevaba, y luego dijiste que no viste a nadie más en el pasillo, salvo a Emilio, que volvía de recepción. Quisiste que hubiera un culpable claro sin lugar a dudas, por si él no confesaba; después de todo, y ya que Emilio

se había dado cuenta del fraude e ibas a suspender de todas formas, preferías que suspendiera todo el mundo antes que pasar por la vergüenza de confesar que habías sido tú.

—¡Eso es mentira! —chilló Virginia.

—Entonces, y en segundo lugar, ¿me puedes explicar qué hacías en la escalera cruzándote con Emilio cuando el cuarto de baño de la planta de tercero queda en el otro extremo del pasillo?

Virginia abrió la boca, pero no fue capaz de responder.

—Por otra parte —continuó Vicky sin alterarse—, tenías un buen motivo. Ayer dijiste que te había salido muy bien el examen, de notable para arriba. Pero es bien sabido que no has parado de suspender ciencias naturales desde que empezó el curso, porque no estudias nada. Y justo el día anterior al examen habías alardeado ante tus amigas de que no habías mirado el libro ni por el forro porque te habías pasado todo el fin de semana de fiesta.

Virginia miró a Elisa y a Amanda con aire de sospecha. Amanda se puso colorada.

—¿Qué pasa? —se defendió esa—. ¡Es verdad que lo dijiste!

—Podría ser, claro, que hubieras estado exagerando —prosiguió Vicky—. Pero, por si acaso, lo comprobé y le pedí a Emilio que me dejara ver tu examen y el de Sam. Tanto tu curso como el de él hicieron el examen por la tarde, así que la persona que lo robó debería haber obtenido mejores resultados.

—Espera un momento —cortó Virginia—. ¿Cómo te has atrevido a mirar mi examen?

—Ya te he dicho que hablé con Emilio. Él tampoco quiere suspender a todo el mundo, así que accedió a corregir solo dos exámenes: el tuyo y el de Sam. Y adivina qué cosa tan curiosa: Sam tiene un cinco con dos, en su línea habitual, mientras que tú sacaste, como por arte de magia... un siete con tres, cuando en todo el curso no has superado el tres y medio.

—¿Cómo... cómo...? —empezó Virginia, pero no fue capaz de terminar. Se había puesto totalmente roja y miraba a su alrededor aterrorizada, como buscando una vía de escape. Los murmullos de la gente que las rodeaba aumentaron en intensidad:

—Tendrá cara, la tía...

—Sí, venga a hacerse la interesante...

—... acusando a otra persona...

—¡Pues yo no quiero que me suspendan por su culpa!

Vicky esbozó una sonrisa de triunfo.

—Caso resuelto —dijo, y dio media vuelta sin añadir nada más, abandonando a Virginia a su suerte. Sara la siguió, admirada.

—Has estado impresionante —dijo.

—Gracias, Watson.

—Pero... pero... ¿de verdad hablaste con Emilio para que corrigiera sus exámenes?

—Se me pasó por la cabeza, pero ya ves que no ha hecho falta.

Sara se quedó de piedra.

—¿Quieres decir que era un farol?

—No es exactamente un farol. Investigué un poco los resultados de los dos en ciencias naturales y han sido muy regulares, Virginia coleccionando un suspenso tras otro y Sam con aprobados justitos. Por lo que sé, Sam no preparó el examen de manera especial, pero Virginia iba diciendo por ahí que había sacado un notable. Si de verdad fuera inocente y quisiera que Sam confesara, se habría descubierto su suspenso en cuanto Emilio hubiese corregido los exámenes. Así que probablemente sí había hecho un ejercicio de notable. Con la ayuda del examen robado, claro.

Sara no estaba tan convencida.

—Pero ¿y si le hubiese salido un buen examen porque sí?

Vicky suspiró pacientemente y le puso las manos sobre los hombros.

—Sara, piensa un poco: una cabeza de chorlito como Virginia no sube su nota cinco puntos de la noche a la mañana por arte de magia. Estamos hablando de ciencias naturales de tercero de la ESO con Emilio. Créeme: nadie saca un notable sin estudiar a fondo. Es lógica básica.



7

Un partido bajo la nieve

Presionada por sus compañeros, Virginia no tuvo más remedio que confesar que fue ella quien robó el examen. Eso sí, protestó enérgicamente cuando Emilio la acusó de haberlo engañado para forzar la puerta de la sala de profesores.

—Debería dejar que ella cargara con el muerto —comentó Sam a sus amigos con un suspiro—, ya que se ha esforzado tanto por acusarme a mí, pero qué diablos; no me parece justo que se lleve todo el mérito de mi brillante plan.

De modo que también él acudió a hablar con el profesor de ciencias naturales. Lo que le contó no lo supo nadie más que ellos dos, puesto que la reunión tuvo lugar a puerta cerrada y Sam no quiso hacer comentarios; pero en cuanto lo dejaron solo, Emilio empezó, por fin, a corregir los exámenes de fin de trimestre. Parecía que finalmente todos iban a tener la nota que merecían, incluida Virginia, que estaría suspendida por copiar. En cuanto a Sam, su travesura le valió una larga charla con el director y una amonestación por mala conducta, pero eso no se reflejaría en su nota del examen porque, después de todo, ambos episodios no habían tenido nada que ver.

Sara y sus amigas asistían a todo esto con gran curiosidad. Vicky se había vuelto muy popular tras haber desenmascarado a Virginia, pero se

hacía la modesta y decía que solo había empleado el método lógico-deductivo que solían utilizar los detectives de sus libros favoritos.

Sin embargo, había que seguir preparando el partido contra el Montesol, y las Goleadoras no lo tuvieron nada fácil aquella semana. Seguía haciendo un frío tremendo y un tercio del equipo estaba de baja. El viernes apareció Mónica por clase, un poco pálida y desmejorada, aunque ya casi del todo bien. Pero las que cayeron en cama fueron Ángela y Alicia.

—Pues sí que estamos bien, qué oportunas —gruñó Sara cuando se enteró—. Además, ¿por qué tienen que hacerlo todo a la vez?

Naturalmente, Vicky tenía una explicación lógica para ello:

—Como están todo el día juntas, se han pasado los virus la una a la otra. No tiene nada de extraño.

En el entrenamiento del martes habían decidido que acudirían también el viernes por la tarde, que lo tenían libre, para terminar de practicar. Sin embargo, y en vista de que las chicas del equipo estaban enfermando una tras otra, el jueves David cambió de idea y dijo que quién se encontrara mal debía quedarse en casa a descansar.

—Y si no os sentís en condiciones de jugar el sábado, no vengáis —dijo—. Vale más que os recuperéis del todo de un resfriado que pillar una pulmonía por jugar al fútbol si no estáis bien.

—No vamos a ser bastantes —murmuró Sara cuando ya regresaban a casa.

—No te preocupes; quizá ni siquiera haya que jugar el sábado —la animó Vicky.

—¿Y eso por qué?

—¿No has oído las noticias? Se espera que nieve este fin de semana. Si nieva no tendremos que jugar; la normativa dice que en caso de condiciones climatológicas adversas, el partido se puede posponer si ambos equipos están de acuerdo. Ojalá no juguemos, porque, la verdad, con este tiempo de perros no apetece nada. Además, así podremos ir antes a celebrar tu cumpleaños.

Sara se quedó parada un momento.

—¿Mi cumpleaños? —repitió—. ¡Anda, es verdad, si es el sábado!

—¿Se te había olvidado? —preguntó Vicky riéndose—. ¡Pero si tengo tu regalo comprado desde hace dos semanas!

—No, claro que no... es que no sé ni en qué día vivo. Han pasado tantas cosas estos días...

—Pues si te parece bien, el sábado, haya partido o no, podríamos ir a comer a la pizzería.

—¡Sí! —saltó Sara—. Y quizá las otras chicas del equipo quieran venirse también. A lo mejor, hasta podemos celebrar que hemos ganado al Montesol —añadió esperanzada.

Vicky puso cara de duda, pero no dijo nada.

Las predicciones de Vicky se cumplieron, y el viernes amaneció todo nevado. Todo el mundo fue al colegio abrigado hasta las cejas y, en vista de que el campo de fútbol estaba impracticable, se suspendió el entrenamiento de la tarde, aunque Sara y Alex quedaron para pelotear un poquito por su cuenta. Al finalizar las clases del día se repartieron por fin las notas del primer trimestre, y aquello fue el principal tema de conversación de medio colegio, por encima de exámenes robados, tiempo de perros o partidos importantes.

Vicky sonrió satisfecha al ver su boletín, pero no quiso enseñárselo a nadie. Sara respiró aliviada al comprobar que lo había aprobado todo, aunque algunas asignaturas por los pelos. Eva, sin embargo, manoseaba el sobre sin abrirlo, muy nerviosa.

—¡Vamos, ábrelo! —La animó Sara—. ¡Verás cómo lo tienes todo aprobado!

—No puedo —suspiró Eva—. Mi padre me ha dicho que no se me ocurra abrir las notas, que quiere que le entregue el sobre tal cual. No sé si es que se piensa que las voy a falsificar o qué.

En cierta ocasión, Eva había falsificado la firma de su padre para poder apuntarse al equipo, y por lo visto él no la había perdonado todavía.

—Bueno..., pues ya nos dirás —murmuró Sara con un nudo en la garganta—. Espero que vaya bien y ojalá puedas venir mañana a jugar el partido. Estamos bajo mínimos.

—No cuentes con ello —respondió Eva con cierta tristeza—. Aunque lo haya aprobado todo, mi padre tardará en tomar una decisión, supongo.

—No vamos a jugar mañana —intervino Vicky—. Está todo nevado, ¿o es que no lo veis?

Y la verdad es que Sara lo intentó, pero resultaba totalmente imposible jugar tanto en el campo del colegio como en el solar. La pelota daba tumbos sin control y se hundía en la nieve constantemente, por no hablar de lo difícil y peligroso que era correr. Tras un par de resbalones, Sara y Alex decidieron dejarlo para otro momento y se fueron a casa con resignación.

Vicky les había dicho que, aunque se suspendiera el partido, había que hacer acto de presencia el sábado, así que Sara volvió a madrugar y se puso el anorak más grueso que tenía por encima del chándal. Fue la única de la familia que se levantó a aquellas horas. Probablemente su hermano Bruno también tenía partido con los Halcones, pero por lo visto había decidido quedarse en casa. Sara suspiró. No tenía problemas en madrugar y pasar frío para jugar al fútbol, pero la perspectiva de ir al colegio para comprobar que se había suspendido el partido no la animaba nada.

Cuando llegó, descubrió que el patio no le deparaba grandes sorpresas: el campo de fútbol seguía cubierto por una gruesa capa blanca. Sara miró a su alrededor y vio que Vicky ya había llegado. Estaba plantada junto a las gradas, temblando de frío. Se reunió con ella, y poco después llegaron Alex, Isa y Dasha.

—Somos cinco —contó Sara desanimada—. No vamos a poder jugar.

—De todas formas se va a suspender el partido, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? —insistió Vicky.

Un rato más tarde llegaron las jugadoras del colegio Montesol. Estaban todas, y venían en dos autobuses que aparcaron ostentosamente en la puerta del colegio. Llevaban, como las Goleadoras, chándales y bolsas a juego.

—Pues parece que ellas pretenden jugar —dijo Sara—. ¿Y si no quieren suspender el partido?

Vicky no dijo nada, pero se había puesto un poco pálida.

Enseguida llegó David corriendo y fue a hablar con la entrenadora del Montesol. Los dos se reunieron con el árbitro y deliberaron durante largo rato mientras las Goleadoras los observaban con inquietud. Finalmente, David se acercó a las chicas con gesto preocupado.

—Quieren jugar el partido —anunció.

—¡No puede ser! —exclamó Vicky—. ¡El campo está impracticable!

—Ellas sugieren que vayamos a jugar a su colegio. Tienen un campo cubierto, un poco más pequeño de lo reglamentario, pero que nos puede servir.

—¿Y el árbitro está de acuerdo? —preguntó Vicky.

—Dice que es una buena opción. El segundo partido se jugaría aquí, claro, aunque habría que buscar otro día para no coincidir con la liga de los chicos.

—Pero ¿cómo vamos a ir hasta allí? ¡El colegio Montesol está muy lejos!

—Por eso han traído un segundo autobús: para nosotros.

—Piensan en todo —comentó Vicky impresionada.

—¡Pero si no somos bastantes! —exclamó Sara—. Entre la gente que está enferma y las que pensaban que no íbamos a jugar hoy —y al decir esto lanzó una mirada de reproche a Vicky— nos hemos quedado con cinco solamente.

—¿Y qué pasará si decimos que no podemos o no queremos jugar? —quiso saber Vicky.

David se encogió de hombros.

—Bueno, ellas quieren jugar y además han aportado soluciones, así que, si nosotros decimos que no, se interpreta como que no nos hemos presentado y ellas ganarán el partido.

—No lo entiendo —dijo Sara—. ¿Por qué tienen tanto interés en jugar?

—Este es el último partido antes de las vacaciones de Navidad —dijo Vicky—. Si gana, el Montesol se pondrá el primero de la clasificación, por delante del equipo del Liceo. Quizá quieran irse de vacaciones con los deberes hechos.

—¿Y qué podemos hacer? —Se asustó Isa.

—No nos pongamos nerviosos —declaró Vicky, sacando su móvil y su LISTA DE LOS TELÉFONOS DE TODAS—. Todavía se puede solucionar.

Las jugadoras del Montesol esperaron pacientemente a que las Goleadoras hicieran la ronda de llamadas. Vicky sacó de la cama a Mónica, a Carla y a Fani, que habían dado por supuesto que no había partido. Julia dijo que no se encontraba bien todavía, pero que de todas formas se acercaría; pero no hubo manera de contactar con Ángela y Alicia.

—¡Mi niña está en cama con fiebre y no pienso dejarla salir con este tiempo! —les chilló la madre de Alicia cuando se atrevieron a preguntar.

Una vez hubieron llegado todas, Sara las contó. Eran solo nueve, y Julia y Fani no tenían muy buen aspecto.

—Déjalo, Sara —dijo Vicky—. Deberíamos decir que no jugamos y ya está.

Pero ella no se dio por vencida. Miró a su alrededor y vio en las gradas al club de fans de las Goleadoras, que se había visto drásticamente reducido a dos personas. Pero también vio a tres chicas de tercero que charlaban en un extremo, jugueteando con un balón de baloncesto. Se le aceleró el corazón y salió corriendo.

—¡Jessi! —saludó con alegría—. ¿Qué haces aquí?

Las chicas la miraron y Sara se dio cuenta de que todas pertenecían al equipo de baloncesto femenino.

—Teníamos partido, pero se ha suspendido —respondió Jessi—. El balón no bota si la cancha está llena de nieve.

Sara la miró suplicante.

—Si no tienes nada que hacer... ¿podrías echarnos un cable, porfa?

Momentos más tarde, Jessi, un poco reticente, acudía con David a su coche para obtener su equipación correspondiente. Pese a que ella ya no pertenecía al equipo, estaba en las listas oficiales y tenía una equipación con su número; David la había guardado para el año siguiente, por si reclutaban a alguna otra jugadora.

—Buena jugada —aprobó Alex—, pero aún somos diez.

Le dieron muchas vueltas al asunto, aunque no veían ninguna solución. Jessi apareció vestida con el chándal de las Goleadoras justo cuando el árbitro se acercaba a ellas porque las jugadoras rivales se impacientaban. Las chicas del equipo acogieron su regreso con gran alegría, pero en el fondo ninguna de ellas pensaba que fueran a jugar.

—Asumámoslo, Sara —dijo Vicky—. No somos bastantes.

Y justo entonces entró por la puerta del colegio una figura menuda que corría que se las pelaba con los rizos al viento.

—¡Esperad! —gritó Eva—. ¡Que puedo jugar! ¡Que me dejan estar en el equipo!

Fue una gran noticia. Todas rodearon a Eva, que venía radiante con su nueva equipación, y le dieron la bienvenida calurosamente.



—Entonces, ¿aprobaste todo? —quiso saber Vicky.

—¡Sí, sí! —asintió Eva, feliz—. No es que haya sacado unas notas estupendas, pero al menos son mejores que las de principio de curso. ¡Y todo gracias a ti!

Vicky sonrió satisfecha.

—Bueno, pues ahora ¡ya somos once! —declaró Sara—. ¡Y podemos jugar!

Emocionadas por tener de vuelta a Eva y a Jessi (aunque solo fuera a jugar aquel partido), las Goleadoras se dirigieron hacia los autobuses que

había a la entrada del colegio. Se toparon con Sam justo en la puerta.

—¿Adónde vais? —preguntó el chico, desconcertado—. ¿No teníais partido?

—Vamos a jugar en el campo del otro colegio porque el nuestro está nevado —informó Eva.

—¿Has venido a vernos? —preguntó Sara.

Sam pareció algo cohibido.

—Bueno..., sí. Ahora que soy un hombre libre y nadie me mira mal, o al menos no peor que de costumbre, me apetecía volver a los viejos hábitos.

—¿Y tus amigos? —preguntó Carla con curiosidad.

—Se han quedado en casa porque hacía mucho frío.

—Es que tiene mucho mérito venir a vernos jugar con este tiempo —dejó caer Carla como si tal cosa.

Sam se encogió de hombros con indiferencia.

—No me asusta el frío y no tenía nada mejor que hacer. Pero si os vais...

Sara vio que dudaba y tuvo una idea.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? —dijo—. Hay sitio de sobra en el bus y las del club de fans también se apuntan.

Así que Sam subió con ellos al autobús.

Durante el trayecto, las Goleadoras volvieron a distribuir las posiciones; como Ángela y Alicia no estaban, la alineación tenía un hueco importante en el centro del campo. Además, hacía por lo menos un mes que Jessi no tocaba un balón de fútbol, y como antes de eso tampoco había entrenado mucho, temía no poder estar a la altura. Pero, como decía Sara, lo importante era que iban a jugar.

Cuando llegaron al colegio Montesol descubrieron que no habían mentido: en efecto, tenían una zona cubierta que ocupaba medio patio, y en la que había una cancha de fútbol de cemento. El mismo lugar servía para alojar dos canchas de baloncesto, pero las jugadoras del Montesol retiraron rápidamente las canastas para que solo quedaran las porterías.

—Normalmente solemos usar el campo de fútbol de tierra que tenemos detrás del edificio principal —oyó Sara que comentaba la entrenadora de sus rivales—, pero ese nos sirve para emergencias como la de hoy.

Después del calentamiento se efectuó el sorteo y, un poco nerviosas, las Goleadoras ocuparon su lugar en el campo. Les habían permitido jugar

con los pantalones del chándal puestos, aunque no con la parte de arriba, puesto que el número de la camiseta debía verse en todos los casos. Las chicas se alegraron de tener aquella equipación que les permitía jugar con un conjunto de invierno de manga larga, porque, pese al calentamiento inicial, la mayoría de ellas temblaban de frío. Sara echó un vistazo a sus compañeras. Jessi había ocupado el lugar habitual de Ángela en el centro del campo, y Mónica, el de Alicia, cediendo su puesto en la banda a Eva, que regresaba dispuesta a comerse el mundo. Pero, aunque parecían haber resuelto más o menos el problema de la alineación, las Goleadoras no parecían muy animadas. Mónica aún no se había recuperado del todo y se la veía un poco pálida, Isa estaba más apagada que de costumbre, y Fani estornudaba de vez en cuando, y tenía los ojos llorosos y la nariz moqueante. En cuanto a Julia, parecía una auténtica zombi. Sara se preguntó, inquieta, si no debería haberse quedado en la cama. Como Julia era tan callada y silenciosa, casi no se había fijado en ella hasta aquel momento; y ahora era un poco tarde para echarse atrás, porque el árbitro acababa de pitar el comienzo del encuentro. Sara intentó concentrarse y se prometió a sí misma que en el descanso comprobaría si Julia tenía fiebre o no, en cuyo caso habría que mandarla a casa.

Empezó el partido y las Goleadoras no tardaron en comprobar por qué el Montesol había ganado la liga el año anterior. Eran un conjunto sólido y muy compenetrado. Todas sus jugadoras tocaban muy bien el balón y elaboraban buenas jugadas. Teniendo en cuenta, además, que algunas Goleadoras jugaban fuera de sus posiciones habituales y que otras estaban griposas o acatarradas, no resultó extraño que el Montesol fuera el primero en llegar al área contraria. Y así, tras un par de sustos, las Goleadoras encajaron su primer gol unos quince minutos después de haber comenzado el partido.

El segundo gol llegó poco después del minuto cuarenta de juego, cuando estaban a punto de llegar al descanso. Las delanteras del Montesol superaron fácilmente la línea del centro del campo y atacaron a la defensa de las Goleadoras por el flanco de Fani, que estaba más torpe de lo habitual. Normalmente Julia, que ocupaba una posición un poco más retrasada, solía estar atenta para cubrir a Fani, pero en aquel momento ni se enteró de que atacaban las jugadoras del equipo contrario. De modo que para cuando el resto de las chicas trató de cerrar un poco la defensa, las delanteras del Montesol estaban magníficamente situadas frente a la portería de Carla y no perdonaron.

—Está claro que hoy no estamos en condiciones de jugar —dijo David, mirando las caras de sus pupilas.

—Yo estoy bien —aseguró Isa, pero estornudó casi enseguida.

Vicky colocó una mano sobre la frente de Julia, que parecía muy mustia.

—Tienes fiebre —declaró—. Deberías irte a casa.

Ella le echó una mirada de agradecimiento y Sara se sintió culpable. El único motivo por el que Julia había acudido al partido era para evitar que las descalificaran por no ser suficientes. Sin embargo, parecía claro que no estaba en condiciones de seguir jugando.

—Sí, vete a casa —asintió David—. Métete en la cama y cuídate.

También él parecía sentirse algo culpable, quizá porque no se había dado cuenta antes del estado de Julia.

Sam se ofreció para acompañar a Julia hasta su casa y David le dio dinero para un taxi. Sara los vio marchar con cierta tristeza. Tenía la sensación de que su equipo, el equipo que tanto esfuerzo había costado crear, era extraordinariamente frágil. Cualquier golpe bastaba para hacerlo tambalear, cualquier pequeño problema ponía en peligro su posibilidad de seguir jugando.

—Entonces, ¿podemos jugar con diez? —preguntó Isa.

—Normalmente, cuando un jugador se lesiona o no puede seguir jugando se lo cambia por otro —respondió David—, pero si es expulsado, entonces no puede ser sustituido y el equipo juega con diez. No es exactamente la misma situación, pero voy a confirmarlo.

David se fue a hablar con el árbitro mientras las diez jugadoras restantes se quedaban junto al banquillo esperando. Sara les echó un vistazo. No parecían estar en muy buenas condiciones. Se las veía cansadas y desanimadas.

—Venga, que solo queda el segundo tiempo —dijo—. Y vamos a remontar esos dos goles, ¿de acuerdo?

Las chicas se miraron unas a otras, dubitativas.

—Bueno —suspiró Carla.

—Se puede intentar —añadió Mónica.

—Yo voy a pelear hasta el final —declaró Alex.

—Y yo, ya que estoy aquí, voy a ver si puedo hacer algo —señaló Jessi.

—¡Claro que sí! —saltó Eva—. ¡A jugar y a ganar!

—¡Así me gusta! —Sara sonrió.

David regresó poco más tarde.

—El árbitro dice que podemos jugar con diez —dijo—, puesto que hemos presentado un equipo completo. Pero que la próxima vez traigamos suplentes.

—Ya, no es culpa nuestra si hay una epidemia de gripe —suspiró Sara.

Pasaron el resto del descanso definiendo la táctica a seguir. Hubo una cierta discusión porque había algunas, Vicky entre ellas, que opinaban que había que reforzar la defensa para que el Montesol no les marcara más goles. Pero la otra mitad del equipo, con Sara y Alex a la cabeza, opinaba que era mejor atacar para tratar de acortar el resultado. Finalmente optaron por una solución intermedia; Jessi y Fani retrasaron un poco sus posiciones, dejando solas a Vicky y a Mónica en el centro del campo, y Eva, Alex y Sara se encargarían del ataque.

—Recordad que ahora tenemos un hueco en el centro del campo —les dijo David cuando estaban a punto de regresar al terreno de juego—. Acordaos de cubrirlo, ¿vale?

El partido se reanudó. Las tres delanteras cruzaron una mirada. Alex se moría de ganas por empezar a atacar, y Eva, después de tanto tiempo sin jugar un partido, estaba que se salía. Sara, por su parte, no quería dar el partido por perdido, de modo que estaban decididas a coger las riendas en cuanto fuera posible. Y fue Alex quien tomó la iniciativa.

Sacaba el Montesol. Apenas se puso el balón en juego, Alex se lanzó a por él temerariamente. La jugadora que lo llevaba, cogida por sorpresa y sin apenas tiempo para reaccionar, trató de sacárselo de encima. Sara estaba atenta y cortó el pase.

Como una sola persona, las tres delanteras de las Goleadoras avanzaron hacia el área contraria. Sara llevaba el balón y corría por el centro del campo, pero la seguían muy de cerca Alex por la derecha y Eva por la izquierda. Sara pasó el balón a Eva y esa lo retuvo entre sus botas hasta que vio que Alex y Sara estaban más avanzadas. Entonces, con un pase largo, devolvió el balón a Sara.

Ella corrió para recuperarlo y consiguió seguir avanzando con la pelota controlada. Las jugadoras del Montesol se dieron cuenta de cuáles eran las opciones de jugada que tenía y se apresuraron a marcar a sus compañeras.

Pero Alex no estaba dispuesta a dejarse marcar.

Sara se detuvo un momento frente al área del Montesol. Tres jugadoras le cerraban el paso.

—¡Aquí! —gritó Alex.

Sara sabía que estaba marcada, pero aun así no se lo pensó dos veces y le pasó el balón.

No tuvieron tiempo de arrebatárselo, porque Alex empalmó un potente disparo a puerta...

... que se estampó en el poste y salió rebotado...

... hasta golpear con fuerza la cabeza de Sara.

Ella se quedó aturdida unos instantes ante el fuerte impacto. Con la mirada borrosa siguió la trayectoria del balón, que había salido disparado hacia arriba y ahora comenzaba a bajar.

Todas las jugadoras esperaron a que llegara al suelo y hubo un breve forcejeo mientras trataban de ocupar la mejor posición para recibirlo. Todas... menos una sombra veloz que llegó desde atrás y saltó en el aire antes que ninguna.

Ante el asombro de todos los presentes, Eva golpeó el balón de cabeza y lo empujó hacia la portería contraria.

La guardameta no lo vio venir.

Sara contempló el balón alojado en la malla de la portería del Montesol y se preguntó si no estaría soñando.



8

El secreto mejor guardado de Sam

Las jugadoras de uno y otro equipo tardaron un instante en reaccionar. Sonó el silbato del árbitro indicando que el gol era válido, y entonces se oyó la voz de Isa desde detrás, un poco más ronca de lo habitual pero con su entusiasmo de siempre:

—¿Hemos marcado? ¿Hemos marcado? ¡Wiiii!

—¡Síiii! —gritó Eva alzando los brazos en alto—. ¡Ha sido gol!

Las Goleadoras lo celebraron ruidosamente. Sara, todavía algo confundida, se palpó el lugar donde le había golpeado el balón. Le estaba saliendo un chichón.

Vicky aún no se lo creía.

—¿Y cómo se te ha ocurrido rematar de cabeza? ¡Si eso casi no lo hemos ensayado en los entrenamientos!

—¡No lo sé, ha sido un impulso! —respondió Eva—. ¡He visto el balón golpear la cabeza de Sara y he pensado: «qué buena idea»!

—Vaya —dijo Vicky impresionada; le costaba muchísimo reaccionar deprisa en situaciones críticas y admiraba a la gente capaz de tomar decisiones rápidas.

—¿Veis como podemos ganar este partido? —dijo entonces Alex—. ¡Un par de goles como ese y la victoria será nuestra!

—¡Sí! —corearon sus compañeras.

El magnífico gol de Eva había caldeado el ambiente. Hasta las griposas parecían encontrarse más animadas. La verdad era que nadie podría haber imaginado un retorno más glorioso para ella.

Cuando se reanudó el partido, el Montesol atacó con fuerza, quizá porque le veían las orejas al lobo, o tal vez para asegurar el resultado. Las Goleadoras lo pasaron mal en la defensa y se encerraron en su área, esperando poder jugar al contragolpe. El gol de Eva les había dado esperanzas, y si el Montesol volvía a marcar, esas esperanzas se esfumarían definitivamente. Los cuatro gatos que las observaban desde la grada habían empezado a animarlas sin tregua. A Sara le pareció oír la voz de Sam entre los coros del club de fans, pero no fue capaz de pillarlo en plena faena, así que se quedó con la duda. De hecho, Sam había regresado hacía un rato, tras dejar a Julia en su casa, pero Sara no sabía exactamente cuándo. Sin saber por qué, deseó que hubiera visto el gol de Eva, aunque su propia participación en el mismo se hubiera limitado a recibir un balonazo en la frente.

Cuando ya se acercaba el final del partido, ambos equipos redoblaron esfuerzos. Las Goleadoras se encerraron todavía más, porque a medida que avanzaba el encuentro resultaba más evidente que les faltaba una jugadora y que había huecos que no podían cubrir solo entre diez.

—¡Aguantad, aguantad! —gritaba Sara a la defensa.

Pero se notaba mucho la falta de Julia. El Montesol estuvo a punto de marcar en varias ocasiones, y solo la suerte y la defensa cerrada de las Goleadoras impidieron que lo consiguieran.

Y entonces, a diez minutos del final, Sara y sus compañeras vieron su oportunidad.

Todo comenzó con una brillante intervención de Dasha, que cortó un pase de la delantera del Montesol y, acto seguido, lanzó el balón hacia el campo contrario. Fue un pase muy largo que pilló a casi todas las jugadoras desprevenidas, pero Eva lo vio venir y corrió como una flecha para cogerlo. Una de las chicas del Montesol trató de detenerla y envió fuera el balón.

Eva no se entretuvo. Sacó rápidamente de banda a los pies de Sara, que echó a correr hacia la portería contraria. Las jugadoras del Montesol todavía estaban muy adelantadas, pero Sara sabía que no tardarían en regresar a sus posiciones. Cambió el juego y pasó el balón a Alex, que iba sola por la banda izquierda.

—¡Vamos, vamos, paradla! —gritaba la entrenadora del Montesol.

Pero no era tan fácil detener a Alex, que avanzaba casi como una apisonadora. Además, no se molestó en centrar, como todo el mundo esperaba que hiciera, sino que se desvió ella misma hacia la portería, todavía con el balón entre los pies. Y, justo cuando las defensas del Montesol pensaban que chutaría y ya estaban tratando de bloquear la posible trayectoria del balón, Alex hizo un pase en corto hacia la derecha, por donde llegaba Sara disparada.

—¡Vamos, chuta, dale con toda tu mala leche! —La animó.

Sara no se hizo de rogar y le pegó al balón con todas sus fuerzas. Le salió desviado, pero, por fortuna, todavía dentro de los límites de los tres palos, así que se coló por los pelos por toda la escuadra y la portera no pudo hacer nada para detenerlo.

—¡Qué golazo! —Se oyó desde la grada.

Sara, todavía sin poder creérselo, volvió a ver la portería del Montesol con el balón en su interior. Enseguida se lanzó medio equipo sobre ella.

—¡Lo has conseguido, Sara!

—¡Habéis estado fenomenal!

—¡Hemos empatado, hemos empatado!

Celebraron el gol larga y ruidosamente hasta que el árbitro les llamó la atención porque había que continuar el partido. Casi de mala gana, las Goleadoras volvieron a sus puestos.

Quedaba poco tiempo para que finalizara el encuentro, pero las chicas del Montesol lo intentaron de todas las maneras posibles y estuvieron a punto de marcar un gol a menos de dos minutos del final. Con el corazón todavía latiéndoles con fuerza del susto, las Goleadoras suspiraron con alivio cuando el árbitro pitó la conclusión del partido.

Se fueron a las gradas a celebrarlo. Para ellas, aquel empate había sido como una victoria, no solo porque lo habían obtenido contra un equipo muy bueno, sino, sobre todo, porque había sido en unas condiciones penosas: con muchas bajas y varias jugadoras funcionando a medio gas.

Tras despedirse de las jugadoras del Montesol hasta el partido de la segunda vuelta, volvieron todos al autobús que los dejaría otra vez en el colegio.

—Y ahora —dijo Sara en voz alta cuando estuvieron acomodados en su interior—, ¿quién se viene a comer a la pizzería?

—¡Brrr, con el frío que hace y las ganas que tengo de volverme a mi casa! —se quejó Carla.

—No protestes, que al menos llevas guantes —se rio Jessi al ver que Carla todavía no se había quitado sus calentitos guantes de portera.

—¡Hoy es el cumpleaños de Sara! —anunció Eva—. ¡Y podemos celebrarlo con un empate ante las actuales campeonas de la liga! ¡Yo me apunto!

—¿Hoy es tu cumple? —repitió Isa—. ¡Wiii!

—Anda, Sara, ¡felicidades! —dijo Fani.

Sara se puso roja. Cumplía catorce años, pero aquella edad se le antojaba todavía muy lejana. De hecho, a veces tenía la sensación de que se quedaría eternamente anclada en los trece.

Le llovieron felicitaciones y se oyó una protesta por parte de Carla.

—Vaya, hace dos semanas fue el mío y no lo celebramos.

Lo cual fue suficiente para que Vicky inaugurara una LISTA DE CUMPLEAÑOS DE LAS GOLEADORAS. Mientras sus amigas ayudaban a Vicky con la lista, Sara reparó en Sam, que estaba un poco apartado, y se sentó en el asiento contiguo al suyo.

—Y tú, ¿te vienes a la pizzería? —le preguntó.

—Es una oferta tentadora, *milady*, pero me temo que mis esbirros me están esperando para otros menesteres. —Sonrió—. De todas formas —añadió—, tengo un regalo de cumpleaños para ti.

Sara se sorprendió.

—¿En serio? ¿Ya sabías que hoy era mi cumpleaños?

—Desde hace más de un mes —asintió él—. Anda, toma —añadió, y le tendió un simple sobre blanco—. Espero que te guste. Que sepas que esto tiene la culpa, en parte, de que me hayan tomado por un ladrón de exámenes. No te lo vas a creer, pero me lo dejé dentro del comentario de texto que le entregamos al de lengua y luego tuve que entrar en la sala de profesores para recuperarlo.

Sara lo miró con la boca abierta.

—¿En serio? ¿Y por qué no se lo dijiste a nadie? ¿Y por qué no se lo pediste al de lengua, para empezar?

—Primero, porque quería que fuera una sorpresa; esa es la gracia de los regalos de cumpleaños, ¿no? Y sabía que, si se lo contaba a alguien, acabarías por enterarte antes de tiempo. Y segundo... porque lo que hay en este sobre es algo bastante goloso y no quería que acabara en el bolsillo de algún profesor. Se supone que los profes son legales, pero nunca se sabe. Después de todo, no lleva nombre.

Sara parpadeó, todavía perpleja, y abrió el sobre con curiosidad. Extrajo de su interior dos papeletas alargadas que no tardó en reconocer como entradas para un partido de fútbol del Central, el equipo local de primera división.

—¡Sam! —chilló, loca de alegría, y le dio un abrazo a su amigo, que se puso rojo—. ¡Es estupendo! Pero ¿por qué te has tomado tantas molestias?



—Bueno... tú estabas enfadada por lo de tu hermano y me pareció que era una buena manera de hacer las paces.

Sara se separó un poco de él. Sus miradas se cruzaron un instante y ella sintió un extraño cosquilleo en su interior. Pero sus amigas interrumpieron el momento.

—¿Qué pasa, qué pasa? —quiso saber Carla.

Sam volvió a la realidad.

—Piensa que solo hay dos entradas y que tendrás que decidir con quién vas —le susurró a Sara al oído.

Sara reaccionó deprisa. Se imaginó al punto asistiendo al partido con Héctor, y se apresuró a esconder el sobre en su bolsa de deporte.

—¡Nada, que Sam me ha dado una muy buena noticia! —respondió, sin faltar a la verdad—. ¡Hoy es un gran día, así que vamos a celebrarlo!

Cuando por fin llegaron al colegio y bajaron del autobús, Sara pensó que era una pena que Sam no fuera con ellas a la pizzería, de forma que le insistió para que se apuntara. Pero él volvió a negar con la cabeza.

—Ya he tenido suficiente fútbol por hoy. —Sonrió—. Nos veremos el lunes en el cole, ¿vale?

—¡Vale! —asintió Sara—. ¡Y muchas gracias otra vez!

—No hay de qué —dijo Sam—. Ese gol bien valía una recompensa, ¿no?

Sara sonrió también. En aquel momento se prometió a sí misma que, hiciese lo que hiciese Sam en el futuro, se esforzaría por no volver a enfadarse con él. Después de todo, detallazos como aquel compensaban con creces sus meteduras de pata.



Apenas quedaban tres días de clase antes de que llegaran las vacaciones de Navidad, pero eso no impidió al club de fans de las Goleadoras anunciar en su web, a bombo y platillo, el sorprendente resultado del sábado:

Las Goleadoras plantan cara al Montesol

Jugaron un gran partido con muchísimas bajas

Poco a poco, el tiempo fue mejorando y la nieve del campo de fútbol se derritió. El último día de clase, los más futboleros lo celebraron con un partido amistoso. Sara se apuntó, y le latió más deprisa el corazón al darse cuenta de que también estaba Héctor. No tardó en imaginarse cómo sería la tarde perfecta: ir a ver un partido de primera división con Héctor, luego tal vez cenar juntos...



Héctor y Sara están sentados en el mejor palco del estadio del Central, que tienen para ellos solos, contemplando el partido desde una posición envidiable. A su alrededor hay refrescos, bocadillos, chucherías y

hasta una pizza a medio terminar. Un camarero les sirve las bebidas mientras ellos comentan las jugadas.

—Está siendo el partido más emocionante de toda la temporada —dice Héctor—. Me alegro mucho de poder verlo en vivo... y todo gracias a ti.

—Y yo me alegro de poder verlo contigo —responde ella, mimosa.

Los dos se miran a los ojos. En el mismo momento en que se acercan, los delanteros del Central marcan el tanto de la victoria.

—¡¡¡Gooooool!!! —Aúlla todo el estadio, mientras los labios de Héctor y Sara se funden en un beso y los fuegos artificiales estallan sobre sus cabezas.



Sara trató de olvidar esa imagen, aunque se le había puesto la piel de gallina. «Eso no va a pasar, boba —se riñó a sí misma—. Tendrás suerte si consigues que vaya al partido contigo». Pero solo esa idea la hacía estremecer de emoción, así que se juró que de aquella tarde no pasaba. Tenía que decirle lo de las entradas sin mayor dilación. Eran para el primer sábado después de las vacaciones, de modo que en principio tenía tiempo, pero prefería hacerlo cuanto antes para no darle ocasión a hacer otros planes.

Se pasó casi todo el partido pensando en diferentes formas de planteárselo, y cuando finalmente terminaron de jugar, recogieron sus mochilas y se encaminaron a casa, Sara se acercó a Héctor con timidez.

—Hola —saludó.

—Hey. —Él sonrió—. Ya me han contado que no lo hicisteis mal el sábado pasado.

Sara se hinchó de orgullo.

—La verdad es que con tantas bajas y contra un equipo tan bueno, un empate es un gran resultado —comentó.

Héctor asintió. Los dos se quedaron callados. Sara tragó saliva un par de veces y finalmente, colorada como un tomate, se atrevió a decir:

—Esto... verás... tengo entradas para el próximo partido del Central. A mediados de enero, cuando jueguen en casa. —Tragó saliva otra vez antes de decir—. Tengo dos entradas. ¿T-te apetece v-venir conmigo?

Horrorizada, Sara pensó que había hablado tan bajito y con una voz tan temblona que Héctor no se habría enterado de nada. Pero él lo había

oído perfectamente.

—Ah... gracias, pero es que estoy abonado para toda la temporada. Quiero decir que no necesito entradas para ir —añadió, como si Sara no lo hubiese entendido; y es que se le había quedado tal cara de tonta que cualquiera habría podido deducir lo mismo—. Y probablemente acudiré con mis amigos.

—Ah... claro... bueno, pues entonces nada.

Sara se habría dado de cabezazos contra la pared. «Seguro que piensa que soy boba o algo parecido —pensó con desconsuelo mientras volvía a su casa arrastrando los pies—. Y si no lo piensa, seguro que ya se ha dado cuenta de que estoy colada por él». Sin embargo, Héctor se había comportado con ella con la naturalidad de siempre, como si estuviese acostumbrado a que las chicas lo invitaran todos los días a ir a ver un partido de fútbol de primera división.

Al llegar a casa, Sara se encerró en su cuarto y hundió la cara en la almohada, deseando que se la tragara la tierra. Menos mal que no tendría que volver al colegio hasta dos semanas y media después. Quizá para entonces Héctor habría olvidado todo el asunto. Sus meditaciones fueron bruscamente interrumpidas por su hermano Bruno, que entró en la habitación sin miramientos.

—¿Cuántas veces te he dicho que llames a la puerta? —Gruñó Sara, pero Bruno no le hizo caso.

—Mamá dice que salgas de tu cueva y te arregles, que vamos a ir a ver a los abuelos.

Sara suspiró y se levantó de la cama fatigosamente. Bueno, pensó, por lo menos la visita le impediría comerse demasiado la cabeza.



Las vacaciones de Navidad pasaron muy deprisa. Demasiado para el gusto de Sara, que disfrutó de varios días sin clases ni despertador, pero sin prescindir del fútbol, puesto que quedaba casi todos los días con sus amigas para jugar en el solar. Al principio eran siempre las mismas: Alex, Eva y ella, pero a mitad de las vacaciones se les incorporó Julia, que ya estaba del todo recuperada, y a veces aparecían algunas otras chicas del equipo. Hubo una tarde en que hasta se apuntaron Ángela y Alicia, que

parecían lamentar no haber podido participar en el gran partido contra el Montesol del que todo el mundo hablaba.

Fueron unas buenas vacaciones. Entre partidos en el solar, risas y buenos ratos, a Sara se le pasaron volando, y cuando quiso darse cuenta, ya era la víspera de la vuelta a las clases. Organizando su mochila para el día siguiente sin mucha ilusión, se topó de pronto con el sobre de las entradas que le había regalado Sam.

—¡Ostras! —exclamó. Se le había olvidado por completo, como si, una vez descartada la posibilidad de que Héctor pudiera acompañarla, ya no le sirvieran para nada.

Pero sí le servían. Con Héctor o sin él, a Sara le hacía una ilusión loca ir a un partido de fútbol de primera división. Su padre solo la había llevado a ver al Central una vez, cuando era más pequeña. No recordaba gran cosa de aquel partido porque apenas pudo ver lo que sucedía en el terreno de juego por encima del mar de cabezas, pero tenía el vago recuerdo de que habían perdido.

Sara descartó rápidamente a su familia. Tenía catorce años, era demasiado mayor para ir con su padre o con su hermano pequeño. Pensó que a Eva le encantaría y decidió que se lo propondría al día siguiente.

Las clases se reanudaron con normalidad, aunque Sara estaba distraída y apenas prestaba atención. En el recreo buscó a Eva y le habló de las dos entradas que tenía para el siguiente partido del Central.

—¡Uau! —saltó Eva—. ¡Sí, sí, claro que quiero ir! —Pero se detuvo de pronto y le dirigió a Sara una mirada desolada—. Pero no puedo —suspiró—. Le prometí a mi padre que, si me dejaba jugar con las Goleadoras, aprovecharía los sábados por la tarde para estudiar.

—Jo —murmuró Sara; no era la primera vez que la oía mencionar ese pacto: durante las vacaciones de Navidad, Eva había tenido que estudiar aplicadamente en casa todas las mañanas si quería tener las tardes libres para jugar en el solar—. ¿Y no puedes hacer una excepción?

—¿El primer sábado después de las vacaciones? —se rio Eva—. Mi padre va a pensar que quiero tomarle el pelo.

Desanimada, Sara fue a proponérselo a Alex, pero su respuesta fue tajante:

—Ni hablar. Yo soy hincha del Unión y no pierdo el tiempo viendo a esos pringados del Central.

Tras una nueva ronda infructuosa, Sara decidió comentárselo a Vicky. No se lo había dicho hasta aquel momento porque pensaba que a

ella no le interesaría, pero quizá, y puesto que nunca había asistido a un partido de fútbol profesional, lo encontrara instructivo.

—¿Un partido en el estadio? —Se horrorizó ella—. ¿Con todos esos tíos pintarrajeados vociferando como locos?

—Ya suponía que no querrías —suspiró Sara.

Vicky la miró de reojo.

—¿Qué pasa, que no encuentras a nadie que te acompañe? Si fuera tu último recurso, iría contigo aunque solo fuera para que no te quedaras sin verlo. Pero es que resulta que ya tengo planes.

—¿Tú también?

—¿Quién te crees que tiene que ayudar a Eva a repasar el sábado por la tarde?

Sara no respondió. Se preguntó si no sería demasiado borde por su parte eliminar definitivamente a su hermano de la lista de posibles acompañantes. Entonces recordó que lo había oído comentar que iría a ver el partido con Héctor y los demás.

—Oye, y si no es mucha indiscreción —dijo Vicky—, ¿de dónde has sacado las entradas?

Sara se lo contó. Vicky se la quedó mirando.

—¿Y se lo has pedido ya a Sam? —preguntó.

—¿Pedirle el qué?

—Pues que te acompañe al partido, mujer.

Sara se echó a reír.

—¡Pero si no le gusta el fútbol! Ir a un partido de la liga profesional como un hinchas cualquiera sería una mancha en su historial de *friki*.

Vicky se encogió de hombros.

—Tú díselo, es lo menos que puedes hacer. Después de todo, fue él quien te regaló las entradas. Aunque solo fuera por cortesía, deberías proponérselo. Y, además, igual te llevas una sorpresa.

Así que, al día siguiente durante el recreo, Sara buscó a Sam y se lo dijo. Sin embargo, él se rio de buena gana.

—Estás de broma, ¿no? El sábado por la tarde tengo una interesante partida de rol a la que no puedo faltar... ¡porque soy el máster!

—Entiendo —murmuró Sara apenada.

Sam la miró con seriedad.

—¿No hay nadie que pueda acompañarte?

Sara dudó. Había muchas personas, pero le daba vergüenza pedirselo a alguien con quien no tuviera confianza. La mayor parte de sus amigas o

no podían o no estaban interesadas. Mónica, por ejemplo, decía que se lo pasaba bien jugando al fútbol, pero que ver cómo jugaban otros le parecía muy aburrido. Julia decía que no seguía la liga; resultaba extraño que alguien que jugaba tan bien al fútbol tuviese tan poco interés por las competiciones profesionales, pero es que Julia había aprendido jugando con sus hermanos y hasta mucho más adelante no había relacionado los partidos de la tele con lo que ellos hacían. Para ella, eran dos cosas distintas.

Vio que Sam la miraba con simpatía y sacudió la cabeza. No quería que él pensara que era una pobre solitaria sin amigas.

—No te preocupes, ya encontraré a alguien.

Pero pasaban los días y su segunda entrada seguía sin tener dueño. Por otra parte, Sara tuvo pronto otras cosas en que pensar. Con las clases, también se reanudaron los entrenamientos, y enseguida se dieron cuenta de que las vacaciones de Navidad habían sido desastrosas para la forma física del equipo. La mayoría de ellas, y especialmente las que no habían ido a jugar al solar con regularidad, estaban más lentas y pesadas. Y Fani parecía haber recuperado los dos o tres kilos que había perdido desde que estaba en el equipo.

—Ha sido el turrón —les explicó, poniéndose colorada como un tomate.

David suspiró.

—Bueno, no os preocupéis, lo solucionaremos. Aunque eso significa que en los primeros entrenamientos tendremos que dedicar un poco más de tiempo a ejercicios físicos y un poco menos a tocar balón.

Hubo protestas generalizadas, pero no muy fuertes. Al fin y al cabo, todas sabían que su entrenador tenía razón.

—Esto de hacer ejercicio es un rollo —le confesaba Ángela a su amiga del alma mientras las dos corrían en torno al campo de fútbol—. No importa cuánto te mates a entrenar, que como dejes de hacerlo un par de semanas... ¡lo que has hecho antes ya no te sirve para nada!

—¡Es verdad! —lloriqueaba Alicia—. ¡Es como hacerse la cama todos los días: un esfuerzo inútil!

—A correr y a callar, pesadas —gruñó Alex tras ellas.

Los entrenamientos de aquella semana no fueron muy divertidos, y casi todas acabaron con agujetas. Pero lo peor era que apenas iban a tener tiempo de recuperarse del todo porque el sábado siguiente tenían partido de la liga interescolar.

—¿Otra veeeee? —se desesperó Alicia.

Jugarían contra el Liceo, otro equipo de los buenos. Sara estaba preocupada: habían tenido mala suerte en el partido contra el Montesol, que se había celebrado en mitad de una ola de frío y con varias chicas del equipo en cama con gripe. Y ahora les tocaría enfrentarse al Liceo estando en baja forma por las vacaciones de Navidad.

—Quizá es verdad que son muchos partidos —suspiró Sara.

—No te preocupes, hay un descanso de un par de semanas en cuanto termine la primera vuelta —respondió Vicky consultando el calendario—. Jugamos contra el Liceo y luego contra el colegio Europa, y después ya nada hasta finales de febrero, que empezamos la segunda vuelta y jugaremos otra vez contra las Pink Pirañas, pero en esta ocasión en el colegio de ellas.

—¡Las Pink Pirañas! —repitió Sara con nostalgia—. ¡Qué viejos tiempos!

—Se van a quedar muy asombradas cuando vean que ya no llevamos la camiseta del cerdito —se rio Eva, recordando su primer partido de liga y la vergonzosa equipación que habían tenido que exhibir las Goleadoras.



El día del partido contra el Liceo amaneció lloviendo a cántaros.

—Pero ¿cómo vas a ir a jugar con este tiempo, hija? —le preguntó a Sara su madre, desconcertada.

Ella se había puesto el chándal reglamentario y estaba lista para salir. Tras vencer los últimos intentos de resistencia materna, Sara salió de casa, protegida bajo un gran paraguas rojo. Por suerte, el Liceo no estaba lejos de su casa, pero aun así fue una odisea llegar hasta allí, y cuando lo hizo, y a pesar del paraguas, estaba totalmente empapada.

Se reunió con sus amigas bajo el porche del edificio y juntas contemplaron la lluvia caer. A pesar del mal tiempo, estaban casi todas; recordaban muy bien lo que había sucedido en el partido contra el Montesol, y sabían que debían presentarse por si acaso.

También las chicas del Liceo estaban allí, bien abrigadas en el interior de sus chaquetas y anoraks, observando el cielo con desgana.

—Qué poquitas ganas tenemos de jugaaaaaar —canturreó Carla.

—Podemos esperar un ratito a ver si escampa —sugirió Eva.

—No sé —dijo Vicky observando las nubes críticamente—, esto no tiene pinta de mejorar, o al menos, no enseguida.

—Es que si fuera una lluvia normal... —dijo Mónica—. Pero cae con ganas, ¿eh?

Sara apenas las escuchaba. Tenía la atención puesta en David, que hablaba en una esquina con el árbitro y con el entrenador del equipo del Liceo.

Finalmente, la reunión se dispersó y David regresó junto a sus pupilas.

—Ellos no quieren jugar —anunció.

—¡Yupi! —saltó Carla.

Ángela y Alicia se cogieron de las manos y empezaron a dar saltitos, cantando:

—¡Nos vamos a casa, nos vamos a casa!

—Un momento —las detuvo David—. Estamos todos de acuerdo en que el tiempo es pésimo, el campo está todo inundado y la lluvia no es un simple chirimiri. Las chicas del Liceo prefieren que aplacemos el partido y juguemos otro día.

—¿Y qué pasa si nos negamos? —quiso saber Alex.

—Pues pueden pasar dos cosas: o que ellas sigan sin querer jugar, en cuyo caso, si nosotros estamos dispuestos, perderían el partido, o que decidan jugar, con lo cual no quedaría más remedio que celebrar el partido bajo la lluvia. No sé vosotras, pero yo, en vista de que ellas no tienen problema en aplazarlo, lo dejaría para otro momento.

—Pero yo quiero jugar —se empeñó Alex—. Si ellas son demasiado blanditas y no quieren mojarse es su problema.

—¿A quién estás llamando blandita? —Se picó Carla.

—¡Lo votamos! —propuso Vicky rápidamente antes de que estallara una discusión; abrió su libreta y escribió: LISTA DE GENTE QUE QUIERE JUGAR OTRO DÍA. La mayoría de las chicas se apuntaron a esa lista, por lo que Alex no tuvo más remedio que aceptar que había perdido la votación.

—Pero sois unas flojas, que lo sepáis —gruñó.

—Sí, vale, lo que tú digas —replicó Alicia.

—¿Podemos irnos ya a casa? —añadió Ángela.

Tardaron menos de cinco minutos en arreglarlo todo; el árbitro tomó nota de que se aplazaba el encuentro entre el Liceo y las Goleadoras y, una vez que firmaron los dos entrenadores en el acta, se fueron todos a casa.

A mediodía dejó de llover, y a las dos de la tarde ya lucía el sol. En las noticias dijeron que el campo de fútbol del Central estaba preparado para el partido de liga que se celebraría aquella tarde, a partir de las cinco, pero Sara lo escuchó con poco entusiasmo. Estaba siendo un día espantoso: se había quedado sin fútbol por la mañana y probablemente también se quedaría sin fútbol por la tarde, porque aún no tenía a nadie que la acompañara al partido. Estaba preguntándose qué era mejor, ir con su padre o ir sola, cuando sonó el teléfono. Lo cogió.

—¿Diga? —preguntó distraídamente.

—Ah, hola... esto... Sara. —Era Sam.

—Hola, Sam, ¿qué tal?

—Mira, verás... es que al final, como hoy llovía y no podíamos ir a ninguna parte, hemos organizado la sesión de rol por la mañana. Eso quiere decir que tengo la tarde libre y que, si quieres, te puedo acompañar al partido... si aún tienes la segunda entrada, claro —añadió deprisa.

Sara se quedó parada un momento.

—Claro..., ya me imaginaba que tenías acompañante —se apresuró a decir Sam, malinterpretando su silencio.

—No, no..., en realidad he tenido un poco de mala suerte; fíjate que hasta estaba pensando en decírselo a mi padre...

—Tía —se rio Sam—, para eso te acompaño yo.

Sara sonrió.

—Vale, pero nada de poner caras aburridas ni de soltar resoplidos de desprecio, ¿eh?

—Prometido.



9

Por un maldito autógrafa

Sam lo intentó, pero se veía claramente que se sentía como un pez fuera del agua en la cola frente al estadio, con las manos hundidas en los bolsillos de sus maltratados vaqueros y mirando a su alrededor con desconfianza.

Sara, en cambio, estaba radiante. No dejaba de contemplar fascinada todo lo que sucedía a su alrededor. Hinchas de uno y otro bando entonaban el himno de su equipo y exhibían sus colores con orgullo (los del Central, de rojo y negro, y los del Laguna, de azul y blanco). Cuando por fin llegaron a la puerta, Sara volvió a la realidad para entregar las entradas. Se quedó un momento mirando al revisor con expectación, como si en el fondo esperase que le dijese que sus entradas eran falsas o algo por el estilo; pero él se limitó a rasgar el resguardo y a indicarles el camino de entrada.

Buscaron su sector y encontraron un par de asientos libres cerca del corredor. Sam se sentó, muy tieso y con la espalda recta. En menos de dos minutos había mirado el reloj media docena de veces.

—¿Qué pasa, no estás cómodo? —dijo Sara.

—¿Rodeado de esta gente? —respondió él, señalando a los hinchas vociferantes con un gesto—. No demasiado.

—Tranquilo, el partido está a punto de empezar —rio Sara—, y luego solo tendrás que aguantar un par de horas de sufrimiento.

Sam gimió por lo bajo.

—Te debo una merienda —admitió Sara.

—Y ya puede ser succulenta —le advirtió su amigo frunciendo el ceño —, porque si no...

—¡Anda, Sara! —Sonó una voz junto a ellos—. ¿Qué haces aquí?

Sara se dio la vuelta y se encontró con varios de los Halcones, que llegaban en aquel momento a la grada. Allí estaba Héctor, que era quien había hablado —el corazón se le aceleró—, pero también Roberto, los gemelos Lucas y Mateo y hasta su propio hermano, Bruno.

—Tenía dos entradas para el partido de hoy —respondió ella, tratando de hacer oír su voz por encima del griterío—. Te lo comenté, ¿no te acuerdas?

Héctor se quedó pensativo, y Sara constató con desaliento que se había olvidado por completo de la conversación que habían mantenido antes de Navidades. Una conversación que, por otra parte, ella había reproducido por lo menos un millón de veces en su memoria.

—Ah, ya me acuerdo —dijo entonces el capitán de los Halcones—. Tenías una entrada de sobra y me preguntaste si podía acompañarte.

Sara sintió que se ponía roja mientras, a sus espaldas, Sam dejaba escapar un bufido desdeñoso. Héctor tuvo la suficiente clase como para no darse por ofendido.

—Bueno, me alegro de que finalmente encontraras acompañante —añadió, aunque sus palabras solo sirvieron para que Sara se pusiera aún más roja. Héctor solo estaba tratando de ser amable y no se había dado cuenta, pero la estaba poniendo en evidencia delante de medio equipo.

—Sí, el *friki* —se oyó que comentaba Mateo jocosamente por lo bajini; su hermano le rio la gracia.

Sara se sintió furiosa de pronto. Cogió a Sam del brazo y lo exhibió orgullosamente.

—Sí, he venido con mi amigo Sam. ¿Pasa algo?

Héctor la miró francamente sorprendido.

—Claro que no; puedes venir con quien te dé la gana, faltaría más.

De nuevo, Sara se puso roja de vergüenza mientras Sam se soltaba con brusquedad, molesto.

—A mí no me metas en tus líos, ¿eh? —protestó.

—Bueno, nos vamos a pillar sitio —concluyó Héctor—. Y si quieres un consejo, vosotros también deberíais buscar otro asiento.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sara recelosa.

Héctor señaló a un grupo de gente vestida de rojo, cuatro o cinco gradas más abajo.

—¿Ves a esos? Son la peña Centralísimos. Siempre se ponen ahí. Se pasarán todo el tiempo armando bulla y, lo que es peor, de pie y dando saltos, así que no podréis ver nada.

—Hacedle caso —intervino Roberto—, se conoce bien el estadio porque no se pierde ni un partido.

—Sí, hasta los jugadores saben quién es —añadió Bruno—. Tiene un balón firmado por todo el equipo.

Héctor parecía incómodo.

—Bueno, es verdad que tengo un balón firmado —dijo—, pero no conozco a los jugadores. Un amigo de mi padre trabajaba de utillero del Central y le hizo el favor de pasarles el balón para que lo firmaran hace un par de años.

—Venga, no seas modesto —dijo Lucas—. ¿Cuántos de esos tíos de rojo querrían tener un balón como el tuyo?

—Sí —asintió Mateo—. Cualquiera día de esos, Casaña te saluda por la calle como si fueseis colegas de toda la vida.

Casaña era la estrella del Central, y todos lo admiraban porque no solo marcaba goles, sino que además lo hacía con estilo. Oyendo hablar a los gemelos, a Sara se le ocurrió una idea disparatada.

—Oye, Héctor, seguro que en tu balón firmado no tienes el autógrafo de Casaña, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber el chico, un poco desconcertado.

—Porque a Casaña lo fichó el Central el año pasado, y tú has dicho que te firmaron el balón hace dos años más o menos.

—Sí, exacto. ¿Adónde quieres ir a parar?

Sara respiró hondo un momento y luego lo soltó:

—¡Te apuesto a que consigo que Casaña me firme un autógrafo!

Todos los chicos se quedaron de piedra. Héctor parpadeó un par de veces, perplejo.

—¿Perdona? —soltó.

—Pues eso. —Sara sonrió—. Que voy a tratar de acercarme a él durante el descanso para que me firme un autógrafo.

—¡Tú estás chalada! —se rio Lucas.

—¡Nadie puede acercarse tanto a Casaña en un partido! —añadió Mateo.

Sara miró a su hermano, que se había puesto rojo de vergüenza y miraba hacia otro lado como si no la conociera de nada.

—Oye, ¿qué pasa, que no me creéis? —protestó.

Héctor dejó escapar un par de risillas nerviosas.

—No hablarás en serio.

—Vamos, ¿qué te apuestas? —lo retó ella.

«Un beso», dijo de pronto una vocecita dentro de su cabeza, pero Sara la reprimió con decisión.

—No necesito apostarme nada —dijo Héctor—, porque es imposible que consigas un autógrafo de Casaña ni de ningún otro jugador. Y menos durante un partido.

—Bien, pues nos apostamos el honor y el orgullo —suspiró Sara.

Héctor la miró con una mezcla de temor, extrañeza y admiración.

—Bueno, como quieras —dijo finalmente.

—Pero vas a hacer el ridículo —añadió Lucas.

—El ridículo más espantoso —asintió Mateo.

Héctor sacudió la cabeza con cierto disgusto.

—Vale, pues nos vemos después del partido —dijo—. Pero es una pena que te hayas empeñado en hacer una apuesta que no vas a poder ganar.

—Ya lo veremos —replicó Sara.

Cuando los Halcones se alejaron, se dio cuenta de que tenía los ojos de Sam fijos en ella.

—¿Qué?

—¿Te has vuelto loca o qué?

Al ver la mirada de reproche de su amigo, Sara se dio cuenta de que se había pasado un poco. Desesperada porque parecía evidente que Héctor pasaba de ella, se le había ocurrido un plan absurdo para llamar su atención. Pero ahora que los chicos se habían marchado y sus ánimos se enfriaban rápidamente, se daba cuenta de que probablemente había metido la pata hasta el fondo.

—¿Qué pasa? —se defendió, aunque el valor que había exhibido ante los Halcones se esfumaba por momentos—. ¡Puede ser divertido!

—¿Divertido? —repitió Sam—. ¿Abrirse paso a empujones entre una multitud de fans para pedirle un garabato a un tío en pantalón corto?

—¡Oye, no es un tío en pantalón corto! —protestó Sara—. ¡Es Casaña, el gran Casaña, el mejor goleador que ha tenido el Central en lo que va de década!

—Es un mercenario —replicó Sam—. Ahora todos perdéis el culo por él, pero el año que viene estará jugando en cualquier otro equipo que le pague un par de millones más al mes y marcando esos preciosos goles en vuestra propia portería. De verdad, no entiendo por qué los adoráis tanto.

Sara no tenía ganas de discutir. Como los Centralísimos ya empezaban a dar botes un poco más abajo, los dos amigos decidieron seguir el consejo de Héctor y buscaron asientos libres en otra parte. A aquellas alturas, el estadio estaba casi lleno, por lo que les costó un poco encontrar buenos sitios. Por fin se sentaron unas gradas más arriba. Veían el campo algo esquinado, pero tenían una buena panorámica.

En aquel momento, los dos equipos saltaron al campo y todos los hinchas empezaron a animar como locos. Sara también lanzó un par de vítores, pero se le enfriaron los ánimos al ver que Sam seguía sentado, impassible, con cierto gesto de aburrimiento.

El comienzo del partido fue extraño. Sara seguía todas las jugadas, muy atenta, animando a los del Central, mientras Sam se limitaba a dejar pasar el tiempo como si nada de aquello fuera con él. Por suerte, tras unos minutos incómodos, los dos entablaron conversación. Sara comenzó a señalarle a Sam quiénes eran los mejores jugadores y a explicarle las jugadas más complejas. Al principio, Sam escuchaba por cortesía nada más, pero luego empezó a soltar comentarios ingeniosos que hacían reír a Sara. Finalmente resultó que lo mejor del partido no era verlo en vivo y en directo, sino poder comentarlo entre los dos.

El Laguna marcó el primer gol en el minuto veintiséis, lo que supuso un jarro de agua fría para los seguidores del Central. Sin embargo, el equipo se esforzó por remontar el resultado, y cuando por fin Casaña marcó el gol del empate, poco antes del descanso, hasta Sam lo celebró.

—¿Ves cómo es el mejor jugador del equipo? —dijo Sara con una sonrisa radiante.

—*Milady*, yo nunca lo he discutido —declaró Sam—, pero eso solo hace más probable que se cumpla mi vaticinio de que en menos de dos años estará jugando en otro equipo que le pague más. Y ahora, si no te importa —añadió levantándose—, creo que deberíamos marcharnos ya.

Sara lo miró sin comprender.

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

Sam suspiró pacientemente.

—¿No querías pedirle un autógrafo al tipo ese? Pues será mejor que vayamos ocupando posiciones antes de que termine el primer tiempo y

todo el mundo quiera ir al baño a la vez.

Sara se apresuró a levantarse para seguir a Sam.

Mientras la mayor parte de los espectadores seguía en sus asientos, Sam y Sara recorrieron los pasillos del estadio. Tras consultar un plano con las salidas de emergencia que estaba junto a la puerta, Sam se hizo una idea aproximada de hacia dónde tenían que ir para localizar los vestuarios del Central. Siguieron la ruta, pero se toparon con una puerta cerrada. Merodearon un rato en torno a ella hasta que un guardia los echó de allí.

Sam y Sara no se rindieron. Rodearon todo el estadio para buscar una ruta alternativa, y encontraron otra puerta cerrada justo cuando terminaba el primer tiempo y, tal y como había pronosticado Sam, la gente empezaba a levantarse para ir al servicio o al bar. Y eso fue una suerte, porque con toda la marea de aficionados que inundó los pasillos, de pronto tuvieron una oportunidad de oro para abrir la puerta, a pesar del letrero de NO PASAR, y colarse por ella.

—¿Y si nos pillan aquí? —susurró Sara, mientras seguía a Sam por un pasillo desierto.

—Pues nos echarán y punto. ¿O es que te crees que nos van a meter en la cárcel por esto?

Pero Sara no las tenía todas consigo. Temblaba como un flan, siguiendo a su amigo, que recorría los pasillos como si fuese el amo del lugar.

—Mira, es por aquí —señaló el chico, y descendieron por una escalera que los llevó un par de pisos más abajo.

Sara se detuvo de golpe; una fila de figuras vestidas de rojo y negro cruzaba el pasillo en dirección a una puerta abierta. Sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho al comprender que eran los jugadores del Central, que regresaban a su vestuario.

—¿Ves cómo no era tan difícil? —dijo Sam, muy satisfecho.

Sin embargo, una sombra alta y fornida los interceptó.

—¡Eh, eh, mocosos! ¿Se puede saber qué hacéis aquí?

Se trataba de uno de los guardias. Sam y Sara cruzaron una rápida mirada y entonces Sam se dejó caer al suelo con un quejido que partía el alma.

—¡Aaaay, es que me duele muchísimo el estómago! —gimió, retorciéndose en el suelo con las manos en la tripa—. ¡Por favor, busque un médico, que me voy a morir!

Hasta Fani se habría dado cuenta de que estaba fingiendo. El guardia trató de levantarlo del suelo, pero Sam insistía en revolversse entre sus brazos.

—¡Por favooooor, un médico, que me muero!

Mientras el guardia forcejeaba con Sam, Sara se deslizó discretamente tras él y se acercó a los futbolistas del Central. Localizó a Casaña a punto de entrar en el vestuario y se aproximó tímidamente a él.

—Por favor... —dijo con un hilo de voz.

Casaña estaba charlando animadamente con otro jugador a quien Sara reconoció como Villanueva, el portero del Central, pero se detuvo en la puerta para mirar a Sara inquisitivamente.

—¿Sí? ¿Y tú quién eres?

Sara tragó saliva y se atrevió a devolverle la mirada. Como la mayor parte de los futbolistas de élite, Casaña era bastante joven. También, según decían algunas chicas, era guapo, aunque Sara nunca se había fijado en eso, porque lo que le fascinaba de él era su forma de jugar. Sin embargo, la gente nunca hablaba de su gesto autosuficiente ni de la dureza de su mirada. Sara tragó saliva de nuevo, y le alargó su libreta y un bolígrafo, roja de vergüenza.

—¿M-me firma un autógrafo p-por f-favor? —balbuceó.

Casaña reprimió un suspiro exasperado, pero no hizo nada por evitar que a su rostro asomara una mueca de fastidio.

—Se cuelan en todas partes, son una plaga —masculló, y buscó al guardia de seguridad con la mirada—. ¡Oye, tú! ¿Por qué no haces tu trabajo, para variar?

El guardia, que arrastraba a un gimoteante Sam escalera arriba, se volvió y contempló a Sara con cara de consternación. Ella estaba tan roja que sentía que el calor de su piel podría fundir el suelo a su alrededor.

Casaña sacudió la cabeza con disgusto, le dio la espalda y entró en el vestuario, dejándola plantada y sosteniendo la libreta en el aire patéticamente. Villanueva hizo un gesto de disculpa señalando a su compañero, como queriendo decir: «No le hagas caso, él es así» y se marchó también.

Sara no fue consciente de nada más durante los minutos que siguieron. Más tarde supuso que el guardia los habría arrastrado de nuevo hasta el pasillo, porque de repente se encontró otra vez sentada en la grada con Sam, sintiéndose muy deprimida.

—¿Y bien? —quiso saber su amigo—. ¿Tienes el autógrafo o no?

Sara evocó una vez más la vergüenza que había pasado y parpadeó para no llorar. Con voz entrecortada, relató a Sam lo que había sucedido.

—Menudo capullo —comentó él.

—Ya puedes jurarlo —suspiró Sara—. En cuanto vuelva a casa, voy a quitar su póster de la pared de mi habitación.

Sam la miró con curiosidad.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues porque es un capullo, tú mismo lo has dicho.

—Sí, pero no pusiste el póster ahí porque fuera un tío majo, sino porque juega muy bien al fútbol, ¿no?

—Eso no importa. Ya no me cae bien y, además, tienes razón: seguro que el año que viene ficha por otro club y nos deja tirados.

Los dos permanecieron un rato en silencio hasta que ambos equipos regresaron al terreno de juego y dio comienzo la segunda parte.

—Hombre, yo en cierto modo lo entiendo —dijo entonces Sam.

—¿El qué?

—Bueno, por un lado es un tío joven y famoso, y con más dinero del que puede contar, así que hasta cierto punto es normal que se le haya subido un poco a la cabeza. Todos somos humanos. Además, no sé qué piensas tú, pero seguro que es muy muy engorroso que te persigan constantemente para pedirte autógrafos, o fotos, o cosas parecidas. A mí no me gustaría que me reconociera todo el mundo cuando voy a comprar el pan. Debe de ser muy estresante.

—Pues que no se hubiera hecho famoso —gruñó Sara.

Sam la miró con cierta simpatía.

—Quizá él no quisiera ser famoso. Es la gente y el mundo en general el que saca las cosas de quicio. Tal vez él solo soñaba con ser un buen futbolista y jugar en un buen equipo y tener la oportunidad de medirse con los grandes.

Sara lo miró, sorprendida.

—¿Te suena? —Él sonrió.

—Sí —dijo Sara con cierta timidez—. Ese es mi sueño. Pero yo no tengo que preocuparme por la fama —bromeó—, porque aunque llegara a estar entre las mejores futbolistas del mundo, jamás llegaría a ser famosa. Soy una chica, ¿recuerdas?

Pero se sentía mucho mejor después de haber hablado con Sam.

—Bueno, nunca se sabe —respondió él—. A veces, las cosas cambian mucho en pocos años.

El partido continuó sin grandes novedades. Casaña marcó un segundo gol, pero casi enseguida empataron los del Laguna. Cuando ya parecía que el encuentro iba a acabar así, dos a dos, Sam empezó a ponerse nervioso y a revolver en su mochila.

—¿Se puede saber qué buscas? —quiso saber Sara.

Sam no respondió, pero contempló pensativo un grueso sobre acolchado de color marrón que había sacado de su interior.

Cuando, por fin, el partido terminó, se levantó con resolución y le dijo a Sara.

—Espérame en la entrada, que enseguida voy.

Y, antes de que Sara pudiera protestar, desapareció entre la multitud.

Un tanto molesta, la chica se abrió paso entre la gente en dirección a la salida del estadio. El edificio tenía varias puertas, pero Sara supuso que Sam se refería a la que habían cruzado para entrar, así que se dirigió hacia allí para esperarlo, preguntándose qué estaría tramando.

Mientras aguardaba divisó a los Halcones y quiso que se la tragara la tierra. Se dio la vuelta, fingiendo que no los había visto y deseando que no repararan en ella.

No tuvo tanta suerte.

—Eh, mirad, si es Sara-la-pirada —se burló Mateo.

—Qué, ¿estás esperando a Casaña para que te lleve a cenar en su Ferrari? —añadió Lucas.

—Casaña es un borde —replicó ella con dignidad.

Los chicos se quedaron de piedra.

—¿Cómo has dicho?

—Pues eso, que me he acercado a él en el descanso y es un tío prepotente que se lo tiene muy creído y que trata fatal a sus fans —dijo; se arrepintió enseguida de ser tan dura, y añadió—: aunque eso no significa que no sea un gran jugador. Los dos goles del Central los ha marcado él.

—Venga, Sara, estás de broma, ¿verdad? —Héctor sonrió—. Nadie puede acercarse a los jugadores en los partidos.

—Bueno, pues yo lo he hecho.

Procedió a relatarles su odisea por los corredores del estadio y la forma en que habían burlado al guardia de seguridad. Los Halcones la escuchaban con atención, aunque con una ligera expresión de

escepticismo que indicaba que no se creían nada de lo que les estaba contando. Cuando terminó de relatar su experiencia, Bruno señaló:

—Pues yo siempre lo he visto muy atento con sus fans.

—Sí, en la tele se ve que atiende a todo el mundo con una sonrisa —añadió Roberto.

—Claro, porque hay cámaras delante —dijo Sara desdeñosamente.

—En resumen —concluyó Héctor—, que no has conseguido el autógrafo.

—Tal y como suponíamos —añadió Mateo—. Yo creo que no has podido ni acercarte y que te has inventado todo eso para justificar tu fracaso.

—Sí, y eso significa que tu honor y tu orgullo nos pertenecen —se burló Lucas.

Sara iba a contestar, pero entonces llegó Sam.

—¡Ya estoy aquí! —resopló—. Uf, la de cola que había para ir al servicio, macho. Ah, por cierto, te has dejado esto en mi mochila. —Y le tendió una libreta abierta por una página que tenía un extraño garabato.

Sara abrió la boca para responder que la libreta no era suya cuando, de repente, se dio cuenta de lo que ponía en el papel: D. Casaña.

—No puede ser —murmuró, atónita.

—No, desde luego —coincidió Sam—. Con lo que nos ha costado conseguir la firma del pavo ese y vas y te la dejas en cualquier lado. Ya sé que te ha caído mal, pero oye, es un trofeo de guerra.

Los Halcones habían arrebatado a Sara la libreta y se la pasaban unos a otros, examinando el garabato.

—Seguro que es una falsificación —gruñó Lucas con disgusto.

—No, no, la firma de Casaña es así, que mi primo compró un póster con las firmas de todos y era igual que esa —dijo Roberto con respeto.

Mateo pasó el dedo por encima del papel para asegurarse de que no fuera una fotocopia. Pero los surcos que había dejado el bolígrafo sobre la hoja no dejaban lugar a dudas.

Finalmente, los chicos se convencieron de que, en efecto, había sucedido lo impensable: Sara y Sam habían conseguido un autógrafo de Casaña, el goleador del Central. Héctor levantó la mirada de la libreta y se la devolvió a Sara con una reverencia.

—Señorita, estoy impresionado; en efecto, has ganado la apuesta.



Sara volvió a enrojecer, pero esta vez de orgullo y alegría.

Regresaron todos juntos al barrio donde vivían, comentando las mejores jugadas del partido. Sam, sin embargo, iba un poco rezagado; los Halcones no le prestaban mucha atención, como si no existiera. Finalmente, Sara se despidió de ellos y se quedó a solas con Sam.

—¡Bueno! —exclamó, con los ojos brillantes—. ¡Me tienes que contar cómo lo has hecho!

—No ha sido difícil —respondió Sam con cierto aire de falsa modestia—. Solo me he hecho pasar por mensajero. ¿Recuerdas el sobre gordo que traía en mi mochila? Es un paquete que me ha llegado esta mañana. Le he quitado la etiqueta y he vuelto a colarme en los vestuarios diciendo que era un envío para el señor Casaña y que tenía que firmarme el acuse de recibo.

—¿Y te ha creído? —preguntó Sara con escepticismo.

—Bueno, soy muy convincente, y además me importa un rábano lo que diga o haga el tío ese, así que no me ha podido confundir con un fan cualquiera. Le he dicho que tenía prisa, que espabilara, que si no me firmaba no le daba el paquete, y que a mí me daba igual si se lo entregaba o no, sin firma no había sobre. Vamos, la actitud de un chaval currante al que le da lo mismo entregarle un paquete a un jugador famoso que a Perico de los Palotes.

—Pero Sam, si todavía tienes trece años, ¿no le has parecido demasiado joven?

—Sí, y algo me ha comentado, pero me he hecho el ofendido en plan «los-bajitos-también-tenemos-derecho-a-existir» y al final me ha firmado el papel para que lo dejara en paz, creo yo. Quizá se haya dado cuenta de que era un timo, pero me parece que el truco le ha hecho gracia y todo. Me pregunto —añadió súbitamente, pensativo— si le gustarán los tres primeros volúmenes de *Ultimate X-Men*.

—¿Eso es lo que venía en el paquete que le has dado? —soltó Sara, estupefacta—. ¿Cómics?

—Oye, que son buenos cómics —se defendió Sam—. Tendré que volver a pedirlos. Bah, estaban de oferta —concluyó, como si eso lo arreglara todo.

Sara se lo quedó mirando. Le parecía increíble que Sam hubiese conseguido aquel autógrafo casi sin despeinarse, y todo para que ella quedara bien delante de los Halcones. Sin poder contenerse, le dio un abrazo.

—Oye, oye, efusiones, las justas —protestó él; pero se había puesto rojo.

—Te debo otra —dijo Sara sonriente—. Y van...

—Muchas —suspiró Sam—. Tendré que pedirle a Vicky que haga una lista.

Fueron juntos hasta el portal de la casa de Sara; Sam había decidido acompañarla «porque hoy me siento generoso», de modo que se despidieron allí.

—Bueno... pues lo hemos pasado bien —dijo Sara.

—Sí, quién me lo iba a decir a mí —respondió Sam—. De todas formas, el año que viene te regalo otra cosa para tu cumpleaños, ¿eh? Que esto de las entradas me ha dado mucho trabajo, antes de regalártelas y después.

—Me parece justo —rio Sara.

Se despidieron, y ella subió a su casa. Lo primero que hizo al entrar en su cuarto fue, tal y como le había dicho a Sam, quitar el póster de Casaña que había sobre su cama. El autógrafo, sin embargo, decidió conservarlo, no solo por lo que les había costado conseguirlo, sino también porque le traía buenos recuerdos de aquella tarde.

Bruno la vio tirando el póster a la basura y comentó:

—Pues sí que debe de ser un tío borde.



10

En baja forma

Para sorpresa de Sara, pronto corrió el rumor en el colegio de que Sam y ella habían conocido al famoso Casaña, del Central. Héctor y sus amigos lo habían contado al resto de sus compañeros de los Halcones, y las chicas del equipo femenino acabaron enterándose. A algunas no las alteró la noticia porque ni siquiera sabían quién era Casaña, pero Eva estaba emocionadísima y hasta Alex parecía impresionada. Por su parte, Ángela y Alicia no paraban de perseguir a Sara pidiéndole detalles («¿Era tan guapo como en la tele?», «¿Cómo era de alto?», «¿Qué te dijo?», «¿Te sonrió?»), y no parecían afectarles las respuestas de Sara, que no se cansaba de repetir que no era una persona tan agradable como parecía. Al contrario, soltaban un suspiro de ensoñación cada vez que la capitana de las Goleadoras mencionaba su nombre.

A Sam lo irritaba más que a Sara el hecho de que su excursión del sábado anterior fuese ahora de dominio público. Sus amigos no dejaban de tomarle el pelo, primero, por haberse dejado ver en un ambiente tan «antifriki» como lo era un partido de fútbol de primera división, y segundo, por haber ido a solas con una chica.

—Fui por hacerle un favor, y punto —replicaba una y otra vez—. Somos amigos y ya está.

Por suerte para Sara —Sam aún tuvo que soportar los comentarios maliciosos durante mucho más tiempo—, las Goleadoras pronto tuvieron

otras cosas en que pensar. El tiempo había mejorado y no había muchas posibilidades de que se suspendiera el próximo partido que tenían, contra el colegio Europa. Los entrenamientos seguían siendo más duros de lo habitual porque a todas les costaba volver a coger el tono, incluso a las que, como Sara, Alex y Eva, habían quedado para pelotear en el solar a lo largo de las vacaciones.

—¡Ah, esto no puede ser, nos van a machacar! —se desesperó Vicky en el siguiente entrenamiento tras volver a caerse de culo al tratar de chutar un balón.

—David, tú dijiste que en un par de sesiones volveríamos a estar en forma —dijo Sara con cierta preocupación—, pero yo no veo que mejoremos.

—Sí, estamos más lentas y torpes que de costumbre —comentó Carla.

—Demasiado turrón —dijo Fani, poniéndose colorada de nuevo.

—Vamos, vamos, no os preocupéis. —David sonrió—. Quizá necesitéis un par de entrenamientos más, pero no tardaréis en estar a punto, ya lo veréis. Fijaos en Eva: se perdió un montón de ellos cuando estuvo castigada y, aun así, en cuanto volvió al equipo marcó un gol en el primer partido que jugó.

Hubo murmullos de asentimiento, aunque las chicas aún no parecían muy convencidas.

—Si os quedáis más tranquilas —dijo David—, podemos entrenar también el viernes.

Y todas, incluso Vicky, estuvieron de acuerdo. Pero, además de eso, Sara les sugirió después del entrenamiento que aprovecharan también el miércoles por la tarde para ir a pelotear al solar. La propuesta tuvo menos éxito que la de David, porque ya eran muchos días seguidos jugando al fútbol, y Eva, por ejemplo, tenía prohibido salir de casa los días que no tuviera que ir a entrenar.

De todas formas, las chicas se aplicaron mucho. Habían terminado el primer trimestre con la moral muy alta tras el empate contra el Montesol, y no les hacía ninguna gracia comprobar lo mucho que había empeorado su juego desde entonces. No tenían muchas referencias sobre el Europa; esperaban que no fuera un equipo muy complicado, pero, aun así, sabían que tenían que jugar bien para obtener un buen resultado.

De modo que se aplicaron a fondo a lo largo de la semana. También reaparecieron en los entrenamientos Edu e Iván, dos chicos que no habían sido aceptados en los Halcones y que jugaban con ellas de vez en cuando

para seguir aprendiendo y mejorando. El mal tiempo primero y las vacaciones después los habían apartado del equipo femenino, pero regresaron con muchas ganas. A las chicas les alivió comprobar que también ellos parecían un poco más torpes de lo normal.

Por fin llegó de nuevo el sábado, y a Sara no le parecía que hubiesen mejorado mucho. Por fortuna, les tocaba jugar el partido en su propio colegio, lo cual les aseguraba no solo un entorno familiar, sino también la presencia de más hinchas en las gradas. Las niñas del club de fans habían confeccionado una nueva pancarta que decía: «¡ÁNIMO, GOLEADORAS! ¡A POR LA LIGA!», lo cual le pareció muy exagerado a Sara, porque su equipo estaba por la mitad de la clasificación más o menos, lejos de los primeros puestos.

—Se han enterado de que ese es el último partido de la primera vuelta —explicó Isa.

—Bueno, la verdad es que no lo hemos hecho tan mal —comentó Vicky—. Hemos ganado dos partidos, perdido otros dos y empatado también dos. Para ser novatas no es un mal balance.

—Pero la primera vuelta aún no ha terminado —señaló Sara—. Nos falta jugar contra el Liceo, ¿recordáis?, el partido que se suspendió por la lluvia.

—De todas maneras, primero tenemos que jugar ese —dijo Alex con decisión—, así que moved el culo y a calentar.

Las chicas del colegio Europa ya trotaban por la otra banda. Llevaban una sencilla equipación de color azul claro, y Sara se quedó mirándolas, preguntándose si serían buenas. Por lo que sabían, también era la primera vez que aquel equipo participaba en la liga interescolar.

En cuanto a las Goleadoras, aquel día estaba presente todo el equipo, por lo que eran doce. En esta ocasión, Fani no tuvo ningún inconveniente en quedarse en el banquillo, y Julia dijo que jugaría, para sorpresa de todas. Poco a poco iba acostumbrándose a los partidos oficiales, aunque se la notaba más relajada cuando jugaban en casa.

—Como es importante que juguéis todas —dijo David—, Fani saldrá en el segundo tiempo.

—¿Y a quién sustituirá? —quiso saber Carla.

—Ya veremos —fue la respuesta.

Por fin comenzó el partido. Sara se dio cuenta de que la portera del equipo Europa animaba a sus compañeras, y la observó con curiosidad, porque sabía que se trataba de la capitana. Era una chica alta y morena, de

nariz respingona y rostro bronceado. Vicky le había comentado que debía de ser buena, porque el Europa había encajado pocos goles en lo que iba de liga.

—O eso, o tienen una defensa muy, pero que muy eficaz —había dicho mientras estudiaba los resultados de sus rivales.

Sin embargo, y a pesar de todo, en la clasificación no iban mucho mejor que las Goleadoras.

Sara sacudió la cabeza y trató de centrarse en el partido.

Comenzaron atacando las Goleadoras, pero se movían con más lentitud y torpeza que de costumbre. Al ver cómo fallaban en los pases, Sara se acordó de aquellos primeros entrenamientos, cuando se preparaban para jugar contra los Halcones. Las jugadoras del Europa cerraron filas para tratar de detenerlas, y cuando lo consiguieron, montaron un contragolpe.

Sin embargo, tampoco ellas andaban muy finas. Una de las centrocampistas quiso pasar el balón a su compañera más cercana cuando Eva le salió al paso, pero le dio excesivamente fuerte y la pelota se fue demasiado lejos. Alicia cortó el pase y avanzó hacia el campo contrario, y Sara se relajó un poco: Ángela corría muy cerca de su amiga y entre las dos conseguirían llevar el balón hasta el mismo borde del área rival. Sus compañeras las siguieron muy de cerca, esperando montar un ataque. Pero, de pronto, sucedió lo imprevisto, lo que jamás había ocurrido antes, ni siquiera en los primeros tiempos del equipo: Ángela y Alicia no se coordinaron a la hora de hacer un pase y perdieron el balón de la manera más tonta.

Hasta ellas se quedaron de piedra, sin poder creer lo que había pasado. Las Goleadoras que corrían tras ellas se frenaron de golpe, intentando entender cómo era posible que Ángela y Alicia hubiesen fallado, sin más, su jugada favorita (la única que les salía bien, de hecho). Sara reaccionó:

—¡Atrás, atrás! —ordenó, y sus compañeras se replegaron desesperadamente.

A trancas y barrancas, las delanteras del Europa llegaron hasta el área rival, y la jugadora que llevaba el balón se encontró en una posición perfecta para rematar a puerta. Carla dudó un momento, sin saber si debía esperar el disparo o adelantarse para tratar de detener el balón. Por fin, la delantera lanzó a puerta... con tan mala fortuna que la pelota se fue a las nubes, muy por encima del larguero.

Las Goleadoras respiraron aliviadas.

El resto de la primera parte fue un cúmulo de despropósitos. Las jugadoras de uno y otro equipo metían tanto la pata que los hinchas de ambos bandos dejaron de animarlas porque les daba vergüenza. Cuando el árbitro señaló el inicio del descanso, todas se reunieron con sus respectivos entrenadores, con la cabeza gacha y arrastrando los pies.

—Tías, qué desastre —se lamentó Alex—. Creo que jamás en la vida hemos jugado tan mal.

—Sí —asintió Mónica—. Menos mal que las del otro equipo tampoco se están luciendo, precisamente, que si no...

—Eso es lo que más rabia me da —dijo Alex—, que si estuviésemos jugando bien, les daríamos una paliza.

—Bueno, yo no creo que sean tan malas —intervino Fani—. Quizá es que están en baja forma, como nosotras, porque...

—... han comido demasiado turrón estas Navidades, sí, ya lo sabemos —suspiró Vicky—. Puede ser.

—Pero las vacaciones terminaron hace dos semanas —dijo Dasha—. Ya deberíamos haber cogido el ritmo otra vez.

—Aun así —dijo Eva—, yo pienso que estamos jugando mejor que en el primer entrenamiento del año. Reconocedlo, ese día lo hicimos de pena.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Mónica.

—Pues que poco a poco vamos recuperándonos, claro. Ya veréis cómo después de una semana más de entrenamiento volvemos a jugar como siempre.

—O mejor —añadió Isa.

—Estoy totalmente de acuerdo —asintió David—. Así que dejad de preocuparos y tratad de jugar lo mejor que podáis y de disfrutar del partido, ¿vale?

Finalmente, y como Mónica decía que le dolía un poco el pie, Fani salió al campo en el segundo tiempo sustituyéndola, de modo que Alex pudo volver a la delantera.

Cuando se reanudó el partido, las Goleadoras comenzaron atacando y en esta ocasión sí que rondaron un poco más la portería del Europa. Tras varios intentos y un último tira y afloja, Sara se encontró de pronto sola delante de la guardameta rival. Se apresuró a lanzar un tiro rasante, pero le dio mal al balón y ese avanzó dando saltitos ridículos a velocidad de caracol. La portera se lanzó a cogerlo. Lo tenía muy fácil, pero resbaló incomprensiblemente en el último momento y la pelota se le escapó de las

manos. Muy nerviosa, Sara volvió a intentar un disparo, pero se precipitó, le dio una patada al aire y se cayó de culo, exactamente como le solía pasar a Vicky. En esta ocasión, la portera y capitana del Europa agarró bien el balón. Tras el susto, las dos cruzaron una mirada de circunstancias y se echaron a reír a carcajadas.

—¡Mira que estoy torpe! —dijo la portera.

—Pues anda que yo... —suspiró Sara—. Te juro que normalmente no habría fallado un gol tan cantado como ese.

—Ni yo habría dejado escapar un balón tan fácil, qué te has creído. Lo que pasa es que hoy parece que nos hayan echado una maldición.

—Qué va, la culpa es del turrón.

La portera se la quedó mirando un momento y se echó a reír otra vez. Aún sonriendo, Sara se levantó de un salto y tendió la mano a la capitana del Europa para ayudarla a incorporarse.

—¡Con turrón o sin él, vamos a ganar este partido! —le advirtió cuando Sara ya se alejaba.

—¡Eso habrá que verlo! —respondió ella de buen humor.

—Recuerda que son rivales, no colegas —le dijo Alex mientras las dos regresaban a su campo.





Sara se encogió de hombros.

—Es maja —comentó.

—Será todo lo maja que quieras, pero nuestro objetivo es meter un gol en su portería, ¿eh?

Sara le aseguró que no lo olvidaba.

A medida que fue avanzando el partido, tanto el Europa como las Goleadoras fueron mejorando un poco, y en los últimos minutos ya casi jugaban como de costumbre. Resultó que Fani tenía razón: el equipo del colegio Europa no era malo del todo, y poco a poco, a medida que iban cogiendo el ritmo de nuevo, mostraban sus verdaderas capacidades. Hacia el final del partido, la cosa mejoró tanto por parte de ambos equipos que los hinchas volvieron a quedarse sin voz de tanto animarlos. Uno y otro conjunto atacaban la portería rival sin tregua, y las jugadoras iban de uno a otro campo buscando marcar el gol que desempatará el marcador. La portera del Europa demostró ser buena, porque paró un par de lanzamientos complicados e incluso despejó un potente tiro de Alex que

parecía ser un gol cantado. Pero también Carla hizo un buen papel. Al principio del partido se había mostrado un poco más lenta y torpe de lo normal; sin embargo, poco a poco fue calentándose y en los últimos minutos volvía a saltar como una ardilla, impidiendo que el balón entrase en su portería.

Para cuando el árbitro pitó el final del partido, el marcador seguía cero a cero, pero todo el mundo se lo estaba pasando en grande. Tras los errores de la primera parte, los dos equipos habían terminado ofreciendo un buen espectáculo. En el fondo, todo el mundo pensaba que un empate era el resultado más justo, aunque se echaba de menos algún que otro gol para que el partido hubiese sido más emocionante todavía.

—¿Lo veis? —les dijo David a sus pupilas en cuanto se reunieron en torno a él—. ¡Ya estáis recuperando el tono! Era cuestión de ponerse a trabajar un poquito. Y de ahora en adelante ya solo mejoraréis.

Animadas por esa perspectiva, Eva y Sara echaron una carrera hasta la fuente. Allí estaba ya la portera del Europa. Sara y Eva esperaron su turno para beber, y la otra chica se detuvo junto a ellas cuando ya se iba.

—Buen partido —comentó—. Qué pena que no hayamos jugado desde el principio como lo hemos hecho al final.

—La próxima vez lo haremos mejor —sentenció Sara, y descubrió, sorprendida, que era la segunda frase de Fani que citaba aquel día.

La otra sonrió.

—Me llamo Lidia —dijo—. Espero que nos veamos en la segunda vuelta.

—Claro —asintió Sara—. Yo soy Sara, y ella es Eva.

—Yo también lo he pasado bien —dijo Eva—. Qué pena que no haya habido goles.

—En el partido de vuelta los habrá —le prometió Lidia.

—Sí, en tu portería —dijo Sara.

—¡Eso habrá que verlo! —Lidia sonrió.

Se despidieron de ella, pero antes de que se alejara demasiado, Sara tuvo una idea y la llamó de nuevo. Lidia se volvió intrigada.

—Estaba pensando —dijo Sara— que no tenemos por qué esperar al partido de vuelta. Nosotras solemos quedar para jugar en un solar cerca de nuestro colegio, fuera de entrenamientos, y casi siempre nos falta gente para hacer un partido como Dios manda. Cuando queráis podéis acercaros y peloteamos un poco.

Lidia la miró, un poco sorprendida, tratando de evaluar si lo decía en serio. Pero Sara no bromeaba.

—Bueno, vale —dijo por fin, encogiéndose de hombros—. ¡Yo siempre me apunto a lo que sea si hay un balón de fútbol de por medio!

—¡Ese es el espíritu! —exclamó Eva.

Cuando por fin abandonaron el colegio, las Goleadoras estaban bastante más animadas. Sara les contó su conversación con Lidia y, aunque a algunas no les pareció bien que hubiese invitado a chicas de un equipo rival a jugar con ellas, el partido de vuelta parecía estar muy lejos, y no tardaron en encontrarle ventajas al asunto.

—Estaría bien jugar con otra gente con un estilo diferente —dijo Vicky, pensativa—. Seguro que aprendemos un montón y, además, así conoceremos mejor su juego para el partido de vuelta.

—¡Y ellas, el nuestro! —Gruñó Alex—. No me parece buena idea.

—Míralo por el lado bueno —dijo Sara—, así no tendrás que esperar tanto tiempo para marcarle un gol a Lidia, que sé que te has quedado con ganas.

Alex lo meditó.

—Pues también es verdad —dijo finalmente.

—Chicas, ¿no habéis echado de menos a alguien hoy? —dijo entonces Eva.

Sara no dijo nada.

—¿A quién? —se extrañó Vicky—. Si estábamos las doce, y ya sabes que lo de Jessi fue una cosa puntual.

—¡Alas mascotas! —exclamó Alicia.

—Sí, hoy no han venido a vernos —añadió Ángela.

—¿Quiénes? —se extrañó Isa.

—Sam y sus amigos —respondió Mónica, lanzando una mirada de reproche a las dos chicas—. Ángela y Alicia tienen la manía de decir que son las mascotas del equipo, lo cual me parece ofensivo y vejatorio, y pienso que deberían dejar de hacerlo.

—Pues sí que es raro que no hayan venido —comentó Ángela sin hacerle caso.

—Sí, porque, como todo el mundo sabe, Sam y Sara están saliendo juntos —añadió Alicia.

Sara dio un respingo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿De dónde os habéis sacado eso?

—Hala, ¿estáis saliendo? —se asombró Fani.

—Se veía venir —comentó Carla—, con tanto secretito...

—¡Que no estamos saliendo! —Se enfadó Sara.

—Pues te has puesto toda roja.

Sara se tocó las mejillas y se dio cuenta de que era verdad: estaba ardiendo, lo que significaba que su cara estaría, probablemente, tan roja como su pelo.

—¡Me da igual! Sam y yo somos solo amigos. ¿De dónde os habéis sacado que estamos saliendo?

—Todo el mundo lo dice —dijo Alicia.

—Sí, sí, como os vieron juntos el sábado pasado en el partido del Central... —añadió Ángela.

—Jo, Sara, debes de gustarle mucho, porque mira que acompañarte a un partido de fútbol con lo *friki* que es... —dijo Carla.

—¡QUE NO ESTAMOS SALIENDO! —estalló Sara, y varias de sus amigas retrocedieron un paso, sobresaltadas.

—Bueno, vale, no hace falta que te pongas así.

—Sara y Sam no son pareja, lo sé de buena tinta —intervino Eva, lanzando a Sara una mirada significativa, lo cual provocó que ella se pusiera colorada de nuevo.

Carla colocó la antena inmediatamente.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? ¿Estás saliendo con otro?

—No estoy saliendo con nadie —gruñó Sara—. ¿Podemos dejar ya de hablar de mi vida sentimental, que, por cierto, no existe, así que no hay nada de que hablar?

—Sara no tiene novio, doy fe —intervino Vicky—. Si fuera así, yo lo sabría.

Sara se sintió un poco culpable porque no le había contado a Vicky que le gustaba Héctor, y en cambio Eva sí que lo sabía. Pero no le pareció el mejor momento para decírselo, con todo el equipo delante.

—Y, de todas formas, ¿a vosotras qué os importa? —protestó.

—Sara tiene razón, toda mujer tiene derecho a tener su vida privada —sentenció Mónica.

—Tías, yo me abro, que esta conversación me aburre desde hace rato —dijo Alex.

Y aquello puso fin a la discusión. Para alivio de Sara, algunas de las chicas se fueron a casa, y las que se quedaron volvieron a comentar el partido. Sin embargo, ella permaneció callada y pensativa. No le hacía gracia que medio colegio pensara que estaba saliendo con Sam, y todo

porque habían quedado una tarde para ver un partido. Pero estaba empezando a aprender que así eran las cosas, que los cotilleos estaban a la orden del día y que era una de las desventajas de entrar en la adolescencia. Y entendió por qué Sam y sus amigos no habían ido a verlas al partido: seguramente, los rumores habían llegado también a oídos de Sam, y aquella era su manera de tratar de desmentirlos. «Si no nos ven juntos durante un tiempo —pensó—, tal vez la gente se olvide de que nos vieron el sábado en el estadio». Sabía que el rumor tenía que haber partido del grupito de Héctor y sus amigos; aunque quizá ellos se habían limitado a comentar que Sam y Sara habían conseguido un autógrafo de Casaña, y otras personas, gente como Ángela y Alicia, se habían encargado de sacar sus propias conclusiones al respecto. De pronto se le ocurrió pensar que, si el rumor había llegado a oídos de Héctor, quizá se pusiera celoso. «Despierta, Sara —se riñó a sí misma—. Él pasa olímpicamente de ti». Pero, aun así, no pudo evitar soñar que quizá no fuera una idea tan descabellada... y el corazón empezó a latirle un poquito más deprisa.



11

Se acerca San Valentín

Pronto, las cosas volvieron a la normalidad. Las Goleadoras se volcaron en los entrenamientos, con tranquilidad, porque aún faltaba casi un mes antes de que comenzara la segunda vuelta. Con el paso de los días, y debido también a que Sam y Sara se evitaban casi inconscientemente, el rumor de que estaban saliendo juntos se apagó y fue sustituido por otros cotilleos más recientes. Así, Sara pronto se olvidó del partido del Central y de la tarde que había pasado con Sam, y se sumió en la rutina de todos los días: ir a clase, hacer los deberes, jugar al fútbol en los entrenamientos y también en los ratos libres. Los sábados, como ya no tenían partidos, iban al solar a pelotear un rato. Un día quedaron con algunas de las chicas del Europa y lo pasaron tan bien que repitieron en varias ocasiones más.

Así, poco a poco, fueron pasando los días, hasta que una mañana, Sara y sus amigas encontraron a los chicos de primero, pero especialmente a las chicas, más revolucionados que de costumbre.

—¿Qué os pasa a todos? —le preguntó Vicky a Isa, cazándola al vuelo en un pasillo—. ¿Os vais de excursión o algo así?

—¡Qué va, qué va! —respondió ella—. Es que la profe de plástica ha organizado un concurso entre las tres clases de primero. Cada clase tiene que decorar un piso del edificio para San Valentín, y la que mejor lo haga iganará el premio!

—¿San Valentín? —repitió Vicky un poco perpleja.

—El día de los enamorados, que no te enteras —aclaró Ángela con aire de superioridad.

—Sí, sí, el día que intercambias regalos con tu novio si lo tienes —añadió Alicia.

—O te declaras al que te gusta si te atreves.

—O llevas algo rojo para anunciar al mundo que estás por alguien aunque no te atrevas a decir quién!

—¿Todo eso? —farfulló Vicky desconcertada.

Ángela y Alicia parecían encantadas de haber encontrado un tema acerca del cual ellas sabían más que Vicky.

—Pues claro, ¡no me digas que nunca habías oído hablar de San Valentín! —se escandalizó Alicia.

—¡Hay que ser ignorante! —se burló Ángela.

—A ver, si os referís a la semana en la que tooodas las tiendas de la ciudad se llenan de corazones y lazos rojos superhorteras, sí, claro que sé lo que es —replicó Vicky con dignidad—. Habría que estar cegata para no enterarse. Pero, la verdad, siempre me ha parecido más una operación de *marketing* agresivo que la celebración de un verdadero sentimiento.

—¡Estoy totalmente de acuerdo contigo! —declaró Mónica.

—¡Bah! —dijo Ángela decepcionada—. ¡Aguafiestas!

—Vámonos —dijo Alicia con la nariz bien alta—. No vale la pena que intentemos explicar a estas dos lo que significa San Valentín.

—No, no lo entenderían. Seguro que es porque ningún chico se fija en ellas, ¡pobrecillas!

Aquella afirmación era totalmente absurda porque todas sabían que la mitad de los chicos de secundaria estaban colados por Mónica, pero aun así, ellas se alejaron entre risitas y comentarios despectivos.

—Déjalas —suspiró Mónica—. Les gusta vivir en su azucarado mundo de corazones de color rosa.

—¡Corazones de azúcar! —exclamó de pronto Isa, sobresaltándolas a todas—. ¡Qué gran idea! ¡Se lo voy a decir a los de mi clase y ganaremos el premio! ¡Wiiiiiii!

Y se alejó a todo correr.

—Lo que nos faltaba —gruñó Alex—. Por si fuera poco tener que aguantar que las pavas de siempre estén más hormonadas que de costumbre, ahora pretenden llenar todo el cole de lazos y corazones.

—Déjalas que se diviertan. —Eva sonrió—. No tiene nada de malo.

Alex abrió la boca para discutir aquella afirmación, pero justo entonces sonó el timbre que indicaba el final del recreo y tuvieron que regresar a clase.

De modo que desde aquel día fue totalmente imposible ignorar que a la semana siguiente se celebraría el día de San Valentín. Al final, para desesperación de Alex, no se hablaba de otra cosa, aunque Terminatrix no era la única que renegaba de tan señalada fecha. Como para demostrar que no tenían la menor intención de dejarse envolver por el almibarado ambiente general, el Trío se presentaba en clase con ropa aún más siniestra que de costumbre: bestiales orcos, terroríficos dragones y repulsivos zombis adornaban sus camisetas y hacían pensar en cualquier cosa menos en el amor y el romance.

Su «rebelión» ganó adeptos, y pronto todos los alumnos que se negaban a participar en el juego lo declararon con una vestimenta más oscura de lo habitual. En respuesta, los partidarios de San Valentín comenzaron a llevar a clase prendas que exhibían corazones o marcas de besos, o simplemente de color rojo o rosa. Y luego, por supuesto, estaba el tercer grupo, que ni se manifestaba a favor ni en contra, sino que simplemente se limitaba a vivir su vida como si todo aquello no fuera con ellos. Sara se mantenía discretamente en este último grupo, aunque no podía evitar mirar a los «sanvalentineros» con cierta envidia. También se le iban los ojos, más que nunca, detrás de Héctor, y se preguntó por primera vez si tendría valor para confesarle lo que sentía por él. Ya casi había decidido dejar pasar la oportunidad, cuando al lunes siguiente, a primera hora, entraron en su clase dos chicas de primero. Llevaban un montón de sobres de color rosa en la mano.

—¡Buenos días a todos! —dijo una de las niñas cuando consiguieron que los de segundo les prestaran algo de atención—. Como sabéis, las tres clases de primero estamos participando en un concurso para plástica que se llama «Decora San Valentín». Una de las cosas que hemos hecho en 1.º A es un montón de estas tarjetas. —Y las levantó en alto para que todos las vieran.

—Las llamamos «tarjetas chivatas» —añadió la otra chica—. Sirven para decirle a la persona que te mola lo que sientes por ella si tú no te atreves a decírselo en persona.

—Tienen un espacio para que pongáis vuestro nombre, pero si queréis que la tarjeta sea anónima, pues no ponéis nada y ya está.

—Y podéis darlas en mano, enviarlas por correo, o dejarlas en la mochila o en la mesa del interesado —concluyó triunfante la niña de primero.

Los de segundo acogieron la noticia entre murmullos de excitación y escepticismo. Las dos niñas de primero pasaron por todas las mesas repartiendo sus tarjetas, mientras los que las recibían las contemplaban con curiosidad.

Sara abrió su sobre. Dentro había una sencilla cartulina adornada con corazones, en la que ponía: «Para... De parte de... Tengo que decirte que...», con espacio suficiente para poner todos los datos necesarios. Oyó vagamente que los gemelos les pedían más tarjetas a las niñas de primero con la excusa de que ellos tenían «muchas novias a las que camelarse», pero no prestó atención a la discusión que se generó después, cuando ellas se negaron a darles ni una sola más. Contemplaba la tarjeta con el corazón latándole con fuerza. ¿Se atrevería a dársela a Héctor? Quizá... si no se la entregara en mano..., así no tendría que pasar por la vergüenza de ver la cara que ponía. O tal vez si ni siquiera la firmaba..., así, Héctor sabría que había una chica que estaba por sus huesos, pero no sabría quién, lo que le daría un poco más de margen de maniobra.

Sacudió la cabeza. Todavía quedaban tres días para San Valentín, así que tendría tiempo de sobra para decidir qué era lo que iba a hacer.

En la hora del recreo, de nuevo, la conversación fue monotemática.

—¿Habéis visto las tarjetas chivatas? —dijo Carla con los ojos brillantes—. ¡Si es que lo que no se les ocurra a estos chavales...!

—¡Pues a mí me parece buena idea! —dijo Ángela.

—Sí, sí, y como todo el mundo tiene una, así no quedas mal si la usas, porque mucha gente lo hará —añadió Alicia.

—Pues yo la voy a usar así —declaró Alex, y, con parsimonia, rasgó la tarjeta varias veces hasta dejarla hecha trocitos muy pequeños.

—Hala, qué radical eres —dijo Mónica—. Pues yo no la voy a usar, porque creo que estas cosas hay que decirlas a la cara, pero la guardaré de recuerdo. Después de todo, están hechas a mano y le ha costado su tiempo y esfuerzo a alguien.

—Pues que hubiera invertido su tiempo y su esfuerzo en algo menos monas —gruñó Alex.

—Oye, no os creáis que hacen todo esto por amor al arte —intervino Vicky—. El premio para la clase ganadora del concurso es una semana en la nieve.

—¿¡Qué!? —saltó Eva—. ¿Y por qué solo pueden participar los de primero? ¡Yo también quiero ir!

—¿Tú estás loca? —dijo Alex—. Si solo con las tres clases de primero nos van a llenar el colegio de adornos cursis, no quiero ni pensar cómo quedaría si participase todo el mundo.

—¡Como un gigantesco pastel de merengue! —se rio Eva.

—Qué rico —comentó Fani.

—¡Y moriríamos por sobredosis de azúcar! —añadió Carla.

Varias de las chicas se echaron a reír. Pero Ángela y Alicia estaban serias.

—Oye, que el amor no es cosa de risa —dijo Alicia, muy digna.

—¿Es que a ninguna de vosotras os gusta nadie? —añadió Ángela.

La conversación se desvió hacia un terreno peligroso, y Sara se excusó diciendo que tenía que ir al servicio para que no le hicieran contestar a aquella pregunta. Pero, en lugar de regresar a las gradas después, se fue a la biblioteca a terminar los deberes de inglés.

Allí se encontró con Julia, y fue a sentarse junto a ella. La descubrió relleno afeitosamente una de las «tarjetas chivatas»; como ella no se había percatado de su presencia, Sara carraspeó suavemente para hacerse notar. Julia dio un respingo, escondió a toda prisa la tarjeta dentro de su libreta de tapas rojas y la apretó contra su pecho posesivamente.

—Tranquila, que no tengo interés en leer nada —dijo Sara, un poco molesta por la mirada desconfiada que le dirigió su amiga—. Solo venía a estudiar.

—Ah, claro —murmuró ella—. Sí, sí, yo también tengo deberes que hacer.

Guardó en su mochila su inseparable libreta roja y sacó el libro de matemáticas. Pronto, las dos estuvieron centradas en sus respectivos libros de texto, aunque los pensamientos de Sara iban en otra dirección.

Estaba claro que Julia pensaba usar la «tarjeta chivata». Como era una chica muy retraída, no solía compartir cosas personales con sus compañeras de equipo, aunque estaba claro que sí le gustaba alguien. Lo sorprendente no era eso, reflexionó Sara, sino el hecho de que pareciera dispuesta a «declararse», con lo tímida que era. Bueno, quizá tenía intención de enviar la tarjeta por correo, o quizá ni siquiera pensaba firmarla, pero, en cualquier caso, era un paso importante y ella había decidido darlo. «Yo también debería», pensó Sara, y tomó una decisión: de

una manera o de otra, en San Valentín haría saber a Héctor lo mucho que le gustaba.

El miércoles, la víspera de San Valentín, ya tenía escrita la tarjeta. Después de darle muchas vueltas, había optado por algo sencillo y directo: «Quiero que sepas que hace tiempo que me gustas mucho», y lo había firmado simplemente como «S.». Había intentado hacer una letra bonita, pero al mismo tiempo diferente a la suya, para que Héctor no la reconociera. Luego pensó que, después de todo, Héctor no sabía cómo era su letra, así que no podría reconocerla de ninguna manera. Después de escribirla la releyó varias veces, preguntándose si estaría todo correcto. Le pareció demasiado simple, quizá hasta soso, por lo cual optó por dibujar un pequeño balón de fútbol junto a la palabra «mucho». Así, Héctor podría interpretar que admiraba su pericia con el balón, lo cual era totalmente cierto, pero si era lo bastante listo, quizá intuiría que su enamorada estaba también relacionada con el mundo del fútbol. Y Sara era la única chica del equipo cuyo nombre empezaba por S, así que...

Se echó a temblar solo de pensarlo. ¿Se lo habría puesto demasiado fácil? ¿Y si lo adivinaba enseguida? ¿Pensaría que era muy descarada?

Para no seguir dándole vueltas, guardó la tarjeta en el sobre y lo cerró definitivamente. Lo llevó encima todo el día, preguntándose cómo lo iba a entregar. Y aquella tarde, mientras esperaba en las gradas a que comenzara el entrenamiento de las Goleadoras, contemplaba a los Halcones hacer ejercicios con el balón a lo largo del campo y se preguntaba si tendría valor para darle la tarjeta que contenía su declaración.

Vio entonces a Sam unas gradas más abajo, leyendo un cómic. Se saludaron con la mano y Sara bajó de un par de saltos para sentarse junto a él.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Sam.

Era prácticamente la primera vez que hablaban desde que habían ido juntos al partido, casi tres semanas atrás. Sara lo contempló a la luz de los focos. Llevaba puesta una sudadera que exhibía un monstruo horrible y sangriento todo lleno de dientes.

—Veo que tú eres uno de los «anti San Valentín» —comentó.

—Yo solo expreso mis gustos y mi personalidad a través de mi ropa —se defendió él—. Que sea o no San Valentín no tiene nada que ver.

Sara no replicó, pero sonrió un poquito. Casualmente, y coincidiendo con la llegada de San Valentín, los gustos y la personalidad de Sam se habían vuelto más oscuros y sanguinolentos que de costumbre.

—Entonces, no vas a usar esas tarjetas.

—¿Yo? ¡Ni borracho! —replicó Sam, pero la miró de reojo mientras lo decía; al ver que Sara se quedaba callada dijo—: ¿Tú sí?

—Me lo estoy pensando —respondió Sara, esquiva, mientras abrazaba con fuerza su mochila, donde tenía guardada la tarjeta para Héctor.

—Pues... quizá deberías decírselo a la cara —insinuó Sam.

—¡Qué dices! —se rio Sara—. ¡Me moriría de vergüenza! ¿Y si me dice que no?

Se había puesto roja otra vez. Sam la miraba intensamente.

—Quizá te lleves una sorpresa.

—No, no, estoy segura de que me va a decir que no —insistió Sara, desanimada de pronto—. Si yo le gustara, me lo habría dicho ya hace tiempo.





—Quizá no está seguro de lo que sientes tú.

—¿Crees que puede ser eso?

Sam se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué no? Pero deja que te dé un consejo: la gente que de verdad siente algo por alguien, lo siente todo el año, y no solo en San Valentín.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que hay trescientos sesenta y cinco días al año para declararse. Solo los borregos lo hacen el único día en el que se supone que todo el mundo tiene que hacerlo.

Sara iba a replicar, pero en aquel momento llegaron Isa y Vicky.

—¡Hola, hola! —saludó Isa—. ¿Te vas a quedar a ver cómo entrenamos, Sam?

—No, paso —respondió él, guardando el cómic en su mochila—. Ya no hay luz para leer y además tengo cosas que hacer con los colegas, así que me voy.

No había mucho más que hablar. Se despidieron de Sam y, aprovechando que los Halcones ya terminaban el entrenamiento, fueron a cambiarse de ropa al gimnasio.

Se toparon con Julia en el pasillo; Sara habría jurado que salía del vestuario de los chicos.

—Pero, Julia, ¿qué hacías ahí? —se sorprendió Vicky.

Ella se puso toda colorada.

—Yo, eh... na... nada —tartamudeó—. Es que... me he equivocado de puerta.

Era una excusa un poco tonta, pero las chicas la dieron por buena porque a veces Julia parecía estar en las nubes. Sin embargo, Sara recordaba muy bien la tarjeta chivata de su amiga, y no se le escapó el hecho de que, en aquellos mismos momentos, lo que había en el interior del vestuario masculino eran las pertenencias de los Halcones, que estaban entrenando. «¡Le gusta alguien del equipo de chicos!», pensó. Se le ocurrió de pronto que, lógicamente, debía de ser Héctor, que era quien más admiradoras tenía. Como ya una vez había sospechado que a Eva le gustaba Héctor, y luego había resultado no ser verdad, decidió no darle demasiadas vueltas. Sin embargo, existía la posibilidad de que la tarjeta de Julia fuera para el capitán de los Halcones. «Tengo que darle la mía sin falta —se dijo—. Si Julia se le ha declarado, yo he de hacerlo también, y que sea él quien elija entre las dos».

Un rato más tarde, las Goleadoras salieron al patio para entrenar. Ya estaba reunido casi todo el equipo, y comenzaron a calentar, aunque David todavía no había llegado. Sara lo descubrió al cabo de un rato junto a la fuente, mirando indeciso a Clara, la profesora de matemáticas, que se estaba despidiendo de la madre de uno de sus alumnos en la puerta del colegio. Con un suspiro exasperado, corrió hacia él.

Por fin, Clara se separó de su interlocutora y dio media vuelta para regresar al colegio. David se aclaró la garganta y dio un paso al frente, vacilante.

—Hola..., buenas tardes —saludó.

Ella se detuvo a verlo.

—¡Hola, David! ¿Qué tal?

El joven fue a contestar, pero en aquel momento llegó Sara como una tromba.

—¡Vamos, David, que tenemos que empezar el entrenamiento ya!

Y se lo llevó a rastras, ignorando el gesto desconsolado de su entrenador. Clara se rio suavemente.

—Ve, que te están esperando —dijo, y David suspiró resignado y se dejó llevar.

Las chicas estuvieron más distraídas que de costumbre en aquel entrenamiento, y hasta a David se lo veía un poco en las nubes. Finalmente, y en vista de que les costaba centrarse en los ejercicios, optaron por dedicar el resto de la hora a jugar un minipartido entre ellas.

Durante un rato, Sara se olvidó por completo de San Valentín, de Héctor y de la tarjeta que guardaba en su mochila, pero cuando se despidieron para irse a casa, los nervios empezaron a roerle por dentro, y empezó a preguntarse cómo haría para entregársela sin que él la viera. La idea de Julia era muy buena: metérsela en la bolsa de deporte mientras estuviera entrenando. Pero ya era tarde para eso, porque al día siguiente los Halcones no tendrían entrenamiento.

Aquella noche apenas durmió, trazando planes, a cual más disparatado, para acercarse a Héctor y darle la tarjeta. ¿Podría entrar en su clase durante el recreo y dejársela en el cajón de su mesa? ¿O tal vez en su taquilla? ¿O en el bolsillo de su chaqueta? Pero ¿cómo haría para llegar hasta él?



12

Tarjetas, bombones y corazones de azúcar

Cuando Sara se levantó al día siguiente, cansada, nerviosa y con ojeras, se le planteó un nuevo dilema. Recordaba lo que Ángela y Alicia habían contado acerca de vestir de rojo en San Valentín cuando se estaba enamorado, y hurgó en su armario en busca de alguna prenda de ese color. Por un lado, le apetecía que todo el mundo supiera lo que sentía, pero por otro, le daba mucha vergüenza y le parecía demasiado descarado. Además, si llevaba algo rojo, seguro que la gente le haría preguntas. Claro que siempre podría hacerse la tonta y decir: «Huy, ¿eso es lo que significa la ropa roja el día de San Valentín? ¡No lo sabía!», pero nadie la iba a creer. Lamentó no tener ropa interior roja; así, por lo menos, podría manifestar su amor por Héctor y al mismo tiempo mantenerlo en privado. «Qué tontería», pensó. Finalmente optó por llevar una camiseta de color rojo debajo de su sudadera amarilla. Hacía aún demasiado frío como para que tuviera que quitársela a lo largo del día, así que nadie se daría cuenta.

Desayunó deprisa, porque con el lío de la ropa se había entretenido más de la cuenta, y salió de casa con el tiempo justo. Se detuvo en la esquina al oír que alguien la llamaba y se sorprendió al comprobar que se trataba de su hermano Bruno; no solían ir juntos al colegio, pero esperó a que el chico llegase hasta donde estaba ella y reemprendieron la marcha.

—Oye... quería preguntarte una cosa —empezó él; parecía algo cohibido y hasta se le pusieron las orejas rojas—. ¿Tú conoces a una tal

Julia?

—Hay una chica en mi equipo que se llama así. Va a 2.º B.

—¿Julia Bonilla?

—Sí, sí, creo que se llama así. ¿Por qué?

Bruno se puso todavía más rojo y le entregó, sin una palabra, un sobre de color rosa. Intrigada, Sara lo abrió y sacó la tarjeta chivata de su interior. Asombrada, leyó:

Para: El dueño de mi corazón.

De parte de: Tu dama enamorada.

Tengo que decirte que: Estoy desesperadamente enamorada de ti desde el primer día en que te vi. Tú no sabes quién soy yo, ni siquiera sabes que existo, pero yo no dejo de pensar en ti y nada me haría más feliz que ser correspondida. Ya sé que es un sueño imposible, pero hasta las chicas invisibles tenemos derecho a soñar, ¿verdad?

Con todo mi amor.

Julia Bonilla

—No me lo puedo creer —farfulló Sara.

—Me lo encontré ayer encima de mi bolsa de deporte y como me dio mucho corte lo guardé enseguida para que no lo vieran los demás —explicó Bruno, con aspecto de sentirse muy desdichado—. Se me olvidó y lo he visto esta misma mañana.

Pero Sara seguía en estado de *shock*.

—No me lo puedo creer —repitió.

Bruno empezó a mosquearse.

—Oye, ¿tan raro te parece que le mole a una chica?

Sara volvió a la realidad.

—No, es que... verás, yo misma vi a Julia escribiendo la tarjeta y luego saliendo del vestuario de los chicos ayer por la tarde... y, bueno, pensé que la tarjeta era para alguno de los chicos mayores del equipo.

Bruno seguía enfurruñado y no contestó.

—Bruno, ella tiene casi catorce años, ¡y tú solo tienes doce! —Trató de explicarle Sara.

—¿Y qué? ¡Mamá es tres años mayor que papá y no pasa nada!

—Pero ellos son adultos, no hay tanta diferencia... De todas formas, ¿a ti te gusta Julia?

Bruno se puso colorado otra vez.

—Ni siquiera sé quién es —confesó.

—Entonces, ¿qué le vas a decir?

—¡No lo sé! —Y Bruno miró a su hermana pidiendo consejo.

Sara suspiró y volvió a echarle un vistazo a la tarjeta chivata de Julia. Realmente parecía muy enamorada, aunque puede que simplemente estuviera siendo un poco melodramática. En cualquier caso, sería duro para ella enterarse de que «el dueño de su corazón» ni siquiera sabía que existía, aunque quizá ya lo tenía asumido. Sara miró a su hermano y luchó por contener la risa. Lo veía tan canijo y tan pecoso que le parecía rarísimo que una chica de segundo estuviera colada por él. De hecho, Bruno incluso aparentaba menos edad de la que tenía.

—Bueno —dijo finalmente—, yo creo que puedes hacer dos cosas, Bruno: o hablar con ella claramente y decirle que no sientes lo mismo, o tratar de conocerla un poco mejor para ver si te gusta, aunque a lo mejor eso es darle falsas esperanzas.

—También puedo hacer como si nunca hubiera recibido la tarjeta.

—También —asintió Sara—, pero para eso no necesitabas preguntarme a mí.

—Vale, me lo pensaré —concluyó Bruno, guardando el sobre en su mochila.

Continuaron su camino en silencio, cada cual pensando en sus cosas. Sara no quería confesarlo, pero se sentía un poco molesta. ¿Cómo era posible que su hermano hubiese ligado antes que ella?

Cuando llegaron al colegio, Sara sintió que se hundía un poco más en la miseria. Los «sanvalentineros» se habían vestido con sus mejores galas para la ocasión, y los chicos y chicas de primero no habían escatimado recursos a la hora de adornar el edificio, con lo que hasta los «anti San Valentín», vestidos de negro fúnebre, parecían solo manchas borrosas en medio del ambiente general. El primer piso estaba repleto de lazos rosa y rojos, y había un pequeño Cupido de cartón pegado en la puerta de cada clase. En el segundo piso, las paredes estaban empapeladas con fotos e imágenes de las parejas más románticas de la historia y de la ficción: Romeo y Julieta, Julio César y Cleopatra, Bonnie & Clyde, los amantes de Teruel, Tristán e Isolda, la Bella y la Bestia... Bajo cada foto, rodeado de corazones de purpurina roja, había un pequeño texto explicativo que contaba la trágica historia de la pareja. Sara no subió hasta el tercer piso, donde estaban las clases de los mayores, pero Eva le contó que los de 1.º B habían adornado las paredes con corazones recubiertos de algodón de azúcar, con lo que todo el piso despedía un cierto olor dulzón.

Vicky, Eva y Sara pasaron ante la puerta del aula de 2.º A en su ruta hacia su clase, pero se detuvieron allí al escuchar el revuelo que había en

el interior.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Eva, asomando la cabeza por la puerta.

Casi todo el mundo parecía estar arremolinado en torno a un único pupitre. Ángela y Alicia se volvieron las dos a una al escuchar la voz de Eva y corrieron a contarles las novedades.

—¡Ha recibido un regalo de San Valentín! —exclamó Ángela, entre perpleja y emocionada.

—¡Sí, sí, de un admirador anónimo! —añadió Alicia.

—¿Quién ha recibido un regalo de San Valentín? —preguntó Sara.

Nadie le contestó, pero no hizo falta. En aquel momento llegó el profesor de lengua y los alumnos se fueron dispersando, un poco de mala gana, dejando respirar a la persona sentada en el pupitre. Sara y sus amigas se quedaron un momento más en la puerta, hasta que el profesor las vio y les llamó la atención:

—Y vosotras, ¿qué hacéis aquí? ¡Venga, a vuestra clase!

De modo que regresaron al pasillo, no sin antes haber echado un último vistazo al interior del aula de 2.º A para ver algo sorprendente.

Era Fani la que había recibido un regalo de San Valentín. Seguía sentada en su sitio, totalmente desconcertada, contemplando la caja de bombones que había sobre su mesa y con la tarjeta chivata entre las manos.

—¡Qué fuerte! —susurró Carla, uniéndose a ellas en el pasillo—. ¿Os habéis enterado? ¡A Fani le han hecho un regalo por San Valentín!

—No veo por qué os sorprende tanto, es una chica encantadora —protestó Vicky.

—Sí, Vicky, pero reconoce que a la mayoría de los chavales de nuestra edad eso les importa bien poco. Solo se fijan en la carrocería. Y si no, mirad a Mónica: esta mañana ya había recibido cinco tarjetas chivatas antes siquiera de llegar a su clase.

—Bueno, también Mónica es una chica maja —dijo Vicky.

Sara, sin embargo, se acordaba de lo que había sucedido a la hora de elaborar el calendario del equipo, tres meses atrás, y una parte de ella tenía que darle la razón a Carla. Pero también recordó que había un chico en concreto que sí había sido capaz de ver en Fani algo más que su aspecto.

—Pues yo sí sé de alguien a quien podría gustarle Fani —dijo casi sin darse cuenta.

—¿Quién, quién? —quiso saber Carla. Pero no hubo tiempo de seguir hablando, porque tuvieron que separarse de ella para ir a su clase.

Sara no quería reconocerlo ni siquiera ante sí misma, pero se llevó una decepción al comprobar que no había una sola tarjeta chivata ni en su taquilla ni en su mesa; tampoco en el interior de ninguno de sus libros de texto.

Escuchó a medias a la profesora de matemáticas hablar de polígonos mientras su mente divagaba. Con tanta gente y tantas tarjetas circulando por ahí, ¿cómo iba a poder acercarse a Héctor para darle la suya?

Al sonar el timbre, se encontraron con varias de sus amigas en el pasillo. El tema de conversación fue, por supuesto, el de las tarjetas.

—¿Habéis recibido alguna? —quiso saber Alicia.

—No es asunto tuyo —replicó Sara.

—Eso es que no —comprendió Ángela, y las dos soltaron una risita.

—¿Y vosotras? —preguntó Eva con curiosidad.

Ellas se pusieron un poco coloradas.

—Bueno..., todavía no...

—¡Pero queda mucho día por delante!

En la escalera chocaron con Isa, que subía en lugar de bajar y llevaba cara larga.

—¿Qué te pasa? ¿Adónde vas? —preguntó Sara.

—A vigilar los corazones del tercer piso —respondió ella con resignación— para que la gente no se los coma.

Sara, Eva y Vicky no pudieron reprimir una carcajada y bajaron hasta el patio con todos los demás. La avalancha de alumnos pilló en la puerta a David, el entrenador de las Goleadoras. Había localizado a la profesora de matemáticas y dado unos pasos en dirección a ella para abordarla, pero le resultó imposible cruzar el río de chavales que los separaba y decidió esperar a una mejor ocasión.



En el patio todo el mundo andaba nervioso, y los cotilleos estaban a la orden del día: quién había recibido una tarjeta de quién, cuántos manifestaban su amor vistiendo prendas de color rojo (Sara se subió bien el cuello de la sudadera para que no se le viera la camiseta), quiénes se habían declarado o quiénes pensaban hacerlo. Sin siquiera hablar con ella,

Sara se enteró de que la tarjeta de Fani no estaba firmada, pero llevaba un mensaje apasionado que había dejado de piedra a la destinataria. En las gradas se encontraron con ella y con la mayoría de las chicas del equipo. Mónica estaba que echaba humo.

—¡Diecisiete! —exclamó, mostrando un montón de tarjetas chivatas—. ¡Diecisiete tíos me han escrito, y a cada cual más descerebrado que el anterior!

—No puede ser tan malo, Mónica —dijo Vicky perpleja.

—¿Que no? Escucha. —Y comenzó a leer las tarjetas una por una—. «Tía, estás que crujes, sal conmigo», «Para la maciza más buenorra del cole», «Estoy locamente enamorado de todas tus curvas»... y ese es el más poético, ojo.

—Vale, retiro lo dicho —suspiró Vicky.

—Yo me conformaría con haber recibido una tarjeta como la de Fani —añadió Mónica.

Todas miraron a Fani. Tenía su caja de bombones sobre las rodillas y ni siquiera la había empezado, cosa rara en ella. En su lugar, manoseaba la tarjeta, como si no supiera qué hacer con ella.

—Léesela, Fani, que vean lo que es ser un verdadero romántico —la animó Mónica.

Como Fani no se atrevía, Carla le quitó la tarjeta y la leyó en voz alta:

Para: La bella Fani.

De parte de: Tu admirador secreto.

Tengo que decirte que: Eres la más hermosa de todas las chicas del colegio. Eres como una estrella que brilla en un cielo de alquitrán, como una flor en un campo de yerbajos. Te amo locamente y no podre ser feliz sin tu amor. Ojalá todo el mundo viera como yo la gran humanidad que ay en ti.

—Bueno, poético es un rato, sí —admitió Vicky—. Pero esas faltas de ortografía queman mis pobres retinas.

—Ay, Vicky, no seas pesada —protestó Julia con un suspiro—. ¡Es tan bonito...! Ojalá alguien me escribiera a mí algo así. ¡No me preocuparía para nada por las faltas de ortografía!

Sara la miró de reojo. Parecía emocionada y al mismo tiempo nerviosa, como si estuviera esperando que su vida cambiara en cualquier momento. Se le iban los ojos al campo de fútbol, donde los Halcones, ajenos al ajetreo sanvalentinesco, jugaban su partidillo de todos los días. Naturalmente, allí estaba Bruno también. «Voy a tener que presentarlos», se dijo.

—Pues en Rusia los regalos de San Valentín se llaman «valentinka» —dijo Dasha.

—¿Celebráis San Valentín en Rusia? —preguntó Vicky con interés.

—Bueno, no es una costumbre nuestra. Nosotros tenemos el día de Petr y Feronia, que es en julio, y tradicionalmente es el día del amor y la familia, y todo eso. Pero San Valentín se ha puesto de moda en los últimos años y mucha gente lo celebra, sobre todo los jóvenes.

—¡Cosas de la globalización! —dijo Mónica.

—¡Ojalá yo reciba muchas *valentinkas* de esas hoy! —suspiró Alicia.

—¡Y yo, y yo! —dijo Ángela—. ¡Me conformo con una tarjeta como la de Fani, aunque no lleve bombones!

—No, no, sin bombones, que engordan un montón —se apresuró a puntualizar Alicia.

—Sara, esta mañana has dicho que sabías quién había enviado la tarjeta de Fani, ¿no? —le recordó de pronto Carla.

Sara parpadeó un tanto sorprendida.

—No, yo... he dicho que conozco a un chico que podría haberse fijado en Fani, nada más.

—Bueno, mujer, pero no nos dejes con la intriga.

—No —respondió ella con firmeza—. Si la persona que ha enviado los bombones quisiera que se supiera quién es, habría firmado la tarjeta. Así que no voy a ser yo quien se chive. Además de que podría ser otra persona.

—¡Vaya! —dijo Alicia desencantada.

—¡Aguafiestas! —añadió Ángela.

Pero Sara no dio su brazo a torcer.

El resto del día pasó entre tarjetas que iban de un lado para otro, risitas y comentarios. Por supuesto, a todo el mundo le costaba prestar atención en las clases, y los profesores estaban desesperados, deseando que por fin se acabase el día de San Valentín, que tanto distraía a sus alumnos.

Cuando sonó el timbre que daba por finalizadas las clases de la mañana, Sara todavía no sabía cómo entregarle la tarjeta a Héctor. Había rondado por delante de su clase, pero siempre había gente dentro, y no se atrevía a dejar la tarjeta simplemente encima de su taquilla, por si la leía cualquier otra persona. Por suerte para ella, finalmente encontró su ocasión cuando menos lo esperaba.

Se había quedado remoloneando a la salida por si encontraba la ocasión para entrar en la clase de Héctor, pero el profesor de ciencias sociales cerró con llave la puerta del aula en cuanto salieron todos. Decepcionada, Sara bajó la escalera detrás del último grupo de rezagados, preguntándose si Vicky la estaría esperando en el patio para volver juntas a casa. Se fijó entonces en la mochila del chico que iba delante de ella porque llevaba un llavero en forma de balón de fútbol colgado de la cremallera, y le pareció simpático. Y entonces, cuando echó un vistazo al dueño de la mochila, descubrió que era Héctor.

Se quedó paralizada de miedo un momento, preguntándose si debía o no hablar con él. Caminaba algo rezagado, muy por detrás de su grupo de amigos —quizá se había entretenido en el baño o atándose los cordones de las zapatillas—, pero intentaba abrirse paso entre la gente para alcanzarlos. Y fijándose en la mochila, que llevaba un bolsillo abierto, a Sara se le ocurrió una idea.

Temblando como un flan y con el corazón latiéndole a mil por hora, miró a su alrededor para comprobar si alguien la veía. No había nadie por detrás de ella en la escalera, y los que iban por delante no le prestaban atención, de modo que, muerta de miedo, sacó su tarjeta chivata y la metió rápidamente en el bolsillo de la mochila de Héctor. Después se quedó parada en la escalera, incapaz de dar un paso más, sin creer lo que acababa de hacer. Tratando de calmarse, contempló a Héctor mientras bajaba por la escalera a buen paso, sin ser consciente de la esquinita de papel de color rosa que asomaba por el bolsillo de su mochila.

Sara no se atrevió a moverse hasta que lo perdió de vista. Después, como en un sueño, bajó la escalera hasta el patio, donde la esperaba Vicky.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué estabas haciendo? —La riñó—. ¡Eres la última en bajar! Espera, ¿te encuentras bien? —le preguntó al ver que estaba pálida y temblorosa.

Sara se dejó caer sobre un banco y hundió la cara entre las manos. Vicky se sentó a su lado, un poco preocupada.

—Sara, ¿qué...?

—Lo he hecho —dijo ella con voz desmayada—. Le he dado la tarjeta.

Vicky tardó un poco en procesar lo que su amiga había dicho.

—¿La tarjeta...? ¿Te refieres a una de esas tarjetas chivatas? Espera, ¿quieres decir que le has dado una a alguien? ¿Declarándole tu amor y todo eso?

Sara asintió débilmente. Vicky se echó a reír.

—Qué mala amiga eres —le reprochó Sara, herida en lo más hondo.

Vicky consiguió ponerse seria otra vez.

—Perdona, ya sé que no ha sido una reacción muy apropiada, pero es que no me lo esperaba de ti. Quiero decir..., ¿te gusta alguien tanto como para darle una tarjeta de San Valentín?

—Bueno, pues es evidente que sí —replicó Sara, cada vez más molesta.

—Vale, ¿y quién es el afortunado? Espera, espera, no me lo digas, ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, y la verdad, me alegro mucho, porque es un buen chaval y además hacéis buena pareja, ¿le has dado la tarjeta en mano, entonces?

—No, se la he metido en la mochila —respondió Sara más animada—. Supongo que la verá luego en casa.



—Pero, chica, se lo podrías haber dicho a la cara, ¿no?

—¡Qué dices, qué vergüenza! —exclamó Sara poniéndose roja—. Si me llega a decir que no, me muero allí mismo.

—No te va a decir que no. —Vicky sonrió—. Se nota a la legua que está colado por ti.

Sara se la quedó mirando.

—Espera, creo que no hablamos de la misma persona.

Esta vez fue Vicky la que se puso roja.

—¿Ah, no?

—Le acabo de dar la tarjeta a Héctor, el capitán de los Halcones.

Vicky se quedó de piedra. Tras mirar a su amiga unos instantes con la boca abierta se echó a reír otra vez.

—¡Pero bueno! —Se enfadó Sara.

—Lo siento, lo siento, es que me resulta un poco... chocante. No tenía ni idea de que te gustaba Héctor, Sara. En realidad, pensaba que te caía mal. Primero, porque los Halcones siguen siendo nuestros rivales después de todo, y segundo, porque... ¡bueno, la mitad de las chicas del cole están coladas por él! Incluso las pavas de Virginia y sus amigas. No sé, no pensé que una chica inteligente y sensible como tú pudiera tener los mismos gustos que ellas.

—Sí, sí, ahora intenta arreglarlo —replicó Sara, aún enfurruñada—. Y que sepas que no me fijé en Héctor porque fuera guapo, como ellas, sino por lo bien que juega al fútbol.

—Claro, eso tiene sentido.

—No debería haberte contado nada.

—No, no, me alegro de que me lo hayas contado. ¿Hace mucho que te gusta?

—Casi desde principio de curso.

—¡Jo, y yo sin enterarme! Eh, ven aquí. —Vicky atrajo a Sara hacia ella y le rodeó los hombros con su brazo—. Si tan fuerte te ha dado, entonces es lo mejor que has podido hacer. Así, pase lo que pase, al menos saldrás de dudas. Porque no le darías una tarjeta anónima, ¿verdad?

Sara enrojeció de nuevo.

—Bueno... no exactamente. La firmé con mi inicial.

—Con tus iniciales, querrás decir.

—No, solo con la S.

—Ay, Sara, ya que dabas el paso, ¿qué te costaba decírselo más claro?

—¡Le dibujé un balón de fútbol! Eso debería ser suficiente, ¿no?

—Bueno, espero que lo sea —respondió Vicky sin convicción.

A Sara le entró el pánico. No pudo evitar imaginar las consecuencias...



Héctor encuentra la tarjeta chivata en su mochila y la abre con curiosidad. Lee su contenido y la cara se le ilumina con una amplia sonrisa.

—¡Oye! —le dice a su amigo Roberto—. ¡Mira quién me ha escrito!

Y le pasa la tarjeta. Roberto la lee despacio y pregunta:

—¿S y un balón? ¿Y eso qué quiere decir?

—¡Pero si está clarísimo, que no te enteras! —Se impacienta Héctor, recuperando la tarjeta—. Es una de las chicas del equipo de fútbol femenino... ¡Mónica, por supuesto!

—¿Mónica? —repite Roberto rascándose la cabeza—. Pero si su nombre empieza por M...

—¡Pero se apellida Sancho! ¿No está claro?

—Bueno, no tan claro. En realidad, con la S y el balón de fútbol yo pensaba que podría estar tirándote los tejos uno de los tíos de nuestro equipo... Santi, por ejemplo. O Salva.

Héctor se queda quieto un momento, con los ojos abiertos como platos, al considerar la posibilidad...



—¡Bueno, bueno, no te preocupes! —añadió Vicky rápidamente al ver que Sara se ponía blanca como una pared—. Tienes razón, no es tan difícil adivinar que eres tú. Ya verás como todo sale bien.

Sara sonrió por primera vez desde el incidente de la escalera, y se alegró de habérselo contado a Vicky. Pese a que su amiga era demasiado cerebral para comprender lo que estaba sintiendo —o al menos eso le parecía—, también era mucho más sensata que ella y podía ver las cosas desde un punto de vista objetivo. Y eso le recordó una cosa.

—Oye, ¿y a quién pensabas que le había dado la tarjeta? —quiso saber. Vicky enrojeció otra vez.

—Ah, eh... esto... a nadie, claro. Es evidente que estaba equivocada, así que no hace falta darle más vueltas.

—Venga, Vicky, dímelo. Si no tenías razón, ¿qué hay de malo en que me lo cuentes?

—Bueno... pues pensaba en Sam, claro —se rindió Vicky.

—¿En Sam? —Ahora fue Sara la que se echó a reír.

—Oye, no sé qué te hace tanta gracia, es verdad que es un buen chaval y que hacéis buena pareja, y además a él le gust... —se calló de repente, pero Sara lo había cazado ya.

—¿Que yo le gusto a Sam? Vamos, Vicky, no empieces tú también. Solo porque fuimos juntos a un partido de fútbol...

—No es eso; es por todo lo que hace por ti, por la forma en que te mira... Vamos, Sara, si se ha dado cuenta todo el mundo menos tú.

Sara sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad. Solo somos amigos, Vicky. En serio, si yo le gustara me lo habría dicho. ¿No ves que no tiene pelos en la lengua ni le tiene miedo a nada?

Vicky suspiró, consciente de que Sara tenía razón. Sam parecía lo bastante seguro de sí mismo como para saber qué era lo que quería en cada momento y actuar en consecuencia, pero nunca le había dicho a Sara lo que sentía por ella, y no solamente eso: por lo que Vicky sabía, hasta se había esforzado mucho en negarlo. ¿Sería posible que Sara tuviese razón y que fuera solamente amistad? Y, si no lo era, ¿por qué Sam, el de los recursos ilimitados y las soluciones para todos los problemas, aún no había hecho nada al respecto?

—Bueno, quizá tengas razón —se rindió—. No me hagas caso, entonces.

Regresaron juntas a casa, dándose prisa porque ya se les había hecho tarde, y Sara pronto se olvidó de los comentarios de Vicky con respecto a Sam. Le había venido bien desahogarse, pero ahora tocaba la parte más dura: esperar la reacción de Héctor.



13

Enredos y más enredos

Por la tarde acudió al colegio hecha un flan. Localizó a Héctor en el patio y le dirigió una tímida sonrisa, pero él la saludó con la mano, como siempre, y no hizo ademán de acercarse a ella, ni tampoco la evitó. Sara se quedó un poco perpleja. ¿No se habría dado cuenta de que llevaba la tarjeta en la mochila? Echó un vistazo a la espalda de Héctor cuando él se dio la vuelta, pero la esquina de papel rosa había desaparecido de su bolsillo. Tenía que haberla sacado en algún momento, tenía que haberla visto.

La angustia de Sara remitió un poco cuando vio a todas sus amigas reunidas en las gradas en torno a Fani, que parecía totalmente perpleja y confundida. Se acercó para ver qué pasaba.

—¡Mira, Sara, Fani ha recibido otra tarjeta! —exclamó Alicia al verla llegar.

—¡Sí, sí, del mismo chico! —añadió Alicia emocionada.

—Pero ¿cómo habrá hecho para conseguir dos tarjetas chivatas? —se sorprendió Sara, recordando que la gente de 1.º A tenía por norma no entregar más de una por persona.

—No es tan difícil, hay gente que no ha usado la suya y no tiene problemas en dársela a otras personas —dijo Vicky.

Fani parecía todavía más aturdida que por la mañana, cuando había recibido la primera tarjeta y la caja de bombones. Las chicas leyeron la nueva nota con interés.

Para: La bella Fani.

De parte de: Tu admirador secreto.

Tengo que decirte que: No puedo esperar a verte cara a cara. Mi corazón palpita como una patata frita por ti y quiero que me conozcas. Por favor, ve esta tarde a las seis a los columpios. Te estaré esperando con un ramo de rosas rojas para demostrar el gran amor que siento por una gran mujer como tu.

Ángela, Alicia y Julia casi se desmayaron de la emoción.

—¡Qué romántico!

—¡Rosas rojas!

Pero Vicky estaba seria.

—No sé... me da mala espina.

—¡Por favor, Vicky, no empieces! —protestó Julia—. ¡Ya sabemos que tiene faltas de ortografía y todo eso, pero...!

—No, no, es por otra cosa —dijo Vicky con el ceño fruncido. Sin embargo, no fue capaz de decir qué veía de extraño en la tarjeta recibida por Fani.

—A mí también me parece raro —metió baza Carla—. No sé, ¿qué tío de nuestra edad se presentaría en el colegio con un ramo de rosas rojas?

—¡Uno muy enamorado! —saltó Mónica—. Ya está bien de prejuicios, ¿no? ¡Fani tiene tanto derecho a tener admiradores como cualquier otra chica! ¡Y no todos los tíos son unos brutos descerebrados, los hay que también tienen sentimientos!

—Vale, vale, lo que tú digas —se apresuró a responder Carla, intimidada.

—¿Vas a ir? —le preguntó Julia a Fani.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí. No le voy a dar plantón al pobre chico. ¿Os imagináis si se pasa toda la tarde en el patio con el ramo de flores?

—Sí, sí, pobrecillo, como lo vea alguien... —comentó Alicia.

—Si le das plantón, mañana se va a cachondear de él todo el colegio —añadió Ángela.

—Sí, sí, Fani, ¡tienes que ir!

No siguieron hablando porque sonó el timbre que indicaba el comienzo de las clases de la tarde. Al llegar a su aula, Sara rebuscó por enésima vez en su pupitre, pero no vio ninguna tarjeta. Trató de que aquello no la afectara; Vicky tampoco había recibido nada y, sin embargo, estaba tan tranquila como siempre.

Durante las clases de la tarde, Sara apenas pudo prestar atención. No hacía más que darle vueltas a la tarjeta chivata y a la reacción de Héctor, y

llegó a la conclusión de que tal vez el chico estaba desconcertado y no sabía cómo actuar. «Ya sé: me acercaré a él con cualquier excusa y así le será más fácil hablarme», resolvió.

Al salir de clase, Vicky la pilló por banda.

—¡Ayúdame a buscar a la de matemáticas, que tengo que preguntarle una cosa!

—¿No se lo puedes preguntar mañana en clase?

—No, porque es una duda que necesito resolver para hacer los deberes esta tarde. Va, venga, antes de que se vaya.

—De acuerdo —suspiró Sara.

Fueron a esperar a Clara delante del aula de 3.º B, donde terminaba de dar instrucciones a sus alumnos sobre los ejercicios que tenían que hacer en casa mientras ellos recogían sus cosas. Cuando finalmente todo el mundo salió al pasillo, Sara vio que la gente de 3.º C, el aula de al lado, salía de clase justo en aquel momento. Localizó la cabeza de Héctor entre la gente.

—Espérame, Vicky, ahora vuelvo —susurró.

—Oye, ¿adónde vas? —protestó ella, pero dejó de prestarle atención en cuanto vio que Clara casi se le escapaba. Había salido de clase sin que ella se diera cuenta y caminaba a paso ligero por el pasillo. Vicky corrió tras ella y la detuvo justo cuando David estaba a punto de abordarla.

—Clara, Clara, por favor, ¿me puedes resolver una duda?

La profesora de matemáticas dirigió a David una mirada de disculpa y se volvió hacia Vicky.

—Sí, claro, ¿qué pasa?

En menos de dos segundos, Vicky había desplegado ante ella el libro de matemáticas y dos libretas distintas llenas de polígonos y operaciones matemáticas.

—Tengo una duda con lo que has explicado esta mañana; es que he intentado hacerlo en casa y no me da el mismo resultado, mira...

Clara volvió a mirar a David con cara de circunstancias y dijo:

—Bueno, pasa a la sala de profesores y lo vemos con calma, ¿vale?

De modo que se fueron las dos juntas, y David no tuvo más remedio que despedirse con un gesto y marcharse.

Mientras tanto, Sara había estado rondando a Héctor en el pasillo. Finalmente logró captar su atención y los dos se saludaron con una sonrisa, pero nada más. Viendo que el chico estaba dispuesto a marcharse sin hacer un solo comentario, Sara se armó de valor y se dirigió hacia él.

—¡Hola! —saludó, tratando de que no le temblara la voz.

—¡Hola! —respondió Héctor mientras cerraba la puerta de su taquilla. Sara se quedó sin palabras un momento y él preguntó—: ¿Querías algo?

—Sí, esto..., ¿recuerdas que me debías dinero por lo del calendario? —Se le ocurrió soltar a Sara; se arrepintió enseguida de habérselo dicho, porque había pasado mucho tiempo y parecía muy cutre reclamarlo ahora, así que trató de suavizarlo—: Es que hemos hecho cuentas y ya sé que no era mucho dinero, pero como a Vicky no le cuadra...

—Ah... ah, ya, ya me acuerdo. Que te compré uno de esos calendarios, pero no llevaba dinero suficiente y te lo dejé a deber, ¿verdad? —Se hurgó en los bolsillos de los pantalones—. Mira, es que hoy no llevo suelto. Te lo pago mañana, ¿vale?

Sara asintió débilmente. Como ya no tenía ninguna excusa para retenerlo, se despidió de él y lo vio marchar.

—¿Y bien? —Oyó la voz de Vicky tras ella.

—Pues es muy raro —respondió Sara—. Se comporta como si no hubiese recibido la tarjeta.

—Igual se le ha caído de la mochila. O quizá no haya asociado la «S» de la firma contigo.

—Jo —murmuró ella desanimada—, con lo que me ha costado decidirme a dársela...

Recorrieron las dos los pasillos del colegio. Casi todo el mundo se había ido ya, salvo los de primero, que estaban recogiendo todos los adornos de San Valentín para que al día siguiente estuviera todo impoluto. Vieron a Isa y a dos compañeras suyas bajando la escalera con los restos de los corazones de algodón de azúcar.

—Nada, un desastre —suspiró ella—. Hemos tenido que vigilarlos todo el día para que la gente no se los comiera y, además, por la tarde estaban ya pochos y amorfos. No ha sido una buena idea.

—Bueno, Isa, no te preocupes —la consoló Vicky—. Yo creo que vuestra decoración era la más original.

—Y la más dulce —añadió Sara.

Recorrieron el patio en silencio. Sara vio a algunos de los Halcones sentados en las gradas y tomó una decisión.

—Me voy a quedar un rato por aquí —le dijo a Vicky—. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Como quieras —dijo ella.

Se despidieron en la puerta y Sara entró de nuevo en el patio. Había visto a Julia sentada en uno de los bancos, escribiendo compulsivamente en su libreta de tapas rojas, y se dirigió hacia ella.

—Hola —saludó, deteniéndose prudentemente a unos pasos de ella. Sabía que no le gustaba que la molestaran mientras escribía.

Ella levantó la cabeza sobresaltada. Se había soltado el pelo, que le tapaba la cara, y al mirar a Sara, esa descubrió que había estado llorando. Julia cerró a toda prisa su libreta y se secó los ojos.

—Hola —respondió con cierta brusquedad.

—¿Me puedo sentar contigo? —preguntó Sara.

Julia dudó, pero después se encogió de hombros y dijo:

—Claro, hay sitio de sobra. —Y se movió para dejarle espacio en el banco. Sara se sentó a su lado.

—Parece que hoy no has tenido un buen día.

Julia no contestó.

—Yo tampoco —prosiguió Sara—, pero qué se le va a hacer.

Julia no dijo nada. Solo guardó su libreta roja en la mochila. Sara iba a tratar otra vez de entablar conversación, pero entonces vio que Bruno se dirigía hacia ellas. Había estado sentado en la grada con sus amigos pero, al verlas juntas, había optado por acercarse a saludar. Se detuvo a tres pasos del banco.

—Hola —le dijo a Sara, pero sin dejar de mirar a Julia de reojo.

Sara sonrió. Bueno, se dijo, al menos una de las dos iba a tener un final feliz.

—Julia, ¿conoces a mi hermano Bruno?

Para su sorpresa, la chica le echó un breve vistazo y comentó sin mucho interés:

—De vista.

—Bueno..., yo a ti también te conocía de vista —se atrevió a responder Bruno—. Del partido y eso. Juego con los Halcones, ¿sabes?

—Sí, ya lo sabía —respondió Julia.

Hubo un largo, largo silencio. Muy muy incómodo. Finalmente, Sara se hartó de la situación y dijo:

—Bueno, vamos a ver, ¿nadie va a romper el hielo? Bruno, deberías saber que Julia es muy tímida. Julia, que sepas que Bruno recibió tu tarjeta y está interesado en conocerte mejor.

Los dos se volvieron para mirarla con cara de pánico.

—¡Pero Sara...! —protestó Bruno.

—¿Mi tarjeta!? —chilló Julia—. ¿Qué tarjeta?

Bruno tragó saliva.

—Bueno... pues esa, claro está —dijo, con las orejas coloradas, mientras le tendía la tarjeta chivata que había recibido el día anterior.

Julia abrió el sobre a toda prisa y se puso pálida al constatar que, en efecto, era la tarjeta que ella había escrito.

—¡No puede ser! —gimió—. ¡Pero si no era para ti!

Esta vez fueron Sara y Bruno los que se quedaron a cuadros.

—¿Cómo que no era para mí? —farfulló Bruno desconcertado.

—Y entonces, ¿para quién era? —preguntó Sara.

Julia apretó la tarjeta posesivamente entre sus manos y se los quedó mirando alternativamente.

—Para... otra persona —respondió, enrojeciendo intensamente.

—Entonces, ¿no te mola Bruno? —quiso asegurarse Sara.

Julia se puso todavía más roja.

—Pues no... lo siento mucho.

Pero Bruno parecía casi aliviado.

—No importa —dijo—, casi mejor. Soy demasiado joven para comprometerme con nadie. ¡Nos vemos!





Y con esto volvió trotando, feliz, con sus amigos.

—Pero ¿cómo fue a parar la tarjeta a la bolsa de Bruno? —se preguntó Sara desconcertada.

Julia también estaba pasmada.

—No lo sé..., yo la dejé encima de la bolsa de... Aunque, espera..., quizá me equivoqué, como son todas tan parecidas...

—Puede ser. Entonces, ¿tu tarjeta era para Héctor?

—¿Para Héctor? ¡No, no! —Parecía asustada solo de pensarlo—. No, el que me gusta es otro chico, y no me tires de la lengua que me da mucha vergüenza.

—Vale, vale, tranquila.

Julia contempló la tarjeta desconsolada.

—Eso quiere decir que tu hermano la ha leído.

Sara asintió, pero no quiso decirle que ella también conocía el contenido de su declaración.

—¡Qué corte! —prosiguió Julia—. Menos mal que no puse el nombre del destinatario, pero eso quiere decir... ¡que no sabe todavía lo que siento por él!

Se puso en pie de un salto, radiante de felicidad. Sara se quedó mirándola sin comprender.

—¿Y eso te alegra?

—¡Claro! Me he pasado todo el día pensando que había leído mi tarjeta y que aun así seguía pasando totalmente de mí... ¡y ahora sé que no estoy peor que ayer! Es una buena noticia, ¿no?

—Si tú lo dices...

—Bueno, me voy a casa. ¡Hasta mañana!

Y Julia cargó con su mochila y se fue, sin dejar de dirigir miradas de soslayo a Héctor y a sus amigos, que seguían en las gradas.

Sara se quedó sola. Como Julia se había marchado, ya no tenía ninguna excusa para quedarse y, además, empezaba a hacerse de noche. Los chicos seguían charlando en las gradas. Quizá estuvieran esperando a que terminaran los pequeños de entrenar para ocupar la cancha de fútbol. Arrastrando los pies, Sara se dirigió a la puerta del colegio lentamente. La adelantó alguien que caminaba muy deprisa, y reconoció a David. Lo vio detenerse a pocos metros de la puerta de entrada, donde estaba Clara, la profesora de matemáticas, aparentemente esperando a alguien. Sara observó a David mientras se arreglaba un poco la ropa y se pasaba la mano por el pelo antes de abordar a la profesora. Pero entonces, justo cuando acababa de dar dos pasos más en su dirección, un coche se detuvo a la entrada del colegio y su conductor, un hombre joven, saludó a Clara con la mano. Ella le devolvió el saludo y se montó en el vehículo junto a él.

Sara vio que los hombros de su entrenador se hundían al ver a Clara marcharse en el coche que había ido a buscarla. «¡Anda, si a David le mola la profe de mates!», pensó. Por lo visto, tampoco a él le había ido muy bien. El hombre del coche tenía toda la pinta de ser su novio, o su marido, o algo parecido. Sara carraspeó para llamar la atención de David, que dio un respingo al verla. No se había dado cuenta de que estaba allí.

—Ah, Sara, eres tú. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Paseando. ¿Y tú? Hoy no toca entrenamiento, y has rondado por el cole todo el día.

—Tenía..., eh..., que hablar con alguien, pero... en fin, otra vez será.

Parecía tan abatido que a Sara le dio pena.

—Bueno, inténtalo mañana, seguro que la pillas a solas en algún momento —lo animó.

David parpadeó confuso.

—¿Cómo...? Bueno, es igual. Gracias por el consejo, eh..., ¿quieres que te lleve a casa?

Sara echó un vistazo a los chicos. Parecía que tenían intención de irse ya, pero aún remoloneaban en las gradas.

—No, me quedaré un rato más por aquí.

—Pues nos vemos mañana en el entrenamiento.

Sara se despidió de David y decidió hacer un último intento. Con disimulo, se acercó a la fuente más cercana a las gradas, y mientras fingía que bebía prestó atención a la conversación de los Halcones. Al principio no captó nada de interés. Hablaron de fútbol y luego de videojuegos, y cuando Sara ya estaba a punto de marcharse porque empezaba a resultar

sospechoso que pasara tanto rato bebiendo, uno de los gemelos —desde allí no podía ver si era Lucas o Mateo— preguntó:

—Y qué, ¿vosotros habéis mandado alguna de esas tarjetas rosa?

Todos los chicos se apresuraron a negarlo. Cuando Bruno les preguntó qué habían hecho ellos con sus tarjetas, los gemelos respondieron con una risilla de rata que a Sara le dio muy mala espina.

Y entonces Héctor habló.

—Qué pesadilla de día de San Valentín, menos mal que se termina ya.

—¿Por qué? —preguntó Santi—. A ti te han enviado alguna tarjeta, ¿no?

—Pues por eso: he recibido nueve, todas súpercuris y ninguna firmada como Dios manda.

—¡Y encima te quejas, macho, con lo que mola tener fans!

—¡Pero si ni siquiera sé quiénes son esas pesadas! Y menos mal, ¿te imaginas que tuviera que salir con las nueve?

Se oyeron silbidos de admiración.

—Podrías repartirlas entre tus compañeros menos afortunados, ¿eh? —dijo uno de los gemelos.

—Sí, tío, la vida es muy injusta —respondió el otro—: unos tanto y otros tan poco.

—Que no, que no, que yo paso de marrones —replicó Héctor—. Además, nunca saldría con una tía lo bastante moñas como para mandarme una nota anónima por San Valentín. Me parece una horterada. Bueno, tíos, ¿nos vamos ya? Me he cansado de esperar; ya jugaremos mañana en el recreo.

Y los chicos se levantaron, cogieron sus cosas y se alejaron hacia la puerta del colegio, pasando por delante de Sara, que había retrocedido para quedar oculta en un rincón en sombras, entre los árboles que crecían junto al muro. Se había quedado blanca del susto y totalmente desconsolada.



14

La cita de Fani

De modo que era eso... Héctor no solo había recibido más tarjetas aparte de la suya, sino que, además, ¡le parecían una cursilada! Sara quiso que se la tragara la tierra y se preguntó cómo sería capaz de mirarlo a la cara después de lo ocurrido. Después recordó que había firmado la tarjeta solo con su inicial, y por lo visto Héctor no se había preocupado por tratar de averiguar la procedencia de cada una de sus nueve tarjetas de San Valentín. Respiró hondo y por un instante se sintió como Julia: «Menos mal que todavía no lo sabe», pensó.

Ya no le quedaba gran cosa que hacer en el colegio, de modo que optó por marcharse. Pero tropezó con Alex, que venía bordeando el campo de fútbol con la mochila colgada al hombro.

—Hey, tía —la saludó. Sara se detuvo.

—Hola, ¿qué haces aquí tan tarde?

—Nada, que el de tecnología me ha castigado por contestarle en clase.

—¿Por contestarle?

—Por contestarle con impertinencia, según él. Asco de profes —se quejó—. ¿Y tú? Oye, ya que estás por aquí podríamos pelotear un poco, que los enanos están terminando ya.

—¡Pero si solo somos dos! —se rio Sara.

—No, somos tres, que el bollito está por la zona de los columpios. No es gran cosa, pero...

—Espera, espera —cortó Sara, asaltada por una súbita sospecha—. ¿Dices que Fani está donde los columpios? ¿Sola?

—Sí, ¿por qué?

Sara miró el reloj. Eran las siete de la tarde, y la tarjeta que ella había recibido la citaba para las seis. Temiéndose lo peor, Sara sacó su móvil y llamó a Sam. El chico lo cogió al tercer timbrado.

—Hola, Sara, ¿qué pasa?

—Oye, Sam, ¿tú sabes si Óscar había quedado con Fani para esta tarde a las seis?

—¿Óscar? Pues no creo, porque estamos aquí los tres jugando a la consola... espera, que le pregunto, porque como es tan despistado igual se le ha pasado.

Pero Sara no necesitaba más confirmación de que Óscar no había enviado la tarjeta para Fani. Lo había pensado al principio, porque él se había portado muy bien con ella y le había sacado fotos muy bonitas, fotos con un toque especial, para el calendario del equipo. Pero ningún enamorado dejaría plantada a su chica la noche de San Valentín, por muy despistado que fuera.

—Sara, que dice que no —oyó la voz de Sam al otro lado—. Oye, ¿pasa algo?

—Pues... que me temo que a Fani le han tomado el pelo. Ha recibido un regalo de San Valentín...

—Sí, algo había oído.

—... y su Romeo le ha dado plantón. Pobre, lleva una hora esperando aquí en el cole y no ha aparecido nadie.

—Serán cabrones —se le escapó a Sam—. Vamos para allá.

—¿Que venís para acá? Pero... —Sara no pudo terminar de hablar: Sam había colgado.

Alex la miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? ¿Tiene algo que ver con esas estúpidas tarjetas chivatas?

Sara respiró hondo y se lo contó todo.

—Quizá es que soy muy malpensada y realmente al chico le ha surgido algo y no ha podido venir, pero me huele mal, y Vicky también decía que en las tarjetas había algo raro.

—Un cierto tufillo a recochineo sí parecían tener —admitió Alex—. Tendríamos que habernos dado cuenta antes. Pero como estabais todas tan atontadas con lo de San Valentín...

—Oye, que tenemos derecho a soñar, ¿eh? —se defendió Sara—. Además, sería muy bonito que Fani tuviera un admirador secreto. Se lo merece, es un pedazo de pan.

—Sí —asintió Alex—, y hay que tener muy mala uva para gastarle una broma tan cruel.

—Si es que es una broma —puntualizó Sara—, que ojalá no lo sea.

—La verdad es que no tiene buena pinta.

—Pero ¿cómo se lo vamos a decir? Lleva una hora esperando. ¿Con qué cara vamos y le decimos que alguien le ha tomado el pelo? ¡Si hasta la hemos animado a acudir a la cita!

—Yo se lo digo, que no tengo miedo de decir las cosas como son.

—Pero ¿cómo le va a sentar a ella?

Alex iba a replicar cuando sonó el teléfono de Sara. Era Sam.

—¿Sí?

—Oye, Sara, que hemos pensado que, si se trata de una broma, la persona que se la haya gastado estará todavía por ahí, partiéndose la caja a su costa, quizá mirándola sin que ella se entere.

—¿De verdad piensas que alguien puede ser tan...?

—¿Qué sentido tiene gastar una broma si no puedes ver la cara de la víctima cuando se da cuenta de que le has tomado el pelo?

—Entiendo —asintió Sara—. Vamos a ver.

Alex asintió, dando a entender que había escuchado la conversación. Las dos se acercaron en silencio a la zona de los columpios y no tardaron en escuchar un susurro apagado y unas risitas. Dos sombras se ocultaban entre los árboles, apenas iluminadas por el tenue resplandor de la pantalla de un móvil.

—¡Serán...! —susurró Sara, furiosa—. ¡Está haciendo fotos a Fani!

—O grabándola en vídeo —añadió Alex—, seguramente para colgarlo en Internet.

—Hay que acabar con esto —decidió Sara.

Se acercaron a los dos bromistas por detrás. Naturalmente, eran Lucas y Mateo, y Alex tenía razón: estaban grabando en vídeo a Fani, que se balanceaba sobre uno de los columpios con gesto desamparado. Miraba el reloj cada diez segundos y siempre parecía decidir que esperaría diez segundos más. Sara sintió que le hervía la sangre.

Cuando quiso darse cuenta, Alex avanzaba como un *bulldozer* hacia los gemelos. Sara se temió que fuera a romperles todos los huesos y,

aunque le habría encantado contemplarlo, se vio en la obligación de susurrar:

—¡Alex, no!

Pero ella no atendió a razones. Sin una palabra, y ante la sorpresa de los gemelos, le arrebató el móvil a Lucas, que era el que estaba grabando, lo arrojó al suelo y lo aplastó con el pie, con tanta saña que lo dejó completamente inservible.

—¡Mi móvil! —gimió Lucas, pero Alex lo agarró por el cuello de la cazadora y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Escoria —escupió—. Vas a morir.

Parecía tan amenazadora que Lucas se puso a temblar de miedo.

—No, por favor, perdóname... no lo haré más.

—¡Eh, que el otro se escapa! —advirtió Sara al ver que Mateo salía corriendo.

Pero tres sombras surgieron de la oscuridad y le cortaron el paso.

—¡Teníais que ser vosotros! —dijo Sam—. ¡Pues esta vez no os escapáis! ¡Todos los hermanos de Alex irán a buscaros para partiros las piernas!

Mateo trató de zafarse, pero Óscar, el pacífico Óscar, lo empujó contra el muro.

—¿Quién te has creído que eres? —Gruñó.

—Un idiota —colaboró Jorge—. Venga, Terminatrix, sácales las tripas a los dos, que esta vez se lo han buscado. Que sufran una muerte lenta y dolorosa.

Pero Alex soltó a Lucas.

—No pienso ensuciarme las manos con basura como esa —declaró con desprecio—. Pero enviaré a mis sicarios a darles una lección.

Y sonrió de forma tan inquietante que los gemelos salieron corriendo sin mirar atrás.

Los cinco vengadores se miraron unos a otros sin saber qué decir. Sara recogió los restos del móvil de Lucas del suelo.

—Vaya, era de última generación —comentó Jorge admirado—. Eso tiene que haberle hecho pupa.

—Se lo merece, si solo sabe usarlo para hacer trastadas —dijo Sara.

—Eh... —dijo Óscar—, creo que Fani se ha dado cuenta de que estamos aquí.

En efecto, habían hecho tanto ruido que Fani se había levantado del columpio y estiraba el cuello hacia el lugar donde estaban los cinco

chicos, tratando de distinguir algo entre los árboles.

—¿Se lo decimos? —preguntó Sara, indecisa.

—No —declaró Óscar con rotundidad—. Dejadme hablar a mí.

Se acercaron a Fani, que los contemplaba perpleja, sin entender lo que estaba pasando.

—Hola, Fani, ¿qué tal? —saludó Sara, pero luego no supo qué más decir.

—Hola a todos —respondió ella.

Óscar dio un paso al frente.

—Esto, Fani... perdón por llegar tan tarde —se disculpó—. Sé que habíamos quedado a las seis, pero es que he tenido un problema familiar y...

Sara, Alex, Sam y Jorge se quedaron mirándolo estupefactos. Pero la redonda cara de Fani se iluminó con una sonrisa.

—¡Ya sabía yo que debía de ser algo así! —dijo—. Entonces, ¿tú eres mi admirador secreto? —Lo observó con aire crítico—. ¿Y el ramo de rosas rojas?

Óscar abrió la boca sin saber qué decir. Pero Sam reaccionó rápido.

—¡No le ha dado tiempo a comprarlo, mujer! ¿No ves que ha tenido un problema familiar?

—Huy, es verdad. Espero que no fuera grave.

—No, tenía que cuidar de mi hermano pequeño hasta que mi madre volviera del trabajo —improvisó Óscar—, pero se ha retrasado.

—Ah —respondió Fani.

Se quedaron todos en silencio un momento. Entonces Jorge carraspeó y dijo:

—Bueno, deberíamos dejar solos a los tortolitos, que aquí sobramos, ¿no?

Óscar y Fani se miraban de reojo con timidez y parecían algo asustados, como si no estuvieran seguros de saber si querían estar a solas o no.

—Bueno... —dijo Fani—. ¿Y por qué no nos vamos a merendar todos juntos?

—¡Sí, sí! —dijo enseguida Óscar.

—¿Estás seguro? —se burló Jorge—. Mira que, si dos son compañía y tres son multitud, cinco somos legión.

Pero Sara lo comprendió enseguida. Quizá Óscar y Fani no estaban todavía preparados para una cita. Después de todo, Fani acababa de

descubrir que él era su admirador secreto, o al menos eso pensaba ella, y Óscar se había dejado llevar por un gesto caballeroso que no estaba planeado. Los dos necesitaban un tiempo para hacerse a la idea y decidir si se gustaban de verdad o no.

—Pues yo me apunto a la merienda. ¿Alguien más?

Sam entendió rápidamente lo que pasaba y dijo:

—Yo voy también, y Jorge se apunta.

—¿Qué? ¿Yo? ¡Ay! —exclamó el aludido al recibir un pisotón de Sam—. ¡Vale, sí, yo también voy!

Alex los miró y se encogió de hombros.

—Bueno, pues voy con vosotros, que ya veo que no peloteamos hoy y además me ha entrado «gusa».

De modo que se fueron los seis en busca de la bocatería más cercana. Casi sin darse cuenta, fueron dejando a Fani y a Óscar atrás para que hablaran entre ellos. En realidad, Óscar se había puesto en un compromiso, porque, aunque estaba interesado en Fani, no se sentía tan enamorado como para escribir una declaración tan apasionada (cachondeos aparte) como la que le habían enviado los gemelos. Pero a Fani eso no parecía importarle. No le preguntó en ningún momento si tenía intención de pedirle salir, ni le pidió explicaciones sobre las tarjetas. Simplemente, hablaron de varias cosas hasta que los dos se quedaron callados.

Entonces Óscar dijo:

—Oye, estaba pensando...

—¿Qué?

—Si Voldemort y Darth Vader se enfrentaran, ¿quién crees que ganaría?

Fani se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Pues no lo sé —respondió—. ¿Quién crees tú?

Óscar se emocionó.

—Bueno, Vader es un maestro de la Fuerza, pero Voldemort es un gran mago tenebroso, y no sé si con la Fuerza se podría detener un Avada Kedavra bien lanzado.

Óscar siguió divagando, mientras Fani lo escuchaba atentamente, aunque lo entendía solo a medias.

—Mirad a los tortolitos. —Jorge sonrió—. Al final va a salir bien la cosa y todo.



—Yo me alegro de que les haya salido mal la broma a los gemelos —dijo Sara en voz baja para que Fani no la oyera—. Si hasta se gastaron los cuartos en una caja de bombones y todo.

Sam dio un respingo.

—¡Los bombones! —exclamó.

—¿Qué pasa con los bombones?

—Que conociendo a esos dos, igual estaban envenenados y todo.

—Nah, no serían capaces —dijo Alex.

Los cuatro cruzaron una mirada. Sam se volvió hacia Fani y Óscar.

—Oye, Fani, ¿te has comido los bombones?

—No, los voy a guardar de recuerdo —respondió ella.

Era una idea un tanto extraña, pero teniendo en cuenta lo mucho que a Fani le gustaba el chocolate, desde luego dejaba bien claro lo que habían significado para ella el regalo de San Valentín.

—Eso está bien, porque... creo que estaban caducados —improvisó Sam, haciéndole un gesto significativo a Óscar.

—Sí, eh... mejor será que no te los comas —añadió él.

—Vale —respondió Fani plácidamente. Y no hizo más preguntas.

La merienda fue rara, porque los chicos hablaban de cómics, videojuegos y libros de fantasía, y las chicas de fútbol, de modo que costaba encontrar un interés común. Pero al final resultó que Alex conocía uno de los videojuegos a los que ellos estaban enganchados, así que se inició una conversación entre ella y Jorge que terminó en un apasionado debate sobre si era mejor llevar un personaje *hunter* o un *warrior*. Óscar todavía andaba dándole vueltas a si era más poderoso Voldemort o Vader; total, que Sara se encontró hablando con Sam de los acontecimientos del día.

—Menos mal que ha terminado el día de San Valentín —suspiró Sam—. Para mí ha sido como una pesadilla.

Sus palabras le recordaron a Sara los comentarios de Héctor, y no pudo evitar ponerse triste. Con todo el lío de Fani, se había olvidado de su propio y desastroso intento de declararse.

—Tampoco tú lo has disfrutado mucho, ¿eh? —Adivinó Sam.

—No —suspiró ella—. En el fondo envidio a Fani por haber recibido tarjetas hoy. Después de todo, sí había alguien que se interesaba por ella.

—¿Tan desesperada estás por echarte novio? —se rio Sam.

—Oye, que tampoco busco un novio cualquiera —se defendió ella—. Es solo que me parece que es muy difícil emparejarse. Cuando te fijas en alguien es raro que él se fije también en ti.

—Suele pasar —comentó Sam.

Sara lo miró de reojo, acordándose de las teorías de Vicky.

—¿A ti te ha pasado? —tanteó.

—A todos nos ha pasado alguna vez —replicó Sam, esquivo—. Yo he llegado a la conclusión de que no quiero complicarme la vida. Y las mujeres la complican mucho mucho.

—¡Que no te oiga Mónica! —se rio Sara.

—Bueno —dijo finalmente Sam—, sigo pensando que lo de San Valentín es una chorrada. Pero también creo que merecías recibir esa tarjeta que estabas esperando.

Sara parpadeó para contener las lágrimas, porque de nuevo recordó su experiencia con Héctor y la tarjeta chivata, y comprendió que sí, que le había dolido que él no se hubiese fijado en ella, y que Sam había sido capaz de leer en el fondo de su corazón.

—Pero vais a quedar mejor en la liga que los Halcones —concluyó Sam—, y eso no te lo puede quitar nadie.

Sara sonrió.

—Lo veo un poco complicado.

—Yo no, lo estáis haciendo bastante bien. Y la verdad, por lo que tengo entendido, los últimos resultados de los Halcones no son como para tirar cohetes.

—¿Ah, no? —preguntó Sara sorprendida; no sabía si de que los Halcones fueran mal en la liga o de que Sam estuviese enterado.

—Yo creo que, si vosotras quedaseis mejor que ellos al final, se llevarían un buen disgusto —añadió Sam.

Sara lo pensó. Sí, aquella era una buena manera de conseguir que Héctor se fijara en ella. ¿Por qué no? Y una forma de vengarse sutilmente de su indiferencia.



Al día siguiente todo volvió a la normalidad. Los adornos de San Valentín se habían retirado, y pronto se difundió la noticia de que finalmente habían sido los de 1.º A los ganadores del viaje a la nieve, por las «tarjetas chivatas» que tanto éxito habían tenido. «Si los profes supieran la de problemas que han causado esas tarjetas —pensó Sara—, seguro que no les parecería tan buena idea».

Por lo demás, las cosas siguieron igual. Surgieron algunas parejitas después de San Valentín, pero para la inmensa mayoría de los alumnos no hubo ningún cambio. Sara se consoló un poco al ver que Héctor también ignoraba las risitas y las miraditas disimuladas que le dirigían Virginia y sus amigas, autoras, seguramente, de algunas de las nueve tarjetas anónimas que había recibido. Y los gemelos se quedaron con tres palmos de narices cuando se enteraron de que Fani había tenido su tarde más o menos romántica. Óscar y ella no salían oficialmente; no iban juntos a todas partes ni se les veía cogidos de la mano. Pero su amistad se había estrechado y quizá un día se convertiría en algo más.

Alex y Sara fueron a buscar a los gemelos en el recreo.

—Qué, ¿queréis que le pidamos perdón? —dijo Mateo de mala manera.

—Pues no lo vamos a hacer, porque deberíais ser vosotras las que nos pidierais disculpas por haberme roto el móvil —añadió Lucas.

—No, no queremos que pidáis perdón —dijo Sara.

—Lo que queremos es que no volváis a acercaros a nosotras nunca más —especificó Alex.

—O si no, ¿qué? —las desafió Lucas.

—O si no iremos al director y se lo contaremos todo.

—¡No tenéis pruebas! —soltó Mateo.

—No las necesitamos, porque es una acusación lo bastante grave como para que nos preste atención —dijo Sara—. Pero, de todas formas, tenemos esto. —Y balanceó ante ellos en el aire los restos del móvil de Lucas.

—¡Trae eso! —gritó el chico, pero Sara lo puso fuera de su alcance.

—Tenemos la tarjeta de memoria y está más o menos intacta —dijo—. Así que, la próxima vez que tengáis una de vuestras geniales ideas, recordad que en cuanto mováis un dedo iremos al director con ese vídeo y con otras cosas más que hemos encontrado en ella y se os caerá el pelo.

Los gemelos gruñeron por lo bajo, pero no replicaron.

—Un problema menos —dijo Sara satisfecha cuando se separaron de ellos.

Ninguno de los cinco implicados en el sabotaje de los planes de los gemelos dijo una palabra sobre lo que había sucedido en realidad. Oficialmente, las tarjetas eran de Óscar, y él había acudido a la cita, aunque sin flores y con una hora de retraso. Y, pese a que Fani no fue muy elocuente a la hora de hablar de su velada romántica, al final sus amigas acabaron enterándose. Ángela y Alicia se morían de envidia, porque, aunque Óscar no era ni mucho menos su tipo de hombre ideal, al menos Fani había cosechado más éxito que ellas en San Valentín.

—¡Claro que sí! —exclamó Mónica, siempre reivindicativa—. ¿Veis cómo lo más importante en una mujer es su forma de ser, y no su aspecto físico?

Sara no la contradijo. Y es que, aunque las tarjetas de Fani hubieran resultado ser una broma pesada, los sentimientos de Óscar hacia ella no lo eran en absoluto.

Por la tarde, las Goleadoras tuvieron entrenamiento. Sara llegó un poco antes, como siempre, y se quedó a ver el final de la sesión de los Halcones. Observando a Héctor, pensó que quizá había cometido un error tratando de llamar su atención exactamente como lo habían hecho el resto de las chicas. Después de todo, ella era diferente. Y justo lo que la hacía diferente la unía también a Héctor: su pasión por el fútbol. «Y algún día se dará cuenta», se dijo, llena de optimismo.

En el entrenamiento se esforzó más que nunca, y cuando Vicky le preguntó a qué venía tanto entusiasmo, ella simplemente sonrió y dijo:

—¡La semana que viene empezamos la segunda vuelta de la liga! Es la recta final, ¿cómo no voy a entrenar con ganas?

Su actitud contagió al resto del equipo, que pronto estuvo trabajando intensamente, y hasta sacó de su estado melancólico a David, que parecía estar en las nubes. Pronto, Sara se sintió mucho mejor. Después de todo, el fútbol siempre había sido el mejor remedio contra todos sus males.

Y no había que despistarse: la liga interescolar estaba a punto de reanudarse!



LAURA GALLEGO GARCÍA nació el 11 de octubre de 1977 en Quart de Poblet (Valencia). A los once años comenzó a escribir con su amiga Miriam la que sería su primera novela (sin publicar): *Zodiaccia, un mundo diferente* (disponible en su página web). A los 21 años, cuando estaba estudiando filología hispánica en la Universidad de Valencia, escribió la novela *Finis Mundi*, con la que obtuvo el primer premio en el concurso Barco De Vapor de la editorial SM. Su segundo premio en el concurso Barco De Vapor lo consiguió con su novela *La leyenda del Rey Errante*.

Su primera novela publicada fue *Finis Mundi* (1999), que fue ganadora del premio Barco de Vapor, seguida por títulos como *Mandrágora* (2003), o la trilogía *Crónicas de la Torre*. Pero aunque su fama se debe principalmente a las novelas juveniles, ha publicado también obras dirigidas a un público infantil: *Retorno a la Isla Blanca* (2001), *El cartero de los sueños* (2001).

En 2004 comenzó a publicar su segunda trilogía, titulada *Memorias de Idhún* (*Memorias de Idhún I: La Resistencia* (2004), *Memorias de Idhún II: Tríada* (2005) y *Memorias de Idhún III: Panteón* (2006)), cosechando su mayor éxito hasta el momento, con más de 750 000 ejemplares vendidos.